De perlas y cicatrices

Pedro Lemebel

Editorial LOM
Santiago de Chile
1998

A modo de presentación

Este libro está dedicado a Violeta Lemebel, Pedro Mardones P. Paz Errázuriz, Soledad Bianchi, Jean Franco y a todas mis compañeras de Radio Tierra, quienes en todo el tiempo de su mensajera elaboración, aportaron con su cariño para que este proyecto se viera realizado.

Han pasado casi dos años, desde que Raquel Olea y Carolina Rosetti me dieron un lugar en la programación de esta emisora de mujeres para que echara a volar estos textos en el espacio "Cancionero", un micro programa de diez minutos, dos veces al día, de lunes a viernes, donde este puñado de crónicas se hicieron públicas en el goteo oral de su musicalizado relato.

El espectro melódico que acompañó este deshilvanado collar de temas, es amplio y tan imprevisible como una discoteca memorial pulsada desde el control técnico por Marcia Farfán, a quien reitero mis agradecimientos. El producto de esta experiencia, no podría contenerlo la documentación letrada que en el paralelismo gráfico de este libro se imprime como muda pauta.

El resto, la puesta en escena ambiental, el gorgoreo de la emoción, el telón de fondo pintado por bolereados, rockeados o valseados contagios, se dispersó en el aire radial que aspiraron los oyentes. Así, el espejo oral que difundió las crónicas aquí escritas, fue un adelanto panfleteado de las mismas. Apenas un gesto auxiliar en la metafórica repartija de la voz. Ahora, la recolección editora enjaula la invisible escritura de ese aire, de ese aliento, que en el cotidiano pasaje poblador, alaraqueaba su disco discurseante en los retazos deshilachados del pulso escritural.

Este libro viene de un proceso, juicio público y gargajeado Nuremberg a personajes compinches del horror. Para ellos techo de vidrio, trizado por el develaje póstumo de su oportunista silencio, homenajes tardíos a otros, quizás todavía húmedos en la vejación de sus costras. Retratos, atmósferas, paisajes, perlas y cicatrices que eslabonan la reciente memoria, aún recuperable, todavía entumida en la concha caricia de su tibia garra testimonial.

Golpe con golpe yo pago, beso con beso devuelvo.
Esa es la ley del amor que yo aprendí, que yo aprendí.

(Canta Lucho Barrios)

Sombrío fosforecer

Esta lata de gusanos se abre desde adentro

(Film *Mississippi en llamas*)

Las joyas del golpe

Y ocurrió en un sencillo país colgado de la cordillera con vista al ancho mar. Un país dibujado como una hilacha en el mapa; una aletargada culebra de sal que despertó un día con una metraca en la frente, escuchando bandos gangosos que repetían: "Todos los ciudadanos deben guardarse temprano al toque de queda, y no exponerse a la mansalva terrorista". Sucedió los primeros meses después del once, en los jolgorios victoriosos del aletazo golpista, cuando los vencidos andaban huyendo y ocultando gente y llevando gente y salvando gente. A alguna *cabeza* uniformada se le ocurrió organizar una campaña de donativos para ayudar al gobierno. La idea, seguramente copiada de "Lo que el viento se llevó" o de algún panfleto nazi, convocaba al pueblo a recuperar las arcas fiscales colaborando con joyas para reconstruir el patrimonio nacional arrasado por la farra upelienta, decían las damas rubias en sus tés-canastas, organizando rifas y kermeses para ayudar a Augusto, y sacarlo adelante en su heroica gestión. Demostrarle al mundo entero que el golpe sólo había sido una palmada eléctrica en la nalga de un niño mañoso. El resto eran calumnias del marxismo internacional, que envidian a Augusto y a los miembros de la junta, porque supieron ponerse los pantalones y terminar de un guaracazo esa orgía de rotos. Por eso, que si usted apoyó el pronunciamiento militar, pues vaya pronunciándose con algo, vaya poniéndose con un anillito, un collar, lo que sea. Vaya donando un prendedor o la alhaja de su abuela, decía la Mimí Barrenechea, la emperifollada esposa de un almirante, la promotora más entusiasta con la campaña de regalos en oro y platino que recibía en la gala organizada por las damas de celeste, verde y rosa que corrían como gallinas cluecas recibiendo los obsequios.

A cambio el gobierno militar entregaba una piocha de lata, hecha en la Casa de Moneda por la histórica cooperación. Porque con el gasto de tropas y balas para recuperar la libertad, el país se quedó en la ruina, agregaba la Mimí para convencer a las mujeres ricachas que entregaban sus argollas matrimoniales a cambio de un anillo de cobre, que en poco tiempo les dejaba el dedo verde como un mohoso recuerdo a su patriota generosidad.

En aquella gala estaba toda la prensa, más bien sólo bastaba con El Mercurio y Televisión Nacional mostrando a los famosos haciendo cola para entregar el collar de brillantes que la familia había guardado por generaciones como cáliz sagrado; la herencia patrimonial que la Mimí Barrenechea recibía emocionada, diciéndole a sus amigas aristócratas: "Esto es hacer patria chiquillas", les gritaba eufórica a las mismas veterrugas de pelo ceniza que la habían acompañado a tocar cacerolas frente a los regimientos, las mismas que la ayudaban en los cócteles de la Escuela Militar, el Club de la Unión o en la misma casa de la Mimí, juntando la millonaria limosna de ayuda al ejército. Por eso, por aquí Consuelo, por acá Pía Ignacia, repiqueteaba la señora Barrenechea llenando las canastillas timbradas con el escudo nacional, y a su paso simpático y paltón, caían las zarandajas de oro, platino, rubíes y esmeraldas. Con su conocido humor encopetado, imitaba a Eva Perón arrancando las joyas de los cuellos de aquellas amigas que no las querían soltar. Ay, Pochy, ¿no te gustó tanto el pronunciamiento? ¿No aplaudías tomando champán el once? Entonces venga para acá ese anillito que a ti se te ve como una verruga

en el dedo artrítico. Venga ese collar de perlas querida, ese mismo que escondes bajo la blusa, Pelusa Larraín, entrégalo a la causa.

Entonces, la Pelusa Larraín picada, tocándose el desnudo cuello que había perdido ese collar finísimo que le gustaba tanto, le contestó a la Mimí: Y tú linda, ¿con qué te vas a poner? La Mimí la miró descolocada, viendo que todos los ojos estaban fijos en ella. Ay Pelu, es que en el apuro por sacar adelante esta campaña ¿me vas a creer que se me había olvidado? Entonces da el ejemplo con este valioso prendedor de zafiro, le dijo la Pelusa arrancándoselo del escote. Recuerda que la caridad empieza por casa. Y la Mimí Barrenechea, vio con horror chispear su enorme zafiro azul, regalo de su abuelita porque hacía juego con sus ojos. Lo vio caer en la canasta de donativos y hasta ahí le duró el ánimo de su voluntarioso nacionalismo. Cayó en depresión viendo alejarse la cesta con las alhajas, preguntándose por primera vez, ¿qué harían con tantas joyas? ¿A nombre de quién estaba la cuenta en el banco? ¿Cuándo y dónde sería el remate para rescatar su zafiro? Pero ni siquiera su marido almirante pudo responderle, y la miró con dureza, preguntándole si acaso tenía dudas del honor del ejército. El caso fue que la Mimí se quedó con sus dudas, porque nunca hubo cuenta ni cuánto se recaudó en aquella enjoyada colecta de la Reconstrucción Nacional.

Años más tarde, cuando su marido la llevó a EE.UU. por razones de trabajo, y fueron invitados a la recepción en la embajada chilena por la recién nombrada embajadora del gobierno militar ante las Naciones Unidas, la Mimí, de traje largo y guantes, entró del brazo de su almirante al gran salón lleno de uniformes que relampagueaban con medallas, flecos dorados y condecoraciones tintineando como árboles de pascua. Entre todo ese brillo de galones y perchas de oro, lo único que vio fue un relámpago azul en el cogote de la embajadora. Y se quedó tiesa en la escalera de mármol, tironeada por su marido que le decía entre dientes, sonriendo, en voz baja: qué te pasa tonta, camina que todos nos están mirando. Mi-zá, mi-zafí, mi-zafífi, decía la Mimí tartamuda mirando el cuello de la embajadora que se acercaba sonriente a darles la bienvenida. Reacciona, estúpida. Qué te pasa, le murmuraba su marido pellizcándola para que saludara a esa mujer que se veía gloriosa vestida de raso azulino con la diadema temblándole al pescuezo. Mi-zá, mi-zafí, mi-zafífi, repetía la Mimí a punto de desmayarse. ¿Qué cosa?, preguntó la embajadora sin entender el balbuceo de la Mimí, hipnotizada por el brillo de la joya. Es su prendedor, que a mi mujer le ha gustado mucho, le contestó el almirante sacando a la Mimí del apuro. Ah sí, es precioso. Es un obsequio del Comandante en Jefe que tiene tan buen gusto, y me lo regaló con el dolor de su alma porque es un recuerdo de familia, dijo emocionada la diplomática antes de seguir saludando a los invitados.

La Mimí Barrenechea nunca pudo reponerse de ese shock, y esa noche se lo tomó todo, hasta los conchos de las copas que recogían los mozos. Y su marido, avergonzado, se la tuvo que llevar a la rastra, porque para la Mimí era necesario embriagarse para resistir el dolor. Era urgente curarse como una rota para morderse la lengua y no decir ni una palabra, no hacer ningún comentario, mientras veía, nublada por el alcohol, los resplandores de su perdida joya multiplicando los fulgores del golpe.

Las orquídeas negras de Mariana Callejas

(o "el Centro Cultural de la Dina")

Concurridas y chorreadas de whisky eran las fiestas en la casa pije de Lo Curro, a mediados de los setenta. Cuando en los aires crispados de la dictadura se escuchaba la música por las ventanas abiertas, se leía a Proust y Faulkner con devoción y un set de gays culturales revoloteaba en torno a la Callejas, la dueña de casa. Una diva escritora con un pasado antimarxista que hundía sus raíces en la ciénaga de Patria y Libertad. Una mujer de gestos controlados y mirada metálica que, vestida de negro, fascinaba por su temple marcial y la encantadora mueca de sus críticas literarias. Una señora bien, que era una promesa del cuento en las letras nacionales. Publicada hasta en la revista de izquierda "La Bicicleta". Alabada por la elite artística que frecuentaba sus salones. La desenvuelta clase cultural de esos años que no creía en historias de cadáveres y desaparecidos. Más bien le hacían el quite al tema recitando a Eliot, discutiendo sobre estética vanguardista o meneando el culo escéptico al ritmo del grupo Abba. Demasiado embriagados por las orquídeas fúnebres de Mariana, la Callejas.

Muchos nombres conocidos de escritores y artistas desfilaron por la casita de Lo Curro cada tarde de tertulia literaria, acompañados por el té, los panecillos y a veces whisky, caviar y queso Camembert, cuando algún escritor famoso visitaba el taller, elogiando la casa enclavada en el cerro verde y el paisaje precordillerano y esos pájaros rompiendo el silencio necrófilo del barrio alto. Esa tranquilidad de cripta que necesita un escritor, con jardín de madreselvas y jazmines "para sombrear el laboratorio de Michael, mi marido químico, que trabaja hasta tarde en un gas para eliminar ratas", decía Mariana con el lápiz en la boca. Entonces todos alzaban las copas de Old Fashion para brindar por la alquimia exterminadora de Townley, esa swástica laboral que evaporaba sus hedores, marchitando las rosas que morían cerca de la ventana del jardín.

Es posible creer que muchos de estos invitados no sabían realmente dónde estaban, aunque casi todo el país conocía el aleteo buitre de los autos sin patente. Esos taxis de la Dina que recogían pasajeros en el toque de queda. Todo Chile sabía y callaba, algo habían contado, por ahí se había dicho, alguna copucha de cóctel, algún chisme de pintor censurado. Todo el mundo veía y prefería no mirar, no saber, no escuchar esos horrores que se filtraban por la prensa extranjera. Esos cuarteles tapizados de enchufes y ganchos sanguinolentos, esas fosas de cuerpos retorcidos. Era demasiado terrible para creerlo. En este país tan culto, de escritores y poetas, no ocurren esas cosas, pura literatura tremendista, pura propaganda marxista para desprestigiar al gobierno, decía Mariana subiendo el volumen de la música para acallar los gemidos estrangulados que se filtraban desde el jardín.

Con el asesinato de Letelier en Washington y luego la investigación que develó los secretos de Lo Curro, vino la estampida del jet set artístico que visitaba la casa. Varios recibieron invitación para declarar en EE.UU. pero se negaron aterrados por las amenazas telefónicas y misivas de luto resbaladas bajo las puertas. Y sólo una mujer anónima, aceptó via1jar y reconocer el acento Miami de los cubanos amigos de Michael, que una noche por sorpresa se cruzaron con ella después de una fiesta.

Aun así, aunque Mariana se convirtió en yeta cultural y por varios años desplegó el terror en los ritos literarios que visitaba, igual le quedaron perlas colizas en su collar de admiradores. Igual ejercía un sombrío poder en los fanáticos del cuento que alguna vez la invitaron a la Sociedad de Escritores, la fichada casa de calle Simpson llena de afiches rojos, boinas, ponchos y esas canciones de protesta que Mariana escuchó indiferente sentada en un rincón. Allí todos sabían el calibre de esa mujer que fingía escuchar atenta

los versos de la tortura. Todos preguntando quién la había invitado, nerviosos, simulando no verla para no darle la mano y recibir la leve descarga electrificada de su saludo.

Seguramente, quienes asistieron a estas veladas de la cursilería cultural post golpe, podrán recordar las molestias por los tiritones del voltaje, que hacía pestañear las lámparas y la música interrumpiendo el baile. Seguramente nunca supieron de otro baile paralelo, donde la contorsión de la picana tensaba en arco voltaico la corva torturada. Es posible que no puedan reconocer un grito en el destemple de la música disco, de moda en esos años. Entonces, embobados, cómodamente embobados por el status cultural y el alcohol que pagaba la Dina. Y también la casa, una inocente casita de doble filo donde literatura y tortura se coagularon en la misma gota de tinta y yodo, en una amarga memoria festiva que asfixiaba las vocales del dolor.

El cura de la tele

("olor a azufre en la sacristía")

No era necesario ser tan marxista para odiar su lengua de tridente picaneando a los milicos, azuzándolos a que se tomaran el poder y detuvieran la farra hereje de la U.P. La revuelta social de los años setenta donde el curita se creía el arcángel San Miguel liderando la cruzada derechista, declarando que la izquierda era un "vómito diabólico" que había que exterminar.

Pocos recuerdan esa época, y son más los que no relacionan a este santo varón con el arlequín negro que animaba la matanza desde el pulpito televisivo los primeros años del golpe. Ahí en la pantalla, cada noche, cerraba la programación corriendo un velo espeso sobre el drama de esos días. Con sus manos de anciana pirula, bordaba la telaraña encubridora de los acontecimientos, recitando el evangelio con los ojos perdidos, con los ojos blancos, con los ojos hueros de tanta elevación. Entonces, los televisores Westinghouse, esas enormes cajas en blanco y negro de ese tiempo, parecían flotar en la consagración de su reaccionario sermoneo. Y entre bendiciones de sables y mariguancias de clero que tejían sus manos huesudas, iba avalando la sucia bruma que tiznaba el cielo de un marchito país aplastado por las botas.

Cómo olvidar al padrecito dirigiendo el único canal de televisión independiente que podía informar sobre muchas cosas que no se sabían, que más bien se ocultaban con programaciones neutras y seriales extranjeras que animaban la cueca uniformada del canal con angelito. Imposible olvidar ese lejano Teletrece y su musiquilla de noticiario engañoso. Cómo olvidar al periodista centella que aparecía como por arte de magia junto a la C.N.I., mostrando los cuerpos ametrallados de los "terroristas en los presuntos enfrentamientos". Difícil no recordar su cara de bofe narrando fríamente esos sucesos. Más difícil resulta probar la complicidad que tenía ese periodismo instantáneo con las operaciones secretas de los aparatos de seguridad, donde la orden de los allanamientos era"no dejar pájaro con vida".

Después, el ojo televisivo del angelito multiplicaba por miles las cuatro bombas artesanales y el piojento fusil que escondía la peligrosa resistencia. Eran verdaderos arsenales, cuidadosamente ordenados del panfleto hasta la bazuca, para justificar la imagen noticiosa de esos cadáveres retorcidos, hechos bolsa por la granizada de balas. Ahora resulta impensable creer que existiendo tanto armamento, no tuviera éxito esa subversiva rebelión. Resulta triste pensar que un canal católico fuera compinche de tanta impunidad,

sobre todo existiendo la Vicaría de la Solidaridad y tanto sacerdote que puso su vida en defensa de los derechos humanos.

Se podría decir que aquella sotana de la TV, junto a otros capellanes militares que bendecían los corvos de los boinas negras, fueron la turbia agua bendita que no logró manchar el papel cumplido por la Iglesia en defensa de los perseguidos. Apenas la excepción del Opus Dei, el verbo de Cristo hecho crimen por la boca arrugada del beato comentarista, tan casto, tan puro, criando manadas de gatos en su soledad contemplativa. Tal vez, el angélico curita, levitando más allá del mundo, nunca quiso saber de la carne rasgada en la tortura. Mientras Santiago se recagaba de miedo de espaldas a las bayonetas, el hermano santo extraviado en sus túneles eucarísticos, soñaba con blandos seminaristas de manso mirar. El fraile de la tele, se veía en un cielo azul marino persiguiendo mancebos con alitas y arcángeles de piernas peludas, enjambres de acólitos y querubines que el Altísimo le daba de premio por su lucha antimarxista. Y él, humildemente lascivo, los miraba trotar y correr por su jardín del paraíso, los veía emocionado brincando entre las nubes por el "campo de flores bordado" de su Chile militar.

Tal vez, este juicio al ayer pueda pecar de corrosivos sentimientos que atesora una memoria resentida en su porfía. En tanto hoy, la pantalla democrática pareciera evangelizar su negociada transición con estas negras máscaras que comulgaron con el horror. Pero la amnesia es otra mentira de este reconciliado carnaval, porque en los dulces Ora Pronobis de este inolvidable pastor, aún su lengua lagarta se asoma en la TV como una beata comadre que vocea el "Santo, Santo" de aquella podrida inquisición.

La visita de la Thatcher

(o "el vahído de la vieja dama")

Las especulaciones sobre el desmayo de la Thatcher en Chile recorrieron el mundo por las pantallas con su desfallecimiento en tres tiempos, mientras arengaba a los tigres y faisanes de plumas regias. Pura estirpe económica aplaudiendo a nuestra señora del metal: la virgen iceberg bajando del Olimpo british hasta nuestra precaria monarquía sudaca.

Lo cierto es que Margaret, la isleña, se fue de bruces parando las patas frente a las cámaras. Y poco faltó para que viéramos sus blondas íntimas, sus encajes blindados con el almidón fálico que se tomó las Malvinas. Quizás a la Tachi el colesterol le jugó una mala pasada, cuando a los 70 años se sigue creyendo el Rambo gurka, la super woman de la estrategia bélica que de un paraguazo repuso la soberanía colonialista en el peladero helado de las islas. "Total la señora tiene carácter, es regia y mira con unos ojos celestes como el manto de la virgen", dijo una dama que la vio de cerca en el Cambridge College, entre las banderitas que agitaban los querubines albinacarados de la infancia cuica. "Se ve tan soft encorsetada en el traje sastre que no lo deja ni para dormir". Pero podrá pegar los ojos esta esfinge de hielo que se derrite agotada de tanto vocear las glorias del capitalismo. ¿Será esta anciana la misma lady de hierro, que en los ochenta, junto a otros jerarcas de la modernidad post derecha, giraron el vaivén progresista del mundo? ¿O será un doble?, el más fatigado que mandan a Latinoamérica para recordarnos que somos los indios más cult, las cinco plumas del Hyatt, la alegoría malinche que alfombra de flores las calles para que pasen estos famosos.

Aun así, la visita de la vieja dama fue otra bendición para nuestra recién estrenada democracia. De paso por La Moneda, tomé el té en la única taza salvada del bombardeo, alabó los cañones del patio, tarareó gangosa el "Si vas para Chile", le deseó un good future a Eduardo II, se subió a la limusina lamentando la falta de nieve en la cordillera, y todos la despidieron con lágrimas esterlinas en los ojos.

La agenda de Maggy correteando de bolsa en mercado fue vertiginosa, por eso la agitación le causó el desmayo; aunque versiones surrealistas lo atribuyen a un posible embarazo como premio divino por sus servicios en la cruzada anti marxista. Contra la prole izquierdista que ella no se cansa de fustigar. Aunque bajo este cielo azulado (derecho), los puños en alto se derritieron al encanto de la demos-gracia.

La vieja amazona england ya no tiene contrincantes, pero aún la sombra roja nubla su nirvana derechista, la hace tambalear en los tacos que le prestó Lady D para visitar al Capitán General, que tanto admira los cojones bajo las faldas. Por eso el nevado dictador le pidió que posaran parodiando el afiche de "Lo que el viento se llevó". Después le regaló una medalla de la virgen del Carmen y prometió nombrarla segunda Patrona del Ejército.

Quienes vieron en el desmayo de la patriarca una fatiga del modelo actual, se decepcionaron cuando ella se paró como un gato y dijo entre tinieblas: "No ser nada, I'm sorry". Hasta los tótems se caen y de nuevo en pie la dama de acero es invulnerable. Pero de cerca no se ve tan hierática, se podría confundir con alguna señora de beneficencia que acaricia con repugnancia las mechas tiesas de la niñez desnutrida. También podría ser un travesti representando a la Primera Dama que la burguesía chilena se quisiera. Por suerte el aire nacional, los mariscos o la marea roja le provocaron el soponcio a la pálida führer, que partió soplada a la clínica europea donde se restauran los horrores del pasado.

Gloria Benavides

(o "era una gotita en la C.N.I")

Mucho cuesta recordar a la Gotita con jumper de liceo, acompañando a su mamá en la feria libre del barrio. Apenas una mocosa que vivía en esas casas de clase media en San Miguel. Cuando esa comuna brava era el territorio de los hermanos Palestro. El único lugar en Chile donde había un monumento al Che Guevara, en el Parque Gran Avenida, casi frente al colegio donde estudiaba la Benavides, la chiquilla de ojos soñadores que desde chica fue graciosa como una Shirley Temple nacida para el show. Desde Loncoche, su pueblo natal, ella venía pintada para estrella de la nueva ola, con su carita de ángel entonando esas tontas canciones que endulzaban los años sesenta del caramelo al corazón.

La Gotita era modelo de ternura, la niña virginal que cantaba en la matine de los shows radiales, la simpatía adolescente iluminando la portada de revista Ritmo, cuando a los jóvenes coléricos los despeinó la ventolera del twist y el desatado rock and roll. Pero la balada pop de la Gotita nunca fue estridencia, su cancioncita repetía el idilio quinceañero del "muchacho malo mi mal amor", y nunca se contagió con ninguna letra irreverente . Así su blanda dulzura conquistó a todos los papis de aquella época, que soñaban a sus niñas así, igual de amorosas, rosadamente tiernas, diferentes a esas cabras locas arrancándose el pelo por Elvis o los Beatles.

La Gotita de entonces parecía una princesita hecha para el altar, cuando se casó enamoradamente de blanco con el cantante Pat Henry, y juntos fueron la noticia Colorín

Colorado que llenó las páginas de la prensa. Fueron muy felices, tuvieron hijos, y la historia de la Gotita pudo pasar por el zapatito roto de un libro de cuentos que se cierra mágico y tradicional con campanas y azahares. Pero al correr los años, la noticia de la separación conmovió a la opinión pública que tanto se había encariñado con ese ideal de pareja. La Gotita quedaba sola con sus hijas, porque el ingrato marido partió a México dejándola abandonada, ahogándose en un mar de llanto.

Entonces nadie pensaba que ella se iba a reponer tan rápido. Tampoco nadie imaginó que cambiaría su estilo, reapareciendo en la tele como show-woman. Y después en el "Jappening con Ja", un programa chistoso cargado a la derecha, que le hacía gracias al régimen militar, con su humor grueso esos oscuros años de dictadura.

Allí, la Benavides invirtió la timidez de la Gotita interpretando caricaturas de mujeres fatales, secretarias solteronas y tías patulecas. Y lo hizo bien, conquistándose al público chileno que tanto ama la ridiculización de sus personajes populares. De todas sus interpretaciones, la más famosa es la Cuatro Dientes, que ahora triunfa con Don Francisco en Miami, y varias veces ha hecho llorar a todo Chile en el Festival de Viña. La popular Cuatro, una lola proleta a la que se le cae el casette cuando habla silbando por los hoyos pintados de sus caries dentales. Pero resulta que las mujeres pobres no hablan así, tampoco son tan dulcemente brutas, y menos se visten con esos trapos pasados de moda que la Cuatro lleva como uniforme marginal. Ese personaje sólo existe en la cabeza de la Benavides y en la risotada de un país gozoso con el chiste fácil que humilla a los débiles.

Durante los años triunfales de su carrera humorística, nada se sabía de su vida privada. Hasta aparecer en la prensa la noticia policial que la Benavides había quedado viuda de su segundo matrimonio. Lo curioso fue que nadie conocía a ese segundo marido, hasta leer el diario y enterarse que era un agente de la C.N.I muerto de un balazo por el hijo del General Contreras, ex jefe máximo de la antecesora e igual de tenebrosa organización (D.I.N.A.). Había ocurrido en una fiesta familiar al más puro estilo película western. Entre dimes y diretes, que te creís tan gallito porque soi hijo del jefe, que no te tengo miedo, que sale pa fuera, que dispara po hueón, que toma Bang Bang. Y el ex marido de la Benavides cayó muerto al suelo como si fuera una escena del "Jappening con Ja", sin cámaras ni luces pero muy en serio. Entonces el Mamito, con su frialdad de siempre, sopló el cañón del arma, alegó defensa propia, apoyado por los testigos de la fiesta, salió libre y todo volvió a ser como antes. Más bien, casi todo, porque se supo el secreto de la Benavides que en todos esos años nunca había opinado de política.

Entonces, otra vez vimos sus grandes ojos llorosos en las páginas de los diarios. Otra vez la vimos interpretando su viejo papel de Gotita adolescente, dramáticamente cómica, insoportablemente frágil, dudosamente engañada. Como si toda su vida se resumiera en una sola frase de su antigua canción: "Las caricaturas siempre me hacen llorar".

El encuentro con Lucía Sombra

(o "nunca creí que fueran de carne y hueso")

Y uno no sabe que estos personajes, avales de tanta impunidad, sean ciudadanos comunes y corrientes. Y uno va por ahí pensando que jamás se encontrará con uno de ellos cara a cara y, por lo mismo, los tiene medio mitificados, medio caricaturizados por la

imagen pública de TV o de revistas que pintan el día a día con el negro recuerdo de sus rostros. Pero existen, no son la especulación del marxismo, y se los puede encontrar en un mall, un cine, o mirando con lupa los cuadros de una exposición en una galería fruncida de la Costanera. En la muestra de ese pintor hippiento y paltón, que una tarde en el Venecia nos invita, a Ernesto Muñoz y a mí, a su muestra de pintura porteña. Y a veces uno se deja llevar por los aires de cóctel y buen trago que ofrecen estas inauguraciones del arte. Uno se encarama a una micro y llega, atrasado como siempre, medio deslumbrado por la fanfarria de mozos y petibuchés de langosta que pasean por tu nariz, sólo para que uno los huela, porque cuando estiras la mano, retiran la bandeja con destino a un grupo de críticos que se chupan los bigotes alabando las obras. Y uno se queda con la mano estirada y la lengua afuera corriendo tras los mozos. Los empaquetados sirvientes de cóctel que le hacen el quite a la manga de artistas pendejos y hambrientos que van a estas galas a degustar exquisiteces. Uno forma parte del choclón que se organiza para asaltar bandejas, y se instala cerca de la cocina donde salen los mozos soplados con el whisky. Y ahí hay que pararlos. ¿Qué te pasa gueón clasista que te arrancái de nosotros y sólo le servís a los cuícos? Porque estos mozos de cóctel fino están aleccionados para atender según la pinta. Son como algunos guardias de supermercado, que le hacen reverencias al pituquerío, y al rotaje, igual que ellos, lo tratan a patadas. "Maldición de Malinche", me comenta un pintorcillo mascando un canapé, al tiempo que llega un zoológico empielado de nutrias, osos y zorros, y el artista exponente se tira de guata al suelo para recibirlo. Sólo entonces me queda campaneando la cara de una mujer que entró con dos tipos de lentes oscuros y gestos nerviosos. Sólo ahí, se me evapora el whisky y esa cara me revuelve el estómago en una náusea con olor a trementina, milicos y rumbas. Y en ese vahído se me hace presente la hija del tirano, la Lucía Chica, tan quebrada en su alcurnia de sables y guardaespaldas C.N.I, evaluando los óleos. La veo tan campante como un personaje de pesadilla, pero hecho real en su trajecito de tweed y risa sardónica. Como si todavía ostentara el cargo de autoridad cultural que le regaló su papi. Y lo peor, veo que la gente la saluda, rodeándola, mostrándole los dientes, como si aún ejerciera el sombrío poder de su pasada gestión. Y ya sin poder contenerme, les digo a los artistas que por qué se hacen los lesos, que por qué no nos retiramos todos, que cómo pueden seguir respirando el aire macabro de esa presencia. Que cómo siguen brindando, haciéndose los tontos, compartiendo el mismo espacio, la misma fiesta con el fascismo de falda Chanel. Y por qué me hacen callar, diciendo que no hable tan alto, que no sea roto, que Pedro no podís ser tan pegado. Que a esta señora la invitó el dueño de la galería y debe ser por negocios. Pero el pintor es responsable de la exposición y debe saber a quién se invita, les contesto. Por lo menos debe dar una explicación por este mal rato. Porque si hubiera sabido nunca vengo. Dile a él po, me contesta una pintora punki que se corre con el grupo dejándome solo. Pero no hizo falta que le reprochara nada al pintor, porque enterado de la escandalera, se acercó con los matones y me dijo: si no te gusta te vas. Claro que no me gusta le contesté, porque si quieres hacer negocios con el fascismo, no me invites de espectador. Casi no alcancé a terminar la frase, porque los dos gorilas de gafas negras me alzaron con sus manazas, sacándome en punta de pies a la calle, donde me dieron una golpiza que me dejó inconciente tirado en la vereda.

Al parecer, algún conocido me subió a un taxi, y desperté con el violento ardor del alcohol que pusieron en la herida de mi cabeza. Por suerte aún me quedan amigos, les dije a los chicos que me habían llevado a su casa para atenderme. Y también por suerte no fue en otra época, pensé dolorosamente, viendo entre nubes el retrato de Lucía Sombra colgado en

la blanca pared de aquella galería cerca de la Costanera, donde pintura, mercado y fascismo se dieron la mano, manchándose los dedos, en el día cómplice de aquella inauguración.

Los sombreros de la Piñeiro

¿Quién recuerda a la Bebé Mackay de Moller, en la serie Juani en Sociedad, por allá en los sesenta? ¿Quién recuerda a ese personaje interpretado por Silvia Piñeiro, la señora paltona de la tele que impuso el "sí pos oye, regio mi linda, no te puedo creer Cotocó". Todo Chile veía ese programa en Canal Trece para copiarle los gestos pitucos y modales de condesa a la Piñeiro, la Primera Dama de la escena nacional. La misma actriz que hizo de Laurita Larraín en *La Pérgola de Las Flores.* Y cómo no. ¿Quién iba a interpretar mejor a esa emperifollada señora pegada al minué de la colonia? Quién si no la Silvia pos oye, la única actriz con abolengo. La elegante Piñeiro, admirada por los colizas del Barrio Alto, que se jactaban de ser sus amigos, que la acompañaban llevándole la cola, cuidándole los perros Yorkshire, esos ratones peludos que la vieja amaba como niños, y andaba con el racimo de perros colgándole por todos lados. Porque ella es, fue y morirá siendo regia, decía la gente al verla pasar con sus sombreros de todos colores, con sus sombreros como platillos voladores, sus sombreros como cucuruchos de cardenal, los sombreros de la Silvia, llenos de florcitas y cintas haciendo juego con el traje y los zapatos, cuando paseaba la tarde echándose aire con sus enormes pestañas postizas en el cerro Santa Lucía. Sólo le faltaba la carroza y el cochero para completar la estampa virreynal de la actriz confundida con el personaje. La Piñeiro, chiflada con el estereotipado pedigree que puso de moda en el tiempo del Coppelia y los Pepe-Patos. Cuando Santiago, estremecido por los cambios sociales, se dividía en los de arriba y los de abajo. Los pobres y los paltones, las señoras pobladoras y las damas pirulas, que tocaban cacerolas nuevas frente a los regimientos, para detener el escándalo plebeyo. Seguramente la Piñeiro era de estas últimas, porque siempre apoyó el golpe militar y no se perdía gala milica para estrenar un sombrero nuevo. Y hasta allí la fantasía principesca de la actriz se convierte en exceso, se hace real la película reaccionaria de su teatral representación. Como si teatro y vida fueran la misma obra, la misma comedia de clase que la Silvia siguió representando en la soledad de su delirio, en la psicosis de llamar a la servidumbre desde su triste vejez en el departamento mediopelo del barrio Santa Lucía que le regaló el alcalde. Donde aún sueña con los privilegios de estirpe que lucía la Bebé Mackay y la Laurita Larraín en aquella Alameda de las Delicias. En aquel tiempo, cuando Santiago respiraba aires de realeza y aromas de cristal. Tan diferente, Cotocó, a la ciudad ordinaria, a esa Providencia de rotos que tuvo que ver la Piñeiro desde el taxi, cuando fue al homenaje de Pinochet. Cuando se puso el último sombrero que le quedaba para decirle adiós a Augusto, adiós al último emperador. Y allí la vimos de nuevo por el noticiario de la televisión, porque hacía tanto tiempo que no actuaba en las teleseries de la pantalla. Seguramente porque los argumentos son tan actuales de nuevos ricos, y ya no triunfan las señoras tan fruncidas, tan estíticas, con esa mueca de náusea fina que lleva tan bien la Piñeiro. A pesar de su edad, a pesar de su encorvada vejez en silla de ruedas, aún le quedaba una altiva seducción para despedir al tirano, desde la sombra cómplice de su último sombrero.

Las campanadas del once

(o "¿te imaginas Pichy qué hubiera sido de nosotros?")

Pa más recachas siempre hay un lindo día el once de septiembre, una mañana nacarada en el aire primaveral que contradice la nube tenebrosa de su recuerdo. Y si más encima le agregamos que hasta este año la democracia lo canonizó de festivo. Nadie sabe a santo de qué. Porque si era para evitar revueltas callejeras con el relajado ocio dominguero, se equivocó, hizo mal el cálculo al tratar de distraer la memoria de este día con un extraño festivo que deja el ambiente clavado de expectativas. Porque la ciudad desierta climatiza la tensión, previene asustando, y al asustar, saca a flote la mancha menstrual en el trapo otoño del recuerdo. Al asustar, desborda las rabias del ayer con esos informes que entrega el director responsable de la seguridad en la Región Metropolitana. Y a través del altoparlante gangoso, es la misma voz, el mismo tono autoritario, el mismo bando de uniforme repitiendo que todo está controlado. Todo está en calma y hay mil quinientos policías para re-prevenir cualquier desorden.

Casi todo es igual al primer once, como si de antemano se escenografiara el teatro crispado de una nueva puesta en escena. Entonces, ¿para qué tanto blindaje estacionado en las calles? ¿para qué tanto despliegue de pacos a caballo por todos lados? ¿para qué tanta exhibición de cucas aullantes, guanacos, zorrillos y arsenales de bombas lagrimógenas si no se van a usar? Si las legiones de policías, con sus escudos, se van a quedar todo el día sudándoles las verijas expectantes, esperando con ansias que aparezca una banderita roja para movilizar la repre.

Pareciera que todo está preparado para justificar el gasto millonario de la seguridad. Las platas de todos los chilenos que se ocupan para montar la paranoia ambiental de un once, el guión trágico que se evacua a lo largo del día en la función premeditada de su montaje. Aunque hay ciudadanos que dicen: a estos vándalos no se les puede dejar a la buena de Dios. Quién sabe qué pasaría si no hubiera tanta vigilancia. Qué desmanes, qué violaciones, qué saqueos hubieran ocurrido el 73 si los militares no hubieran tomado cartas en el asunto. ¿Te imaginas Pichy qué hubiera sido de nosotros?

En la mañana de un once, aunque brille un dorado sol, hay quienes aún despiertan tiritando, hay quienes no se levantan, y se quedan enredados en las sábanas de la vigilia, dormitando, tratando de alargar la noche anterior para borrar o saltarse los números paralelos de esta efeméride. Son muchos los que no quieren saber el día que están viviendo, y no despiertan, y duermen, y tratan de flotar en las aguas gelatinosas del presente once. Tratan de huir, de evitar la evocación de esa fecha nadando en cámara lenta, nadando contra la corriente en el río numeral del calendario, que inevitablemente los estrella contra los unos apareados de esas columnas. En la mañana de un once hay quienes no dan la cara, y andan todo el día mostrando sólo un perfil, y la otra faz la ocultan en la sombra.

Quizás en el amanecer de un once, las contradicciones ideológicas toman palco de acuerdo al remember trágico o festivo que las convoca. Así, muy temprano, las familias milicas, arrastrando empleadas y perros, se dan cita frente a la casa del Capitán General para glorificar la masacre de su gesta. Enarbolando viejas fotos del tirano, renuevan los

votos y aleluyas fascistas al son peorro de las bandas y voces de mando que juran la reiteración del golpe. Cada año las ancianas Pinocheras llegan con su banderita a cantarle el Happy Birthday para Augusto que "cada día está más joven", repiten dobladas y roñosas cuando el patriarca sale a la calle a saludarlas una por una. Tal como lo hace con los políticos de derecha, que de planchado terno azul, brindan con champaña cuando los tunazos de los cañones hacen sonar las copas con las violentas campanadas del once.

Una fumarola de humo azul se eleva en el Barrio Alto a los gritos de Ceache-i-Chi-Ele-e-Le. Chi-chi-chi-le-le-le-Dale duro Pinochet. En el colmo de un tenebroso mal gusto, una mamá le estira su niñito vestido de boina negra al Generalísimo, que empañado de emoción, se deja retratar besando al crío de camuflaje reiterando la postal de Hitler y su beso a la infancia del Reich. Qué emocionante Pichy. ¿Dónde habrá un baño? Porque me está goteando el alma.

Y como si no bastara esta caradura disfrazada de chocheras patrias, la sandunga de los bototos continúa en la misa de mantel largo en la Escuela Militar, donde el mismo fraile castrense eleva las manos al cielo y santifica el día más brutal de las últimas décadas. La segunda independencia Pichy. Seguro que fue inolvidable pos oye. Me acuerdo clarito porque Felipe Ignacio estaba chico, y se escondió en la pieza de la empleada cuando bombardearon Tomás Moro. ¿No te digo?

Dulce veleidad

Devuélveme mi amor para matarlo
(Canta Lorenzo Valderrama)

Palmenia Pizarro

(o "el regreso del 'cariño malo'")

Ocurría entonces que la Palmenia era gusto popular, pero en esos años lo popular era llanto de pobres, drama piojento, valsecito peruano que entonaba la cantante con voz de chola limeña. Y a pesar del menosprecio que tienen los chilenos por la gente del Perú, las canciones de la Palmenia habían clavado hondo en la emoción herida de la miseria barrial, esa estética lagrimera siempre dispuesta a suavizar rasmillones con el goteo entonado de la pena.

Por allá, en el revoltijo disquero de los años sesenta, se mezclaban todo tipo de ritmos; desde el eléctrico twist, las vueltas sin parar del rock and roll, el neofolclore político, y el valsecito fatal de la Palmenia. Y para todos los cantos había un público ansioso a la cola de los artistas en los auditorios de las radios, los teatros llenos, y también en las carpas ambulantes que transportaban el show en vivo de la recién estrenada tevé. Ahí, en la medialuna de tablones repletos por el familión pulento, Palmenia era la más querida, la voz del pueblo que cerraba el espectáculo con su "Odiame por piedad yo te lo pido". Y realmente era una gran figura, empinada sobre el resto de las estrellas que miraban con recelo las ovaciones del público.

Ella llegó a Santiago desde San Felipe, y su sencilla apariencia de muchacha nortina, era un contraste frente a todas las chicas yeah-yeah que mascaban chicle para que oliera a menta el tufo de sus primeros cigarros. Algo de ella escapaba de las modas, y la hacía presente tangenciada de otra forma en la amargura inconsolable de un malogrado querer. Algo en su timbre vocal tocaba finamente la desgracia del mal amor, y le repiqueteaba valseado en el rasgueo de su queja. Y esa "nube gris" errada del pentagrama pop que rockeaba ese tiempo, era la Palmenia, la dama morena que junto a su trío de guitarras, integraba esas caravanas de artistas que recorrían el país de norte a sur, alegrando el letargo opaco de la provincia. Eran semanas enteras que debían viajar juntos, comer juntos, dormir juntos, encerrados en el bus zangoloteándose por lejanos pueblos de caminos polvorientos. Caminos tan malos, que más de una vez el bus quedó atascado entre las piedras, y las estrellas tuvieron que caminar kilómetros, mojadas como diucas bajo la lluvia, para llegar al lugar de la actuación. Al parecer, esto se repitió varias veces; que un día un derrumbe, al otro día una inundación, al siguiente el aluvión, después el terremoto. Ala gira próxima un choque, a la otra un asalto, un rosario de desgracias provocado seguramente por la casualidad y la mala leche geográfica del país. Pero no faltó la cantante veleidosa que, sin inmutarse, dijo que la fatalidad viajaba con la Palmenia. Y este pudo ser un comentario sin mayores consecuencias, a no ser por un gordo animador de la tele sabatina, que repitió el chiste hasta el infinito, persignándose y cruzando los dedos cuando alguien nombraba a la inocente Palmenia. Así, el humor perverso que caracteriza a este suelo, le hizo el cartel de yeta a la cantante, que nunca más fue invitada a las giras, y menos a la televisión, donde el gordo ponía trenzas de ajo censurándole la entrada.

Pero como "no hay mal que por bien no venga", la Palmenia cansada de la fama de innombrable que le cerró las puertas de la farándula, agotada de tanta lengua salada diciendo que el nombre Palmenia era como decir culebra en los mitos de la escena,

decepcionada con sus compañeros de canto, y sin hacer alarde, se marchó calladamente a México, y por muchos, muchos años, nada se supo de sus rumbos melódicos enamorando orejas con la nota quebrada de su voz.

En Chile pasaron los sesenta, llegaron los milicos. Los Huasos Quincheros y Patricia Maldonado se tomaron la tele. Clandestinamente se escuchó el Canto Nuevo y Gloria Simonetti grabó moduladamente a Silvio Rodríguez. Al llegar los noventa se fueron los milicos, y la democracia hizo como que llegó pero nos dejó a todos con los crespos hechos, esperando. Apareció la televisión por cable y la pantalla se abrió al resto del mundo. Vino la mexicomanía y los programas estelares de Raúl Velasco y Verónica Castro ganaron sintonía en el rating nacional. Y ahí recién volvimos a encontrar a nuestra Palmenia, triunfando como reina envuelta de brillos y plumas amarillo limón. Ahí recién recupera mos su imagen, como si no hubiese pasado el tiempo, igual de joven, igual de hermosa con su cascada de pelo azabache y el repiqueteo trizado de su garganta. Y ahí, recién nos dimos cuenta del gran vacío sentimental que en todos esos negros años nos había dejado su ausencia. Y ahora, por supuesto que avalada por la fama internacional, los empresarios chilenos se atrevieron a contratarla como figura invitada de la tele democrática. Y Palmenia, generosamente humilde, le dedicó a todo Chile el "Cariño Malo" de su exiliada humillación.

La Leva

(o "la noche fatal para una chica de la moda")

Al mirar la leva de perros babosos encaramándose una y otra vez sobre la perra cansada, la quiltra flaca y acezante, que ya no puede más, que se acurruca en un rincón para que la deje tranquila la jauría de hocicos y patas que la montan sin respiro; al captar esta escena, me acuerdo vagamente de aquella chica fresca que pasaba cada tarde con su cimbreado caminar. Era la más bella flor del barrio pobretón, que la veía pasar con sus minifaldas a lunares fucsia y calipso, cuando los sesenta contagiaban su moda destapada y fiebres de juventud. Ella era la única que se aventuraba con los escotes atrevidos y las espaldas piluchas y esos vestidos cortísimos, como de muñeca, que le alargaban sus piernas del tobillo con zuecos hasta el mini calzón.

En aquellas tardes de calor, las viejas sentadas en las puertas se escandalizaban con su paseo, con su ingenua provocación a la patota de la esquina, siempre donde mismo, siempre hilando sus babas de machos burlescos. La patota del club deportivo, siempre dispuesta al chiflido, al "mijita rica", al rosario de piropos groseros que la hacían sonrojarse, tropezar o apurar el paso, temerosa de esa calentura violenta que se protegía en el grupo. Por eso la chica de la moda no los miraba, ni siquiera les hacía caso con su porte de reina-rasca, de condesa-torreja que copiaba moldes y figurines de revistas para engalanar su juventud pobladora con trapos coloridos y zarandajas pop.

Tan creída la tonta, decían las cabras del barrio, picadas con la chica de la moda que provocaba tanta envidiosa admiración. Parece puta, murmuraban, riéndose cuando el grupo de la esquina la tapaba con besos y tallas de grueso calibre. Y puede haber sido el calor de ese verano, el detonante culpable de todo lo que pasó. Pudo ser un castigo social sobre alguien que sobresale de su medio, sobre la chica inocente que esa noche pasó tan tarde, tan oscura la boca de la calle, tenía sombras de lobo. Y curiosamente no se veía un

alma cuando llegó a la esquina. Cuando extrañada esperó que la barra malandra le gritara algo, pero no escuchó ningún ruido. Y caminó como siempre bordeando el tierral de la cancha, cuando no alcanzó a gritar y unos brazos como tentáculos la agarraron desde las sombras. Y ahí mismo el golpe en la cabeza, ahí mismo el peso de varios cuerpos revoleándola en el suelo, rajándole la blusa, desnudándola entre todos, querían despedazarla con manoseos y agarrones desesperados. Ahí mismo se turnaban para amordazarla y sujetarle los brazos, abriéndole las piernas, montándola epilépticos en el apuro del capote poblacional. Ahí mismo los tirones de pelo, los arañazos de las piedras en su espalda, en su vientre toda esa leche sucia inundándola a mansalva. Y en un momento gritó, pidió auxilio mordiendo las manos que le tapaban la boca. Pero eran tantos, y era tanta la violencia sobre su cuerpo tiritando. Eran tantas fauces que la mordían, la chupaban, como hienas de fiesta; la noche sin luna fue compinche de su vejación en el eriazo. Y ella sabe que aulló pidiendo ayuda, está segura que los vecinos escucharon mirando detrás de las cortinas, cobardes, cómplices, silenciosos. Ella sabe que toda la cuadra apagó las luces para no comprometerse. Más bien, para ser anónimos espectadores de un juicio colectivo. Y ella supo también, cuando el último violador se marchó subiéndose el cierre, que tenía que levantarse como pudiera, y juntar los pedazos de ropa y taparse la carne desnuda, violácea de moretones. La chica de la moda supo que tenía que llegar arrastrándose hasta su casa y entrar sin hacer ruido para no decir nada. Supo que debía lavarse en el baño, esconder los trapos humillados de su moda preferida, y fingir que dormía despierta crispada por la pesadilla. La chica de la moda estaba segura que nadie serviría de testigo si denunciaba a los culpables. Sabía que toda la cuadra iba a decir que no habían escuchado nada. Y que si a la creída de la pobla le habían dado capote los chiquillos del club, bien merecido se lo tenía, porque pasaba todas las tardes provocándolos con sus pedazos de falda. Qué quería, si insolentaba a los hombres con su coqueteo de maraca putiflor.

Nunca más vi pasar a la chica de la moda bamboleando su hermosura, y hoy que miro la leva de quiltros babeantes alejándose tras la perra, pienso que la brutalidad de estas agresiones se repite impune mente en el calendario social. Cierto juicio moralizante avala el crimen y la vejación de las mujeres, que alteran la hipocresía barrial con el perfume azuceno de su emancipado destape.

Camilo Escalona

(o " sólo sé que al final olvidaste el percal")

Si hago el esfuerzo de recordar al Camilo de entonces, tengo que mirar la población en retrospectiva, cuando las familias atorrantes llegaron a ese barrio nuevecito, recién pintado, con plaza, escuela y mercado por allá en el año sesenta. Tengo que ver los camiones y las risas de los cabros chicos descargando sus canias Cic y sus comedores Normandos, y todo el traperío chillón de los pobres que trasladaban del Cerro Blanco o Cerrillos para habitar las casas y bloques, que los panaderos y molineros habían logrado levantar en la Gran Avenida a puro ahorro y esfuerzo.

Si lo pienso pendejo de apenas nueve o trece años, no puedo dejar de ver el acuario de sus ojos, que era lo único verde que chispeaba en el descolorido paisaje de la zona sur, en esos bloques de tres pisos que para nosotros eran tan altos, cuando jugábamos a ser trapecistas descolgándonos por sus barandas y fierros, a los gritos aterrados de alguna

mamá tapándose los ojos para no ver el equilibrio suicida de los niños en el vacío de los bloques. Los edificios de la pobla, esas cajas de cemento para almacenar familias de mapuches panaderos que eran nuestros vecinos, nuestros compañeros de juegos esas largas tardes del verano proleta. Esos calurosos e interminables eneros, cuando el ocio infantil, sin televisión, nos hacía imaginar el mundo como una aventura, como una historieta de revista, de esas revistas de monitos que cambiábamos por un peso todos los días para creernos Mizomba, Turok, Roy Rogers, o Mawa, la Reina de la Jungla, en mi caso.

Entonces soñábamos tantos mundos, Camilo, y las leyendas de esos comics se hacían reales en el verano haragán de esos niños tirilludos, entretenidos en tirar piedras, cazar lagartijas o robar frutas en esas casas quintas de la Gran Avenida. Recuerdo difusamente esos inocentes delitos, veo entre los carbones oblicuos de los ojos mapuches, tus pupilas de agua marina que te coronaban líder, y eras el primero en trepar ia muralla sin temor a los perros y cuidadores. Eras el más ágil, el único que alcanzaba los damascos maduros, tan arriba esos soles niños que mordía tu boca jugosa. Nunca tuviste vértigo por la altura, quizás por eso fuiste el único que vio venir el futuro nublado, a diferencia de toda esa carnada de huachos que después crecieron pateando tarros y neumáticos en el fragor de las barricadas. Fuiste el único que apretó cueva al exilio después del golpe, debe ser porque los rubios siempre apretar, cachete cuando arde la selva del indiaje. Y ahora que lo pienso, ahora que te veo en la tele con tu terno tan parlamentario, caigo en cuenta que, tal vez, nunca fuiste de los nuestros, ni siquiera con el puño en alto atragantándote con esas frases rojas que les discurseabas a los estudiantes para que te eligieran presidente de la FESES[*], en el liceo Barros Borgoño donde también yo estudiaba. Nunca te creí del todo Camilo, y tú nunca me viste. ¿Cómo me ibas a ver desde las alturas del Marxismo Leninista? ¿Cómo ibas a mirar al mariquilla de la pobla, un colijunto temeroso que no se atrevía a realizar las hazañas de los niños machos. Un niño raro que te veía boquiabierto chuteando la pelota en la polvareda de la plaza, que se moría por tocar el pelaje dorado de sus muslos enrojecidos por el día de playa. Un solo día al año en que madrugaba la población por el paseo de la Junta de Vecinos. Entonces, los niños no dormían soñando con esa primera vez que verían el mar. Y sumaban y sumaban mares de revistas hasta el infinito. Pero igual les faltaban pozas para completar el horizonte marino. Y cuando llegaban al mar de Cartagena, frente a la inmensidad de ese cielo aguado, se quedaban cortos, mudos, acezantes ante ese abismo salado y azul. Y sólo entonces se decidían a crecer para poder mirar un día frente a frente al dios de las aguas. Pero ninguno creció como tú Camilo, ninguno recorrió el mundo ni vio de cerca los paisajes de las revistas. Ninguno se fue de la población a otros barrios más pudientes. Ninguno fue a la universidad, ni menos llegó a presidente del partido socialista. A ninguno le bastó esa mancha azul, ese relámpago de mar para izar con triunfo su futuro. Y a todos esos niños del cuento, se los fue tragando lentamente el pan tanoso destino proletario. Alguno murió en dictadura, otros en peleas de borrachos, y el resto se pudrió de cesantía, alcohol, drogas o delincuencia en alguna celda de la cárcel. Al último lo encontraron colgado de una baranda en los bloques, como si volviera a ser niño jugando al trapecio para huir de la depresión angustiosa llamada pasta base. Como ves, en la población está todo casi igual, a no ser por todos los que faltan, los que se fueron esperando el día triunfal de tu regreso. Todos tenían algo que pedirle al parlamentario orgullo de la población. Todos deseaban al menos sacarse una foto contigo, para mostrarla a sus nietos y decirles que un día, ya esfumado por el alzheimer, corretearon con un famoso por los

[*] Federación de Estudiantes Secundarios.

potreros de San Miguel, cuando todos los sueños infantiles cabían en unos ligeros zapatos rotos.

El exilio fru-frú

(o "había una fonda en Montparnasse")

Tal vez, el regreso del exilio en los albores de la democracia, trajo de vuelta una nueva casta social que difundió por el mundo su calidad de huérfanos expulsados a culatazos de su tierra, asilados en otros suelos por el sensible alero de la solidaridad extranjera. Quizás el exilio chileno que salió del país con lo puesto una amarga mañana, tuvo privilegiados de acuerdo al status político o cultural que poseían entonces, cuando algunos pudieron elegir embajada y destino según el paisaje europeo que rondaba sus sueños. A diferencia de otros anónimos patipelados que los tiraron donde cayeran; México, Argentina, Cuba o la lejana Escandinavia, donde eran cucarachas de carbón en el cielo albino de los vikingos.

Para otros, en cambio, que tenían amigos y familiares en la Europa taquilla, no les fue difícil integrarse al exilio intelectual que visitaba museos en Florencia, estudiaba en la Sorbonne y se hacían los franchutes hablando esa gárgara de idioma, mientras se abanicaban con un diario chileno en un boulevard, lamentando los días negros que pasábamos los compatriotas en Chile con la mierda milica hasta el cuello y las balas limpiándonos el poto.

Muchos exiliados de elite, se hicieron artistas o escritores en esas tertulias de la nostalgia patria. Muchos pensaron que la distancia y la inspiración eran sinónimos animados con vino rosé y poemas de Benedetti. Y al terminar la pesadilla, algunos regresaron con cierto aire internacional, con cierto orgullo de conocer mundo, conversando entre ellos, recordando las super pastas que preparaban los Inti en la Mia-Italia, o los costillares fru-frú de la Charo en París. Regresaron llenos de humos vistiendo temos de lino blanco y fumando en pipa, invadiendo el panorama artístico de la resistencia, que según ellos, era un apagón cultural donde no había pasado nada.

Muchos que lloramos con los acordes de "Cuando me acuerdo de mi país", nunca creímos que el exilio iba a regresar convertido en una clase política que reitera costumbres colonizadoras aprendidas en el viejo mundo, tal vez un poco para adaptarse, y otro poco debido al arribismo cultural que llevaron siempre.

El retorno de esa generación que vio por televisión intercontinental los humos de las protestas, fue un The End cinematográfico en cine arte, un adiós en un puente del Sena, un último trago de tango embriagado de partida en los Champs Eliseés. Una vuelta siniestra al pobre aeropuerto de Pudahuel, que por más que lo modernicen, sigue siendo un ridículo mall plantado en los tierrales de la periferia. "Casi una cabina telefónica, una estación de juguete comparado con Oslo, Zurich o Fiumicino. Casi me dan ganas de devolverme cuando veo al Chile verdadero, tan feo y pobre. Ni parecido a la tierra añorada por mis viejos allá en Copenhague. Qué le encontrarán a esta porquería para querer venirse, digo yo".

Así, el exilio no sólo fue una separación obligada de costumbres y paisajes, también activó en muchos jóvenes nacidos en las sábanas europeas, un cierto rechazo al descubrir en el retorno su sencilla procedencia. Y aunque tengan cara de paisano con las mechas tiesas, es difícil que se crean chilenos habiendo pasado media vida acunados por las

garantías del viejo mundo. En ellos algo de esa sofisticación apátrida es comprensible, pero no en sus padres que se trajeron hasta la receta de sopa francesa para animar sus veladas al ciboulette con música de la Piaf, Becaud o Prevert. Ciertamente esta clase del snobismo-return, fue la primera que al caer el muro y tambalear las utopías de izquierda se cambió el overol rojo para ponerse minifalda renovada. Los primeros en adoptar los ritos de la neo burguesía cultural que engalana la política. Al igual que esos aristócratas educados en Europa a comienzos de siglo, los Red-Ligth hacen insoportable cualquier reunión, hablando entre ellos, gangoseando en francés la nostalgia del "¿Te acuerdas Katy de ese Café en Montparnasse? Me acuerdo Maca de esa noche con Silvio, los Quila y la Isabel. Fue total". Así, los "Te acuerdas. Me acuerdo. Cómo me voy a olvidar", frivolizan en espumas de champán la película huacha del exilio chileno. Más bien, colorean de turismo el desarraigo involuntario de tantos otros que la lejanía enfermó de regreso, los mató de regreso en la impotencia abismal que sintieron al caer el telón enlutado de sus ojos distantes. Tantos más, famosos o no, doblemente exiliados por el suicidio, la enfermedad mortal o la depresión sin fondo de preguntar a diario: "¿te llegó carta? Lo supe. Ya me lo contaron". Otra parte del exilio, que se vivió la expulsión organizando peñas, amasando empanadas hasta la madrugada o juntando platas solidarias para apoyar la resistencia del terruño combatiente, son los retornados del silencio, los que rara vez evocan la expatriada melancolía del andar lejos, los que nunca se acostumbraron, los insomnes del noche a noche esperando el permiso de ingreso. Los que volvieron sin aspavientos y aprendieron a sobrevivirse con esa grieta incurable en el corazón.

Actualmente la izquierda dorada forma un clan de ex alumnos del exilio, que se pavonean de sus logros sociales y económicos en los eventos de la cursilería democrática. Tal vez, siempre quisieron pertenecer a ese mundo jet set que muestra los dientes en las revistas de moda. Quizás la ideología roja los privó de esos plumereos burgueses que miraron desde lejos con secreta admiración. En fin, el término del siglo desbarató el naipe ético de la Whisquierda, que ve agonizar el milenio con mucho hielo en el alma y un marrón glacé en la nariz para repeler el tufo mortuorio del pasado.

El Gorrión de Conchalí

(o "las amargas cebollas de Zalo Reyes en la TV")

Casi lo conocí en esas Quintas de Recreo de la peluda comuna de Recoleta. Finalizaban los setenta y la farra popular, silenciada por el toque de queda, se las arreglaba para hilvanar meneos clandestinos y sandungas del cuerpo en esas fondas colectivas y restaurantes con patio y ramá, donde la pobla remecía sus sinsabores al ritmo maraco de una cumbia, con la tumbadora, el bongó, los timbales y el pallá y pacá de la pachanga hereje del mambo.

Fue allí, cerca de Huechuraba, donde los colizas ensayaban sus merengues de conquista, confundidos con las vecinas, las guaguas y los obreros. Fue ahí, en la famosa Quinta Cuatro, donde la noche guaracha era una tomatera interminable, la noche mal iluminada por cuelgas de ampolletas que no era noche sin el Zalo, el morenazo pinganilla que hacía bailar hasta a los cabros chicos con su caliente "Chicharrón de corazón".

Entonces el Zalo era parte de esa flora popular que cada fin de semana aplaudía y gritaba pidiendo una vez más el cumbión del cantante. Y después, y luego de animar por

horas la salsa del bailongo proleta, transpirado entero recorría las mesas bromeando con las locas, bailando con las señoras, compartiendo el vino turbio de las poncheras con su risa de perlas frescas que por esos años lucía el Gorrión de Conchalí. Esa misma risa que después se hizo música y "Lágrima en la garganta" al grabar discos y cassetes y aparecer en los diarios entrevistado, discurseando su origen de pobre, reiterando que ie debía todo a su gente, a su barrio, a su Conchalí, a su comuna de latas y tierrales que lo vio crecer. Su querido Conchalí que recorría en moto y los vecinos salían a saludarlo, pensando que Zalo era de allí, que el Zalo era auténtico porque no desconocía a su gente, y no importaba que dijeran que su música era cebolla, porque aunque el Zalo ganara mucha plata con su escabeche sentimental, aunque el Zalo fuera famoso y super conocido, aunque saliera en la tele con temos blancos y cadenas de oro en el cogote, el querido Gorrión de Conchalí nunca se cambiaría de barrio.

Pero al correr los años ochenta, donde retumbaban las bombas y las barricadas de las protestas, esa melancólica promesa no se cumplió. Y Conchalí vio partir a su Gorrión entusiasmado con el éxito en aquella televisión programada por el guante sucio de la dictadura. Ahí, en el circo refinado de la pantalla, en esos shows estelares donde gorgoreaban baladas la Simonetti, la Maldonado, el Zabaleta o los Quincheros. En esos programas desde el Sheraton, en el salón L'Etoile, en el barrio alto, el Zalo era el picante simpático que entretenía a los cuícos que tomaban whisky diciendo para callado: ¡enfermo de chulo este gallo, María Fernanda, pero es re amoroso!

Así, la caricatura de lo popular se hizo ganancias para el personaje de Zalo Reyes. Y de tanto venderle a los ricos el Condorito cantor, de tanto trago fino y otras exuberancias en polvo que compartió con sus nuevos amigos de sangre azul, el espigado cabro de Conchalí se fue hinchando de humos y placeres burgueses que lo convirtieron en un panzón de risa plástica, un fetiche picante de la cultura light, un invitado exótico para esos programas de conversa y liviandad que auspicia la actual tele democrática.

Y fue allí, en un conocido espacio de alto rating nocturno, animado por César Antonio, el viejo muñeco fifí de la pantalla, el señor Corales de los cumpleaños de Pinochet, el mismo conductor pirulo amigo de Zalo, quien lo invitó a participar de una experiencia hipnótica. Y para todo el país, conciente o no, Zalo Reyes se sometió al incierto juego de un, dos, tres, duérmase.

Entonces, el hipnotizador, un español que se gana la vida con el show del sueño, le dice a Zalo: usted está dormido, profundamente dormido, pero tiene hambre, hambre de comerse una manzana, una roja manzana que tengo en mi mano. Cójala, es suya, cómasela. Pero el mentiroso hipnotizador le pasó a Zalo una cebolla, una enorme cebolla que el cantante mordió con ganas, chorreándose la camisa con el jugo picante que corría por sus dedos. Y siguió comiendo y mascando, embetunándose entero con las amargas lágrimas de esa cebollera humillación. Como si el mote de cantante cebolla, que le puso el riquerío, se devorara a sí mismo, en una grotesca y cruel escena.

Es así, que la imagen del Gorrión de Conchalí mordiendo su cebolla, es un triste recuerdo de crueldad y vergüenza que programa la actual pantalla chilena. Quizás, una vulgar metáfora del arribismo, enjuiciada públicamente para todo espectador.

La Quintrala de Cumpeo

(o "Raquel, la soberbia hecha mujer")

Y fue hace tanto que vi a Raquel jovencísima animando una fiesta mechona de estudiantes universitarios. Y por allá entonces, no era tan parada en la hilacha y pasaba como una modelo más que locuteaba esas veladas juveniles del setenta. Ciertamente Raquel de pendeja era bella, pero de esas rucias que se saben bonitas y desde chicas las amononan con cintas y almidones los domingos, prohibiéndoles que jueguen con tierra, se sienten en el suelo, ensucien el vestido con dulces, o se junten con esas cabras piojentas que les pueden pegar los bichos en el pelo dorado; su precioso pelo color miel, lavado con manzanilla para que no se oscureciera.

A Raquel de pequeña la convencieron, con arrumacos y mimos, que había nacido para princesa, condesa o duquesa, en un país equivocado donde la gente es fea y ordinaria. Desde niñita le hicieron el mal de floretearle tanto el ego, pellizcándole tanto sus cachetes de guagua linda, que la afearon con su mueca de orgullo y soberbia que lleva hasta hoy, como un asco social en su boca fruncida de irónica muñeca vieja. Y debió ser que ella se creyó demasiado los halagos por sus ojos verdes y su cuerpo de diosa. Tal vez por eso delineó su vida entre encajes, rulos postizos y modas de pasarela. Por eso llegó a la tele de modelo al programa Sábado Gigante de Don Francisco. Y fue allí donde saltó a la fama cuando chantó al animador que quería verla «mover la colita». Y Raquel en cámara, le dijo que no, descolocando al gordo acostumbrado a payasear con las modelos. Le dijo: no Don Francisco, yo no voy a hacer el ridículo como usted. Y eso bastó para que Raquel saliera con viento fresco del programa, pero también le sirvió para ganarse la fama de haber sido la única que puso a Don Francis en su lugar. Sin duda, esa estrategia le sirvió para que las revistas pitucas la fotografiaran en portada, le dieran pega de maniquí, y por último la llevaran de candidata al concurso Miss Universo. Pero ahí no pasó nada con la belleza egoísta de Raquel, y regresó diciendo: que cómo iba a ganar, si las otras llevaban modistos, peluqueros y chaperonas hasta para lavarles las patas. Cómo iba a ganar, si este país era tan picante que la habían mandado sola, sin maquillador, y al separarse las pestañas con un alfiler, se había pinchado un ojo y tuvo que desfilar con el ojo colorado como un conejo.

Mientras rodaban los años en el Chile aporreado de los milicos, cuando la burguesía quería tapar lo que pasaba con galas fifirufas y pompones fascistas. Cuando la propaganda de la dictadura encontraba eco en esas revistas cuché «para gente linda», ahí estaba la Raquelita sumando su pretensión a ese entablado aristócrata amigote del fascismo. Allí era la esfinge de hielo para los yuppies atontados por su altanera elegancia. Era la más regia, la más top, la más chic de las mujeres chilenas que miraba sobre el hombro al país, apoyada solamente en su frágil hermosura. Y cuando ella llegaba, con su obeso maquillador llevándole la cola, todos los cuícos murmuraban: es ella, Raquel, lo más distinguido que ha dado este país cuma. Es ella, Raquel, la soberbia hecha mujer.

Y no pasó mucho tiempo que el modelo respingón de esta niña con aires de patrona, fue propuesto para interpretar a la legendaria Quintrala en una serial de la teve. Y Raquel, cachando que toda su vida cobraba sentido en la arrogancia despiadada de ese personaje, lo aceptó, pensando que era tan fácil como interpretarse a sí misma, que ni siquiera debía actuar para convencer a medio Chile que ella era la Quintrala actual, y así pasaría a la historia poniéndole su cara y su modo mandón a esa vieja de la Colonia. Y quedó pintada para la memoria nacional, alterando el retrato verdadero con su desdén de liceana mañosa.

En ese tiempo, era extraña la popularidad de Raquel para la gente sencilla que la admiraba por su desplante, pero nunca le entregó su cariño. Ni siquiera cuando campanearon los carillones reales de su boda con un taquillera piloto Fórmula Uno, y toda

la realeza chatarra de Santiago fue invitada, hasta el propio Pinochet, que por amurrado la dejó esperando. Tal vez, por todas estas galas fétidas de la elegancia, la gente humilde nunca la quiso, ni siquiera cuando años más tarde se separó del marido tuerca, y ella con la misma altivez declaró que si la odiaban era por envidia, que si hablaban de ella, las críticas le resbalaban por su capa de Giorgio Armani.

Llegados los noventa, se volvió a casar, retirándose de la farándula a una vida rural en el campo chileno. Ya cuarentona, es difícil calzar con la juvenil tele democrática, es humillante volver de animadora después de haber soñado un reino. Luego de haber sido la mujer símbolo de una década fatal, donde el figureo televisivo blanqueaba la masacre en el glamour sangrado de los ochenta. Para la memoria, las fotos de Raquel en medio de ese jet-set revisteril, reaccionario y clasista, documentan en doble faz la mejilla empolvada del estelar, tapando la otra cara tiznada de un fúnebre país, un triste país que veía desfilar los monigotes famosos en la vitrina burlona al compás de la cueca uniformada.

Quizás, su última intentona por volver dignamente a los titulares fue en la pasada elección de alcaldes. Raquel se postuló por el perdido rancherío donde vive. Tal vez, usando la evocación de la Quintrala, quiso hacer verdadera la ficción televisiva, pensando que los huasos eran tan tontos, que ella podría manejar ese pueblo como Scarlet O'Hara en su hacienda negrera. Y fue casa por casa, rancho por rancho, cazando votos para su candidatura. Incluso eligió a una reina lugareña y le prestó el vestido metálico que usó para animar el Festival de Viña. Ese conocido traje de Raquel, que pesaba diez kilos de lata dorada, simbolizando el boom económico de la yupimanía a fines de los setenta.

El día de la elección, Raquel llegó a votar en una carroza vestida de terrateniente, pero los huasos ni se inmutaron, nunca los convenció esa señora extraña y llena de humos. Por eso no la eligieron alcaldesa; para ellos, Raquel sería siempre una hermosa dama envuelta en la frivolidad de la moda, nunca una mujer política.

Es posible que Raquel, tan preocupada del jet set criollo, nunca supo ganarse el afecto popular que no la pasa, que no la quiere, y le devuelve su arribismo derechista al verla ya ajada por su inútil maña de realeza en estos "campos bordados de púas". Pero igual ella quiere ser alcaldesa, Quintralesa, condesa o duquesa. Obtener un título de nobleza que por último rime elegante con tonta lesa.

Don Francisco

(o "la virgen obesa de la TV")

Redondeado por el sopor de la tarde sabatina, el mito burlón de Don Francisco recrea el lánguido fin de semana, el opaco fin de semana poblacional que, por años, solamente tuvo el escape cultural de Sábados Gigantes. El día chillón del verano haragán, el polvo seco de la calle sin pavimentar y la tele prendida, donde el gordo "meneaba la colita" al ritmo de la pirula.

Desde los años sesenta, el joven y espigado Mario, vislumbró éxito futuro en el tanto por cuanto del metro de tocuyo en su negocio de Patronato. Desde ese manoseo monetario del ahorro y la inversión ventajosa, hizo pasar a todo un país por la treta parlanchína de su optimismo mercante. Es decir, reemplazó el mesón de la negocia trapera por el tráfico de la entretención televisiva, la hipnosis de la familia chilena, que cada sábado, a la hora de onces, espera al gordo para reír sin ganas con su gruesa comicidad.

Así, Don Pancho supo hacer el mejor negocio de su vida al ocupar la naciente televisión como tarima de su teatralidad corporal y fiestera. Con increíble habilidad, impuso su figura regordeta, antitelevisiva, en un medio visual que privilegia el cuerpo diet. Contrabandeando payasadas y traiciones ladinas del humor popular, nos acostumbró a relacionar la tarde ociosa del sábado con su timbre de tony, con su cara enorme y su carcajada fome, que sin embargo hizo reír a varias generaciones en los peores momentos.

Quizás, su famoso talento como estrella de la animación, se debe a que supo entretener con el mismo cantito apolítico todas las épocas. Y por más de veinte años vimos brillar la sopaipilla burlesca de su bufonada, y Chile se vio representado en el San Francisco de la pantalla, la mano milagrosa que regalaba autos y televisores como si les tirara migas a las palomas. Manejando la felicidad consumista del pueblo, el santo de la tele hacía mofa de la audiencia pulguienta ansiosa por agarrar una juguera-radio-encendedora-estufa-, a costa de parar las patas, mover el queque, o aguantar las bromas picantes con que el gordo entretenía al país.

Tal vez, la permanencia de este clown del humor fácil en la pantalla chilena se debió a que fue cuidadoso en sus opiniones contingentes y supo atrincherarse en el Canal Católico, además su programa siempre tuvo el apoyo de la derecha empresarial. Aun así, aunque Don Francisco reiteradamente evitó los temas políticos, hay gestos suyos que pocos conocen y que harían más soportable su terapia populista. Se sabe que en los primeros días después del golpe, ayudó a un periodista que entonces era perseguido por los militares. Tal vez, esto que alguna vez ha reconocido públicamente, haga más digerible su insoportable chacra, pero no basta para el Vía Crucis de la Teletón. Esa odiosa teleserie de minusválidos gateando para que la Coca Cola les tire unas sillas de ruedas. No basta la emoción colectiva, ni la honestidad de las cristianas intenciones, ni el sentimentalismo piadoso para justificar la humillación disfrazada de colecta solidaria. No basta la imagen del animador, como virgen obesa con la guagua parapléjica en los brazos, haciéndole propaganda a la empresa privada con un problema de salud y rehabilitación que le pertenece al Estado. Con este Gran Gesto Teletónico, el país se conmueve, se abuena, se aguachan sus demandas rabiosas. Y el "Todos Juntos", funciona como el show reconciliador donde las ideologías políticas blanquean sus diferencias, bailando cumbia y pasándose la mano por el lomo con la hipocresía de la compasión. Porque más allá de los hospitales que se construyen con el escudo de la niñez inválida como cartel, quien más gana en popularidad y adhesión es el patrono del evento. El sagrado Don Francisco, el hombre puro sentimiento, puro "chicharrón de corazón", el apóstol televisivo cuya única ideología es la chilenidad, y su norte, la picardía cruel y la risotada criolla que patentó como humor nacional.

A lo mejor, en estos últimos años de desengaño democrático, si había que exportar un producto típico chileno, que no fuera el Condorito, pasado de moda por roto y derrotista, ahí estaba Don Francis: sentimental, triunfador y chacotero. Si había que instalarlo en algún escenario, no cabía duda que el mejor era Miami y su audiencia sudaca y arri bista. Al resto del show, sumarle el gusaneo cubano y su hibridez de hamburguesa gringa y salsa transplantada, allegada, paracaidistas de visita siempre, pero igual se creen yanquis con sus pelos teñidos, sus grasas monumentales y su vida fofa del carro al mall, del mall al surfing, y del beach al living room, con bolsas de papas fritas, pop corn, pollo chicken y litros de Coca Cola, para ver al chileno gracioso, que cada tarde de sábado reparte carnaval y electrodomésticos a la teleaudiencia latina. Y no cabe duda que en estos trópicos se ha hecho insustituible, aunque ya no está con su yunta del humor, el cómico Mandolino, a quien dejó botado con su disfraz de vagabundo en las palmereadas costas de

Florida. Pero eso no le preocupó a Don Francis, tampoco la querella por acoso sexual que le puso una modelo. El salió libre de polvo y paja y ella quedó como mentirosa, tonta y oportunista. En fin, dígase lo que se diga, Don Francisco equivale a la cordillera para los millones de telespectadores del continente que lo siguen, lo aman, le creen como a la virgen, y ven en la boca chistosa del gordo una propaganda optimista de país. Más bien, una larga carcajada neoliberal que limita en una mueca triste llamada Chile.

El romance musical de los sesenta

(o "los dientes postizos de la Nueva Ola")

Las estrellas del espectáculo chileno reflejan visos opacos de olvido o brillantes de triunfo de acuerdo a la adhesión popular que los encumbra o los entierra, según factores biográficos que recuerdan aquella cancioncita que te cantaba al oído, en el parque, aquellos años. ¿Te acuerdas? Pero no es solamente la nostalgia frambuesa o la promoción empresarial del artista lo que confirma o borra su evocación musiquera. También los sucesos políticos y sociales que los identificaron, hacen más duradera su fama, o la terminan, a pesar de la insistencia amigota de convidar a la estrella gastada una y otra vez al mismo programa.

Con la Nueva Ola pasa un poco eso, la obsesión comercial que desempolva ese arrugado grupo de veteranos teenagers, para reflotar una época para muchos feliz, especialmente para cuarentones que agotaron en el twist toda su rebeldía juvenil. Justo antes que viniera la escandalosa hippiemanía, justo allí se quedaron mascando chicle y tomando refrescos, mirando a los chicos malos del setenta que se venían con unas ganas de cambiarlo todo, a puro L.S.D., mariguana y estridencia rockera. No se la pudieron con la época, se quedaron pegados en la moto vespa, la corbatita fruncida y el corazón de caramelo. Jubilaron en su pequeñez del romance para suspiros juveniles. La Nueva Ola fue una manga de artistas popotitos y gotitas de lluvia en la ventana, la balada-manía que nunca se comprometió con los cambios sociales. Los mismos que reaparecen de vez en cuando rememorando esos años felices. Tan ambiguos y complacientes, que pueden volver en cualquier época. Tan apolíticos, que pueden sonar sus canciones en un orfeón militar o en el compact de la democracia. Para todos los gustos, tanto para el quinceañero que le da el gusto al papá, aprendiendo en guitarra la cancioncita cursi que el viejo le cantaba a la mami, como también para esos matrimonios que bailan el "Te perdí" tratando de agarrarse de los flotadores de la celulitis. Una música para todos los tiempos, que resiste todos los cataclismos políticos sin que se le caiga un pétalo de su cereza corazón. A lo más "la Pera madura" de Sergio Inostroza, que se hizo himno oficial de las concentraciones antidictadura. Con su estribillo "Y caerá, caerá, caerá" que coreaba todo el mundo para la pica de los pacos. Pero eso no más, porque el resto de nuevaoleros nunca participó de ninguna trifulca ideológica. Al contrario de una parte del neo-folclore que nació politizando y recontra izquierdista. A todo poncho, a toda metralla mierda y vamos de Vietnam a la salitrera, del campamento a la reforma universitaria. Así Víctor, el Quila, Rolando y tantos otros, pagaron con la muerte, el exilio y el olvido, la osadía de soñar un mundo más justo, una utopía social para un Chile que se resiste a recordar las barbas de la rebelión. Un Chile anestesiado por el cancionero fácil, que tartamudea incansable la misma depresión de amor, la misma letra tonta del me dejó, yo le mentí, y por eso me pasa. Y ni siquiera alcanza a ser

el desrajado malamor de la ranchera mexicana. Porque este silabario musical chileno es apenas un cortejo asexuado y tímido que interpretan niñas de falda Chanel y jóvenes de pelo pegado. Como si cantaran para parecerle bien a alguien, a algún director de televisión que programa la música sin ganas del espectáculo y el marketing. Así, la vieja Nueva Ola sigue sonando en las radios en programas del recuerdo o en nuevas versiones de sus antiguos éxitos. Sigue sonando como lo que siempre fue, el analgésico melódico para una época de conflictos que despolitizó a aquella hula-hula generación.

De misses top, reinas lagartijas y otras acuarelas

Para los niños en América Latina, la primera figura de autoridad es una "Miss". Ya después, llamar a la reina de la belleza "Miss Universo" no representa ningún problema.

(Performance Radial de Coco Fusco y Guillermo Gómez Peña).

Rosa Marta Mac Pato del Arpa

(o "las encías doradas del arte")

Quizás, porque la realeza nunca anidó en estos peladeros, y por suerte su rancio olor estuvo lejos. Al otro lado del mar, salpicando los brillos del pallá y pacá de valses vieneses. Tal vez, es por eso que en este fin de siglo reaparece la nobleza pioja empolvada por el status del arte. Como si fuera un orgullo tener tan cerca a esas damas que se codean con el jet set alabando la cultura burguesa, la pintura pituca de los remates. Ese paisaje de París sobre la chimenea mi linda, o ese Matta upeliento que al caer la izquierda subió de precio. Porque todo cambia, y por fortuna el arte volvió a su hediondez de castillo, a su inutilidad decorativa. Sobre la mesita francesa la figurilla Limoges, para que la empleada mapuche le pase el plumero al ritmo del minué. Porque la señora Mac Pato no puede vivir en estos arrabales sin escuchar cada mañana la lírica alaraca de sus violines. No puede soportar el indiaje sin oír los cornos peorros de su ópera. No puede, no puede mirar el caminar patuleco de los chilenos, porque ella ama tanto el ballet clásico que va del Municipal al Bellas Artes del brazo de Pirulo Larraín flotando en su sublime pas de deux. Ella es benefactora de la danza frú-frú, y quiere educar a este país de rotos acostumbrados a la cumbia. Sueña con transformar Santiago en otro Versailles, y que hasta los pacos dirijan el tránsito en puntas de pie. Por eso ella va con su mueca estética por las galas del arte, a todos lados lleva su placa Pepsodent, repartiendo risas de triunfo capitalista, para que este país amurrado pueda reírse de su derrota social.

La Señora Mac Pato dedica todo su tiempo al evento del arte, corretea por las embajadas decorando los salones con cortinajes, macetas de petunias y pavos reales para que los chilenos aprendan los gestos trululú de la aristocracia europea. Porque ella admira a la nobleza y se emociona con las rabias que pasa Isabel II con sus nueras putingas. Eso te pasa Chabe por meter a la plebe en la corte, piensa ella. Igual como pasó en la Unidad Popular, cuando Allende le dio carta abierta al populacho para que entrara al Teatro Municipal. Y estos picantes, pos oye, se mearon en la felpa lacre-sangría de los asientos, se limpiaron los mocos con los tapices flamencos, y dejaron hecho un asco esa maravilla neoclásica de la arquitectura nacional. Por eso ahora subimos los precios de las funciones de gala. Además pareciera que los upelientos aprendieron modales en el exilio francés. Digo yo, porque hasta los socialistas dejaron el charango y le tomaron el gusto a la música clásica. Y también, para que no digan que una es injusta con la ignorancia, hoy tenemos conciertos a mediodía para que la rotada cultive su espíritu chabacano.

Así, doña Rosa Mac Pato del Arpa, no se cansa en su afán por educar a la cultura pioja drogada por los tiritones pélvicos del "Meneíto". Pero ella sabe que pese a todos sus esfuerzos, igual va a recibir el malagradecido pago de Chile. Igual las viejas pobladoras la pelan cuando ella aparece en la televisión modulando su finura Chanel. Igual las viejas rotas remedan sus modales de condesa cenando en palacio. Igual se ríen de ella, mascando con la boca fruncida, el charquicán humilde de la cocina obrera. La señora Mac Pato sabe que este país es burlesco con cualquier forma de colonización cultural que pretenda refinar la tosca greda de su carnada mestiza. Y no es que necesite una corte haragana que lo gobierne, y menos esas princesas con cara de caballo que adornan el revisteo del ocio

clasista. Aunque hay un séquito de artistas mendigos de cóctel, que siempre la rodean como una abeja reina, y simulan escuchar atentos sus teorías estéticas del Primer Mundo haciéndole creer que este país necesita un blanqueamiento cultural. Pero, tal vez, sólo fingen estar de acuerdo con ella, mientras comen el canapé de langosta en la exposición y celebran los chistes british y su trivial simpatía de sangre azul. Pero muy en el fondo esa patota arribista, sabe que en este suelo nadie se ríe tanto como la señora Mac Pato. Hay muchas caries, mucho boquerón en sombras que apenumbran la alegría torcida de la mueca popular. Puede ser que ellos comparten las burbujas optimistas de su champán, solamente para agarrar una beca a París en Los Amigos del Arte, o sacar un catálogo elegante para una próxima exposición. Puede ser ese el único interés alpinista en la escalada social, lo que mueve al enjambre de artistas revoloteando en el perímetro de su risa esmaltada, solamente para que doña Rosa María Mac Pato del Arpa, crea que este país perejil comparte subyugado la mueca risueña de su calavera cultural.

Cecilia Bolocco

(o "besos mezquinos para no estropear el maquillaje)

Y fue durante el reinado de Pinochet, cuando a Cecilia la coronaron Miss Universo. Y Chile por fin respiró tranquilo, por fin le había achuntado a un título mundial de belleza, después de tanta decepción con las niñas lindas que se mandaban. Todas rubias, todas estiradas como jirafas flacuchentas del Villa María o las Monjas Inglesas. Todas bellas y fruncidas con esa mueca de asco que tiene el riquerío. Todas con la mandíbula caída diciendo: mi nombre es Pía Lyon y represento a Chile. Estoy en contra del divorcio, me gustan mucho los niños, soy apolítica, admiro a la madre Teresa de Calcuta y al Papa Juan Pablo Segundo. Muchas Gracias.

Así, por años para el mundo, la mujer chilena fue ese esqueleto vestido de huasa, aireando su altivez con la banda tricolor en las pasarelas. En cada elección de Miss Mundo o Miss Universo, veíamos partir a las niñas de la revista Paula con su chaperona y el modisto llevándole en el ajuar el traje típico inspirado en La Tirana, o el vestido pascuense con plumas de ganso que sofisticaba la totora isleña. Se iban tirando besos mezquinos para no estropear el maquillaje preciso, para decir lo justo, y representar con clase la belleza hipócrita de la burguesía chilena. Así mismo las veíamos regresar, afeadas por la pica de la derrota, declarando que habían perdido dignamente, que nunca habían aceptado invitaciones fuera de concurso, que se acostaban muy temprano con las gallinas, que tal vez esa chula venezolana había ganado porque le hacía ojitos al animador. Y la negra quedó finalista porque se arrancaba en las noches con un jurado. Y esa china que salió Miss Simpatía, para qué hablar pos oye.

El caso de Cecilia Bolocco no fue la excepción, ya que su belleza aguachenta era similar a la de las misses anteriores. Pero de tanto insistir con esa imagen de barbie sin drama, de tanto copiar el modelito castaño claro, seminatural, casi saliendo de la ducha, y sin opinión polírica. Sobre todo eso, le machacaba la chaperona a la Ceci en las entrevistas. Ni hablar de la situación de Chile que, por esos años, se peleaba a bombazos su vuelta a la democracia. Menos opinar sobre el aborto y esos horrores que discuten las feministas. Porque una reina no tiene opinión, solamente habla de las bondades de su tierra: del clima,

del paisaje, de los copihues, del vino y sus lindas mujeres. Todo en orden, todo tranquilo gracias al gobierno militar.

Al parecer, Cecilia se aprendió bien la lección, fue el resumen de todas las chilenas pitucas que desfilaron sin éxito en la pasarela dorada. Más bien, la eligieron Miss Universo de cansancio. Y ella hizo el teatro de la emoción cuando escuchó su nombre, cuando derramó una lágrima, sólo una lágrima que se congeló en su mejilla empolvada como homenaje a la cordillera. Y con la corona chueca, su voz quebrada dibujó un Viva Chile en el beso palomero que le mandó a la dictadura, al tiempo que se inundaba de nostalgias quincheras.

De regreso al país, lo primero que hizo fue visitar al dictador que la recibió en palacio retratándose con ella como emperador y soberana. Y todos vimos a nuestra Miss Universo acaramelada posando con Augusto. Y todos sentimos la misma decepción al verla tan sonriente avalando la pesadilla de aquel mandato. Y todos la olvidamos, borrando de un aletazo la alegría patria que experimentamos la noche de su triunfo.

Los años pasaron, llegó la democracia y Cecilia se fue a Estados Unidos donde la contrataron para hacer televisión. Vino la Guerra del Golfo y ella apareció por la CNN narrando con simpatía el vuelo de los cadáveres destrozados en el aire. Como si contara una película, su acento Miami describió fríamente el horror de esas escenas negadas por la cadena de TV. Ahí supimos que nuestra reina había dejado atrás la timidez del colegio de monjas, se veía más segura hablando con ese timbre de cubana exiliada. Incluso filmó una teleserie para el mercado latino; un culebrón sensiblero donde hizo de una regia malvada que tanto humilló a la pobre y sencilla Morelia.

Actualmente, en el devenir político de los acontecimientos, se ve bastante cambiada animando la tontera chistosa de la pantalla chilena. Pareciera otra, compartiendo las tallas sin gracia de los humoristas de turno. Seguramente, a la Ceci no le quedó más que hacerse la popular para que la gente olvidara la reaccionaria adhesión que manchó su reinado. En todo caso, su tiempo de soberana se terminó, igual que la dictadura, y la corona de reina sigue esperando a esa mujer, ni tan alta, ni tan espigada, que en algún rincón de este suelo, sus negros ojos tristes bordan la tarde con su anónimo pasar.

La tristeza de Bambi

(o "una estrella sudaca en el cielo europeo")

Uno se va enamorando de verte traficado por la pantalla Zamorano, te va queriendo al recorrer la ciudad y a cada paso toparse con tu carita de pobre, maquillada de color, en el poster que alfombra las cunetas. Uno te imagina tan solo Bambi, en los estadios europeos llenos de rubios. Y se pregunta qué fue del jilguero flaco de Maipú que correteaba la pelota en el potrero. Ese cabro pálido y ojeroso que a pura paja soñaba el mundo desde su comuna perejil. Que de un día a otro saltó a la fama con el baile pelotero de sus canillas. Única meta de esa adolescencia de orejas escarchadas por el invierno de la escuela pública. El sueño de los chicos pobla, que quieren ser estrellas del balón con el bolsillo lleno y el corazón contento. Esos pendex que se fugan de la clase saltando las rejas y se ponen a pichanguear sofocados por las ansias de verse en la Selección Nacional. Porque ellos saben que del barrio rasca a la universidad hay un tajo difícil de saltar, cuando hay tantas deudas y el salario apenas alcanza para los zapatos de fútbol, para que Iván no destruya los del colegio.

Entonces nadie hubiera apostado por ti, en esa población donde los vidrios corrían peligro y las viejas no te entregaban la pelota plástica que rebotaba en las puertas. Nadie te hubiera pensado hablando con el Rey de España a ti, que hiciste del juego una profesión chorreada de dólares para llevarte a tu mamá a ese super barrio de Madrid. A ese departamento alhajado con máquinas automáticas que lo hacen todo, que la condenan a un ocio burgués que ella amortigua decorando sus cubiertas con perritos, fotos y flores plásticas, para no ser tragada por la modernidad europea. Una forma de preservar la memoria poblacional del pañito tejido que proteje el televisor para no que se raye. Su ternura kitch que contrasta con la frialdad del lujo arribista. Para que las vecinas de Maipú no digan que la mamá de Iván se transformó en una vieja pituca. Cuando la ven por la tele, entre picadas y orgullosas, comentan do que el hijo la tiene como una reina, que ya no se marea con los aviones, que sale a comprar sola en esos enormes supermercados, que Iván la pasea en su auto lujoso y a veces también le piden autógrafos. Pero aun así, ella no se acostumbra, y soporta la nostalgia para que Iván no se sienta tan solo.

Quizás Bambi, aunque pasaste a ser un personaje top; algo en ti no ha cambiado, y a través del cable los tierrales secos de Maipú aún te enrojecen la mirada. Aún algo incierto acompleja tu risa, como si todavía soñaras y en cualquier momento el destino de pobre te fuera a pegar su coletazo. Hace algunos años, ese miedo fue un calambre que no te dejaba meter el gol. Era una nube de polvo nublando el arco, y todo el estadio que voceaba tu nombre se convirtió en enemigo. Pasaban los meses, los partidos, la hinchada esperando el gol, Chile esperando que Bam Bam no dejara mal al país que le va tan bien en su economía. Se corrían rumores que el Real Madrid iba a devolver al sudaca. En Santiago las malas lenguas diciendo que era puro bluf, con sus ternos Pierre Cardin, las corbatas italianas, su peinado chulo y sus declaraciones con acento madrileño de roto que se cree Julio Iglesias.

Tenías a todo el país haciendo mandas para que se te pasara la depre, la nostalgia hundiéndote en un vacío sin goles. Los diarios publicaban un presunto hechizo. Pero la verdad Bambi, es que en esos meses viste el reverso de la fama, el desprestigio porque no dabas bien un par de patadas. Supiste entonces, que tus pantorrillas eran un futuro incierto, un pálido regreso sin gloria. Por eso un día cualquiera, se te escapó el indio en un juego de piernas, y el balazo de gol rajando la malla. Y otra vez los aplausos, los aeropuertos, las cámaras y tanto cabro chico tratando de agarrarte la mano en los orfanatos que visitas. Otra vez la prensa futbolera te retrata aéreo en las acrobacias. Reapareces fotografiado con una modelo taquilla que te cuelga la chimosgrafía. Una Barbie dorada que contrasta con tu tipo feúcho de poblador achunchado que contesta: "sólo somos amigos". Nadie sabe el nombre que hace crujir tu corazón Bambi; tampoco a nadie le interesa tanto, mientras sigas siendo la esperanza latina, la estrella de Maipú que brilla levemente triste, y lejos de este país de largos sudores fríos.

Miriam Hernández

(o "una canción de amor en la ventana del bloque")

En Nueva York todos los travestis latinos imitan a Miriam Hernández en la mentira paródica de su show-doblaje. La sueñan en su cante sudaca de chica popular que se encaramó a puro pulso, a puro aclarado de mechas, a pura simpatía de morocha sexi al top

famoso del ranking estelar. Al parecer, la fantasía chicana de los travestis reviven en la Miriam el milagro social de Marilyn y Madonna, que de pobre empleadita de tienda o anónima cajera de panadería, se vio de un día a otro enmarcada de luces, acicalada por modistos y peluqueros que la suben como diosa al carro consumista del mercado disquero.

Quizás la Miriam nunca imaginó tal despegue de su imagen traficada por la televisión, cromolaminada en los posters y carátulas de compact disc que promueven sus canciones. Porque ella nada más quiso cantar, solamente cantar, cuando jilguera adolescente tomaba la micro en Ñuñoa para ir al Liceo público, de jumper escolar y las mechas tomadas en una cola tirante que achinaba aún más sus ojillos de india traviesa. Tal vez, su sencilla apariencia de niña sin bulla, que no tenía pelo dorado ni ojos azulmente celestes, fue el salvoconducto que operó en su favor cuando ios productores de la tevé se fijaron sólo en su voz, en su llorosa y teatral interpretación de chiquilla morenita, feíta, pero agraciada en cierta sensualidad de guiño tramposo, en esa coquetería ladina de cabra de barrio, que se sabe común, de pelo lacio, ni tan alta, ni tan espigada, igual a muchas lolas de población que cantan un verso de amor en la ventana de su bloque.

Tantas miles de chicas soñadoras, humilladas en esos programas para aficionados del canto, donde los jurados hace mofa del nerviosismo que las desafina. El maldito nerviosismo, que a última hora les juega una mala pasada, después de haber ensayado semanas enteras frente al espejo, después de saberse esa tonta canción de memoria, después de coreografiar matemáticamente los pasos, los gestos, la pose aleteada de las manos, cada insignificante movimiento, después de conseguirse con la vecina ese traje de noche con escote hasta el ombligo, y los zapatos, y el pelo, y las pestañas, y esa uña quebrada que de emergencia se parcha con un pedazo de scotch. Y luego de tomar un taxi para ganar tiempo y llegar al canal a la hora, esperando, arreglándose el tirante del sostén, soportando las bromas groseras de los tramoyistas y camarógrafos que se sienten con el derecho de empelotarla visualmente apoyados en el falo de la cámara. Luego de tanto trajín y basureo corporal, justo allí, en el set, en medio de las luces: la suerte perversa le pega su coletazo. Y los tres minutos de gloria en la "Escalera a la fama", palidecen en la fanfarria de la orquesta que cruelmente les corta el canto y la ensayada inspiración.

Pero ese no fue el caso de Miriam Hernández, que hizo de su vida una balada perfecta. Sin tener una gran voz, supo usar el molde femenino más tradicional, el más recatado, "la chica pobre pero decente". A lo más un tajito hasta el muslo, o la insinuación transparente de sus "tetillas de gata bajo la blusa. Y nada más, porque el cuerpo de Miriam Hernández lo moldea su voz, la letanía afinada arrullando: "El hombre que yo amo sabe que lo amo". Y esa es toda la historia que sublima a multitudes, sin más contenido que la declaración cursi repetida al infinito. (¿Y te parece poco?) El resto, la escenografía, una glorieta de violi-nes y trombones que envuelven la tristeza sintética de la cantante, que hasta se permite unas lágrimas en su plegaria "al hombre que ella ama", el mismo tonto que "sabe que ella lo ama". Y en ese secreto gritado a voces, se suman todas las malamadas que suspiran por ese varón lejano, soberbio, y (pausa), tan imposible.

Quizás, el romance musical de la Miriam no sea gusto de feministas o mujeres más elaboradas en su discurso amoroso. Tal vez, su sencilla canción solamente reitere el prototipo más conservador de la mujer domesticada por el macho esquivo.

Pero acaso esta sumisión, insoportable para muchos, pudiera ser un teatro del exceso que pone en escena el quejido flacuchento entonado por su voz. Así se explica la adopción de este molde por parte de las travestis latinas, expertas en el aflautado burlesco del símbolo sexy que vende lo femenino.

Tal vez, la Miriam no sabe que es la voz calentona que hierve el mate en el show travesti de las disco-gays de Manhattan, y menos que se la incluyó en el libro "Poesida" (editado en una universidad de Nueva York) por la canción "Se me fue", que Miriam le dedicó a su abuelita fallecida, y los homosexuales la entendieron como homenaje de la estrella a los muertos por la plaga.

Martita Primera

(o "esos grandes botones de la moda presidencial")

De cerca la Primera Dama es simpática, larguirucha y risueña como esas niñas de las monjas que deben sofisticar su sencilla apariencia para merecer ser acompañantes de la banda presidencial. De cerca, ella no puede disimular su aburrimiento en los actos oficiales donde permanece intacta para la foto, mostrando los dientes como una muñeca feliz, contestando la misma pregunta de la casa, las niñitas, la mujer y la familia ideal. A sólo unos pasos, custodiada por los nerviosos guardaespaldas, se le nota la obligada pose diplomática aguantando esos fruncidos tacoaltos que le hinchan los pies cuando chancletea de inauguración en inauguración, del cóctel al orfanato, del aeropuerto a La Moneda, con el tiempo justo para retocarse el maquillaje y los minutos contados para cambiarse esos horribles vestidos, todos iguales, todos cortados por la misma tijera de la moda presidencial.

Al parecer, su alto cargo la somete a la empaquetada ropa del rito protocolar. Como si la sobriedad del terno masculino se repitiera en esos trajes dos piezas que uniforman a las mujeres como azafatas de pullman. Como si ese formato varonil fuera un modelo para vestir a las miles de secretarias, vendedoras, cajeras, telefonistas o animadoras de televisión que pasan invierno y verano con el mismo trajecito. Todas iguales, con distintos colores, pero todas terneadas con esas hombreras que apoyan la femenina eficiencia de la democracia laboral.

La Martita no es fea, pero quien la aconseja en el vestuario no es su mejor amiga. Quien le dice que le copie a la Hillary Clinton ese molde de Primera Dama neoliberal, se equivoca con ella. El modisto que le muestra esas revistas del ocio burgués, donde aparece la extinta Lady Di luciendo esa ropa sin gracia, solamente reproduce en ella su fantasía arribista, le acartona su soltura de muchacha poco pretenciosa. La coloca igual que la Evelyn o la Cristi y todas esas parlamentarias que asumen el terno femenino como uniforme de los Nuevos Tiempos.

Quizás, la facha de las figuras políticas, lo mismo que el peinado, la pose o los gestos, tiene algún efecto en el rating electoral. Así, las damas de derecha promocionan el atuendo de economista ejecutiva, sin escote ni tajos aputados que muestren las piernas, sobriamente gris, asegurándole votos al recato tradicional. También las ecológicas, alternativas o progresistas, prefieren las amplias faldas floreadas y telas hindúes que recuerdan los años sesenta. Pero nunca tan hippies, casualmente elegantes con su ropa suelta de señoras liberadas. En estos tiempos, la apariencia significa adhesión o rechazo para el anónimo televidente que ve desfilar los discursos adornados de trapos. Por eso la Primera Dama se ve rara con esos enormes cuellos de baberos que le almidonan su fresca sonrisa. Se nota tan incómoda con esos enormes botones de payaso que la aprietan como salchicha.

La Martita no es fea, tiene cierta dulzura en los ojos, cierta alegría de chiquilla que contrasta con la cara gruñona del Presidente, siempre parco, siempre enojado, tironeándola para que mantenga la compostura, para que no se ría tanto con los chistes de ese diplomático. Ni siquiera cuando lo acompaña al estadio y ella tiene que medir su euforia cuando meten un gol. Ni allí puede relajarse. "Por la imagen, por el qué dirán Martita, contrólate", le repite Eduardo en su oído, deprimiendo su alegre frescura de niña traviesa.

La Martita no es fea y a veces, cuando atina con el vestuario, se ve bonita. Como esa vez que visitó a los reyes de España y contradiciendo el protocolo, se puso una capa blanca, tan espectacular, que dejó a la reina Sofía como una señora de pobla. Además, iba tan entusiasmada con su atuendo de Eva Perón, que le dijeron se pusiera en su lugar, es decir tres pasos más atrás que su marido.

En fin, la Primera Dama tiene cierta simpatía, pero se guarda muy en secreto sus opiniones políticas para no contradecir el discurso oficial. Seguramente en eso la tienen cortita, para que no le ocurra lo de sus vecinas Menem y Fujimori. Pero aun así, ella pudo solidarizar con las Madres de los Detenidos Desaparecidos. Pudo hacer suya esa causa y poner su emoción al servicio de esa tragedia, así ganarse el cariño de un país que la respetaría más allá de la frivola apariencia, más allá del papel cansador que representa como Primera Dama, madre ejemplar, esposa fiel y muda acompañante del poder.

Las sirenas del café

(o "el sueño top model de la Jacqueline")

De andar desprevenido dando vueltas por el centro de Santiago, mirando vitrinas y ofertas y más vitrinas con maniquíes tiesos que encumbran la moda veraniega, la moda de temporada o las últimas liquidaciones antes del invierno. De caer en esa hipnosis de la calle céntrica donde se colorea el consumo de las pilchas que lucen las muñecas plásticas de los escaparates. Esos cuerpos androides de risa acrílica y peluca sintética. De mirar a la pasada la vitrina de un café, donde los mismos maniquíes se mueven, se pasean detrás de un mesón mostrando un bosque de largas piernas enfundadas en finas medias y cortísimas minifaldas. Todas bellísimas con sus pelos brillantes y maquillaje de set televisivo. Todas atentas sirviendo cafecitos, complaciendo el voyerismo de los oficinistas que, a la hora de colación, babean mirando este acuario de sirenas en día claro. La tropa de clientes que tienen los Cafés para Varones en el corazón de la capital. Tal vez, una nueva forma de prostitución donde el ojo masculino se recrea recorriendo los cuerpos de estas diosas admirables. Las chicas del café, las aeromozas de la fiebre express, las azafatas de la calentura al pasar, modeladas por las propinas y el mísero sueldo que las expone con sus presas al aire del vitrineo urbano.

Sería fácil condenar este consumo del cuerpo femenino, diciendo que es un refinado puterío de remate público. Sería obvio apuntar con la uña sucia de la moral este negocio erótico de los "Nuevos Tiempos". Pero las únicas perjudicadas serían las chicas que llegaron a este oficio con sueños de gloria. Las nenas de pobla que ilusionaron ser modelos top, actrices de teleserie, misses de primavera para lucir la ropa de los maniquíes que vieron tantas veces cuando acompañaban a su mamá al centro. Más bien ellas, las hermosas jóvenes proletas; la Solange, la Sonia, la Paola, la Patty, la Miriam, o la Jacque, siempre quisieron ser maniquíes, sentirse admiradas por otros ojos diferentes a la patota de la

esquina. Y la meta siempre fue salir del barrio, triunfar, ser otras, estudiar cosmética, maquillaje y modelaje. Desfilar en esas academias rascas que ofrecen Hollywood en tres meses, por cómodas cuotas mensuales. Pero al terminar el rápido curso, después de aprender a pintarse, a caminar como cigüeña y a fabricarse ese alero de chasquilla. Después del pobre desfile de modas que se organiza para la graduación. Luego de sacarse fotos con los papás mostrando el diploma, lo único que queda de ese ilusionado glamour, es el diploma y la foto colgada en un marquito. Lo único que recuerda ese sueño de princesa, es la foto a color, donde la Jacque se veía tan linda esa noche, sonriendo ingenuamente para la posteridad.

Pero luego, al pasar los meses, al llegar el agotamiento de entregar fotos y fotos y currículos en las agencias publicitarias, al ser humilladas en citas y reuniones con gerentes de marketing que tenían otras intenciones, las bellas Cinderellas guardan el diploma con las cartas de recomendaciones y certificados de liceo. Y sólo queda la foto de graduación en el marquito, mirándolas cuando salen por la puerta con el diario buscapegas bajo el brazo. Porque de pensar su inevitable futuro allí en la pobla; casadas, gordas, llenas de guaguas, maltratadas por el marido, chasconas y grasientas en el oficio doméstico del matrimonio obrero, se deciden por el aviso del periódico que ofrece trabajo a señoritas de buena presencia en el Café para Varones. Y allí, detrás del mesón, a medio vestir con el taparrabo que usan de uniforme, pintándose las uñas y retocándose continuamente el maquillaje; siguen soñándose modelos top cuando caminan tras la barra para servir el cafecito. Siguen modelando para el ojo masculino que las desnuda a distancia. Mientras se arreglan los visos dorados de la tintura barata que les corona el pelo, las chicas del café siguen posando, como sirenas cautivas, en el acuario erótico del comercio peatonal.

El Bim Bam Bum

(o "cascadas de marabú en la calle Huérfanos")

Y por entonces el Paseo Huérfanos era una calle más del centro de Santiago, una arteria comercial llena de cines donde la gente se amontonaba en la estrecha vereda del Teatro Opera, para conseguir a gritos una entrada a la función nocturna del Bim Bam Bum; la compañía teatral de revistas eróticas que hacía desfilar bosques de piernas, enfundadas en medias Labán por las bambalinas roñosas del escenario. Y eran varios los teatros que presentaban un Brodway hilachudo para la ilusión de glamour que trasnochaba la velada bohemia finalizando los sesenta. Existía el Humoresque en Avenida Matta y el Picaresque en Recoleta, copias más picantonas y menos refinadas donde evacuaba la calentura el choclón obrero, la platea hombruna y delirante con la vibración de la celulitis en el vedeteo pilucho de las tablas: Allí los puntos corridos y las cicatrices de apéndice, maquilladas con Brix-Cake, completaban el deterioro del edificio, eran parte del guión-humor donde la carne, el sexo fallado y su fatalidad eran la risotada del comentario, el reír de sí, colectivizando el pellejerío bufonesco que ironizaba el subde-sarrollo en su erizado güeviar.

Eran varios los teatros de revistas, pero ninguno como el Bim Bam Bum y su esplendor lamé dorado y cortinajes de felpa que se abrían al estruendo de la orquesta. Por ahí había más presupuesto, más money para diluviar la noche de estrellas importadas, vedettes del Teatro Maipo de Buenos Aires que iluminaban la cartelera con el ampolleteo de sus nombres, mes a mes, la novedad expectante escribía en la marquesina las letras de:

Nélida Lobato, luciendo su espectacular tocado de marabú que había usado en el Lido de París. Susana Giménez, y su gran porte de bomba argentina que dejaba a los transeúntes tartamudos cuando ella salía del teatro. Moria Casán, y el temblor caliente de su tetada generosa, ahí, casi al alcance de la mano de los jubilados transpirando frío con el zangoloteo voluptuoso del tapapecho porteño, de la carne porteña, por cierto más despampanante que la geografía local. «Pero son tan pesadas y grandotas», se quejaban los bailarines colihüillos que debían levantarlas en el aire. «Hay que ser Hércules para subirse al hombro a esa Susana Giménez que pesa como una vaca», comentaban en el camarín, pintándose como puertas las locas flacuchentas acompañantes coreográficas de las diosas.

Pero no siempre la primera vedette era importada, por acá se emplumaba el traste la linda Pitica Ubilla, la primera vedette nacional que arrancaba gritos, vivas y aplausos con su hermoso cuerpo de Venus latina. Ella nunca fue tan exuberante como sus compañeras bonaerenses, pero se pavoneaba de igual a igual desplegando la seducción familiar, herencia materna de todas las Ubilla que subieron a las tablas. El famoso Clan Ubilla de tías, sobrinas y nietas, afroditas locales del vedetismo que se trasmitieron por el cordón umbilical el equilibrio mambero de los tacos. Desde chicas, jugando con plumeros, aprendieron a descender con estilo la escalera iluminada del Bim Bam Bum, donde todas alguna vez llegaron, pero fue Pitica quien se consagró reina en las noches rumberas del Opera. El nombre se lo puso en homenaje a Lucho Gatica, a quien le decían Pitico y se molestó por el abuso de confianza. Aun así, esta diva se ganó los aplausos del público que repletaba la sala. De todas las comunas, de todos los barrios, la gente venía a reírse con los sketch de Manolo González, Iris del Valle (La Pelá), Carlos Helo, Mino Valdés, y tantos personajes que pasaron por el teatro de calle Huérfanos. Como la larga lista de cantantes y actrices universitarias que cumplieron el sueño azul de empilucharse y lucir el canastillo de plumas en la cabeza. Así llegó Fresia Soto, la morocha cantante nuevaolera de acrílicos ojos calipso, y cantó su «Corazón de melón» arrebolada de boas rosas. Después le tocó el turno a Peggy Cordero, la actriz heroína del Cine Amor, la belleza de ojos dormidos verde mar, que encandiló a todo el país con su escultura curvilínea en las portadas de los diarios. Luego vinieron las bailarinas de ballet, Rosita Salaverry y Magaly Rivano, quienes fueron duramente criticadas por frivolizar la danza clásica en el cabaret de las chicas ligeras de ropa. Pero entre más se escandalizaba el medio cultural de entonces porque las niñas universitarias del teatro y la danza mostraban el cuero en bikinis de lentejuelas, más numeroso era el público que llenaba la penumbra estelar en las noches del Opera.

También en la escandalera de esos años que hervían de cambios sociales, juveniles y sexuales, se anunció a todo bombo la visita de Coccinelli al Bim Bam Bum, el primer homosexual francés que se cambió el sexo en París. Y el tumulto a la entrada del Opera era un empujar de santiaguinos curiosos que deseaban ver este milagro de la cirugía. Y todos quedaron mudos cuando Coccinelli bajó del auto en un relámpago de flashes. Era más bella de lo imaginado, con su pelo aluminio, sus grandes ojos verdes, y el par de mamas como rosados melones que desembolsó en el escenario para el estupor del público. «Todo es falso, puro relleno», murmuraban los bailarines colisas sapeando envidiosos tras las cortinas.

Llegados los setenta, el golpe militar seguido del toque de queda, desanimó las noches putifarras en la catedral del vedetismo. Las funciones de las diez se adelantaron a las siete, y era raro asistir al espectáculo tan temprano. Además la censura política del régimen afectó el doble filo del humor, y poco a poco fue desapareciendo la costumbre popular del teatro revisteril. El Bim Bam Bum fue el último en cerrar su cortinaje de

brillos, cuando una empresa inmobiliaria compró la propiedad que ocupaba el teatro Opera en la calle Huérfanos para convertirla en galería comercial. Sólo dejaron para el recuerdo, la pretenciosa fachada de columnas y el arco de ingreso, como una cáscara hueca que adorna nostálgica el plástico vidriero del Santiago actual. Sólo eso quedó de aquella fiesta, y por cierto alguna vieja vedette que, en su casa, acaricia las plumas lloronas de ese extinguido resplandor.

Geraldine Chaplin

(o "¿sabes linda si Zhivago atiende sida?")

Acaso, porque la historia escrita fue reemplazada por el cine, y para muchos la revolución rusa se hizo imagen retocada, tergiversada y glamorosa en la película Doctor Zhivago, el personaje de la novela de Pasternak que interpretó el guapo Ornar Sharif, el actor egipcio que le puso erótica al medicucho de Moscú. El doctorcito Zhivago, relativamente comprometido, tibiamente bolche y martirizadamente burgués, enfrentado a dos mundos, entre dos amores opuestos; la calentona Lara, su amante, que protagonizó Julie Christie, y la fiel esposa Tonya, que hizo Geraldine Chaplin, la hija del bufo. Tal vez, el personaje más frágil de aquel tormentoso triángulo en la Rusia de Lenin.

De los tres, sólo conocí a Geraldine cuando vino acompañando a su marido chileno a presentar un libro en la Editorial Lom, el año 94. Digo que la conocí, porque en ese mar de fotógrafos y señoras que deseaban tocar un pedacito de Hollywood, la Geraldine se veía tranquila, sonriente, ocupada en complacer amablemente todas las solicitudes de las mujeres que le tomaban sus huesudas manos. Tal vez fue este detalle, lo que me hizo preguntarle: Geraldine. ¿Sabes si el Doctor Zhivago atiende sida? Entonces ella hizo un paréntesis en los autógrafos, y me clavó sus ojos inteligentes y vivos en las sombrías cuencas. Se quedó un momento pensando y, con sonrisa de doble filo, me contestó: tendrías que preguntarle a él. Así, la Chaplin, por un instante, revivió a la hermosa Tonya del film, arrebolada de plumas blancas en la noche glacial de Moscú. Quiero decir, simuladamente ruborizada, porque me confesó que nunca pasó frío en la filmación de Zhivago. Todo era mentira, puro montaje, como la nieve sintética que caía en ese pueblo español donde rodaron la película con cuarenta grados a la sombra.

Algo de Tonya, Geraldine lleva para siempre. Y quizás, esa levedad de aristócrata compungida por la revuelta histórica, fue el chispa zo que encadenó a Patricio Castilla, cineasta chileno, al regazo de la Chaplin. Ocurrió durante la filmación de La viuda de Montiel, que hacía Miguel Littin en España. Entonces la estrella estaba casada con Carlos Saura, el director español que le ponía los cuernos al igual que Zhivago. Tal vez por eso, después de horas de trabajo, cuando el equipo de filmación y los actores se fueron a comer a una picada cercana, y entre el arroz a la Valenciana y el vino tinto que salpicaba las mesas, corrían los pedidos de calamares y castañuelas al pil pil, y más vino y más exquisiteces que subieron la cuenta a una suma imposible de pagar con el dinero que todos llevaban encima. Ahí un chileno patudo propuso rematar algo de la Geraldine, entre los numerosos turistas que miraban a la estrella. ¿Pero qué?, dijo ella, si no ando con nada de valor. Todo lo suyo es de oro mijita, de la cabeza a los zapatos, le contestó el chileno. Y así, entre los aplausos, la Geraldine se sacó los zapatos y se remataron a un gringo que se fue embriagado con el olor a pata de la diva. Hasta ahí todo estaba bien, se pagó la cuenta

y se pidió más vino para brindar por la generosidad de la actriz, que medio cufifa, entonaba las canciones del Chile herido que cantaban los compatriotas. Al momento de irse, se presentó el problema de trasladar a la Geraldine al hotel sin que se estropearan sus delicados pies. Y ahí saltó el Pato Castilla, ofreciéndole cargarla en sus brazos como una paloma ebria que se dejó llevar a sus aposentos. Nunca más volvieron a separarse, además porque tenían causas comunes, proyectos de mundo que utópicamente hilvanaban izquierdas pujando un extraviado y lacre amanecer. Tal vez, lo único que ella compartió con su padre, el Gran Charles Chaplin, con quien siempre tuvo una difícil relación.

En fin, de la película Doctor Zhivago me quedó la tristeza de Tonya, su mal querido amor por Yuri, la oscura melancolía de sus ojos que nos dejó Geraldine al terminar la presentación del libro en la editorial Lom ese invierno del 94, cuando se fue, con su abrigo negro, nevado de pelusas, como extraído de la ropa americana, confundida entre las mujeres sencillas que se la llevaron, entumida de frío, como una pluma de nieve bajo la tupida lluvia de Santiago.

Del Carmen Bella Flor

(o "el radiante fulgor de la santidad")

Año a año, el rito carreteado de las procesiones congrega la misma turba de fieles que, desde temprano, espera el paso glamoroso de la Virgen del Carmen. La Patrona de Chile, la bella aparición que corona el largo desfile de colegios, bandas de scout, seminaristas de ojos lacios por el celibato, bomberos en traje de gala, monjas sufrientes y toda la alegoría religiosa que cruza el centro de Santiago en el ondear de los pañuelos.

Al compás de pitos y redobles de tambores, aleluyas y marimbas de orfeón; la arqueología aristócrata desfila cargando rosarios, estandartes, pendones dorados y heráldicas de alcurnia. Señores grises del Opus Dei y damas enjutas, torcidas por el servicio social y la caridad conservadora. Las mismas señoras de verde, amarillo y rosado; todas teñidas de rubio ceniza, todas de collar de perlas cultivadas, todas respingonas oliendo a polvos Angel Face. Casi todas con su empleada mapuche caminando dos pasos más atrás, arrastrándola a la fuerza para evangelizarle las mechas tiesas. A ver si la india cabizbaja, se conmueve con el radiante fulgor de la santidad. A ver si la convence la virgen en persona. La reina del ejército, que le salvó la vida al general Pinochet en el atentado extremista. La inmaculada que se apareció a los soldados patriotas en plena batalla, por allá en la Independencia. Tan divina de café y amarillo cuando no había tele a color. La madre del Carmelo, la más elegante, la más regia y española de ojos celestes que mira sobre el hombro a toda esa patota de vírgenes ordinarias; vírgenes de población, vírgenes de gruta, vírgenes de animita, cholas de ollín y desteñidas por la intemperie. Vírgenes huasas de Andacollo, Pelequén, Las Rosas, Las Vizcachas, Peña Blanca. Vírgenes que salen como callampas a pedir del populacho. Fíjate tú. Lo único que falta es una virgen de la marihuana para los volados. No te digo. Tanta virgen de medio pelo, aparecida de última hora. Como esa Tirana del norte, sin apellido, con pregando a tanto roto, a tanto punga, que con la excusa de la manda, se lo pasan tres días borrachos, comiendo a destajo, drogados y felices bailando esas danzas paganas a toda pampa, los herejes.

Así, para Chile, la madre de Cristo tiene variadas representaciones de todas las categorías; siendo la Señora del Carmen la patrona oficial que cuenta con un séquito de

camareras. Algo así como un fans-club de señoras pitucas encargadas del ajuar sagrado. Ser camarera de la virgen casi asegura un bungalow celestial, sólo por mantener los terciopelos limpios, desempolvar los rizos de la peluca, ponerle naftalina a los pañales del niño, y una vez al año, desfilar con el escapulario en el pecho, que las distinguen como siervas de la imagen que se tambalea en los andamios floridos.

Escoltada por cadetes de la Escuela Militar, la imagen religiosa recorre la ciudad bajo una nevada de pétalos. Antes que ella, ya han pasado otros altares móviles, como el Angel de Chile que arranca aplausos ataviado con el pabellón nacional, la coraza guerrera y su minifalda recatada. Reflejado en los cristales del Citibank, el arcángel se convierte en el Titán Neoliberal que salvó la economía de la herejía marxista. Se parece a Ultramán, repiten los niños encandilados por sus ojos de vidrio, que miran turnios alguna mosca en el altísimo. Más atrás, meneándose tiesa, la Sagrada Familia reparte la postal doméstica, el tríptico conservador que panfletea la derecha en democracia. A su paso de yeso colorido, la familia chilena se reconcilia con la prédica de los altoparlantes, los Ave Marías y todo el jolgorio de la fe, que rumbea con los acólitos al vaivén fragante de los incensarios. Las estatuas milagrosas opacan a los maniquíes de las vitrinas, la piedad contrasta con la policía conteniendo a la multitud, y los saludos de los cardenales miden popularidad en los aplausos del rating callejero. También el alcalde, en tenida sport, reparte cruces a los comerciantes ambulantes que mandó desalojar de ciudad gótica; sólo faltan Gatúbela y El Guasón.

Al final, grita la gente, viene la Virgen del Carmen envuelta en un fogonazo de flores amarillas. Tan linda ella, como un cisne blanco. Tan super star, como una miss extranjera que visita Chile, que no pisa el suelo porque sólo viene de paso.

"Sufro al pensar"

En lo preciso de esta ausencia
en lo que raya esa palabra
En su divina presencia
Comandante, en su raya
Hay cadáveres
(Alambres Néstor Perlongher)

Claudia Victoria Poblete Hlaczik

(o "un pequeño botín de guerra")

Al caer en mis manos el libro Mujeres Chilenas Detenidas Desaparecidas, publicado en Santiago el 8 de marzo de 1986, el Día Internacional de la Mujer; después de recorrer con impotencia las caras nubladas de 56 obreras, profesoras, estudiantes, modistas, dueñas de casa, sociólogas, secretarias o empleadas domésticas que abanican con sus rostros el triste hojeo de estas páginas; me detengo sin querer en el último caso que documenta esta bitácora. El retrato párvulo de Claudia Victoria, la niña más joven que cierra aquella ronda de la muerte.

Al mirar su foto y leer su edad de ocho meses al momento de la detención, pienso que es tan pequeña para llamarla Detenida Desaparecida. Creo que a esa edad nadie tiene un rostro fijo, nadie posee un rostro recordable, porque en esos primeros meses, la vida no ha cicatrizado los rasgos personales que definen la máscara civil. A esa edad, todas las guaguas se parecen, todas hacen pucheros y se ríen sin vergüenza frente a una cámara fotográfica. Ninguna sabe entonces que su carita de manzana, mostrando las encías despobladas, es la última visión que se tendrá de ellas, el único documento en blanco y negro donde aparece y desaparece la nena, tan diminuta, tan graciosa y chiquitita, como para cargar en su frágil cuerpo la banda fúnebre que encinta el álbum familiar de América Latina.

Desde dónde acaso se puede invocar una vida tan corta, la más desaparecida en su diminuto capullo rasgado a tirones la noche del 28 de Noviembre de 1978, en Buenos Aires. La ciudad donde vivía con su mamá argentina y su padre chileno, la pareja que intentaba anidarle un futuro feliz en esa capital callada por la dictadura porteña. Desde qué sueño infantil recuperarla, sobresaltada, bruscamente despierta por los bototos pateando la puerta. Los enormes zapatos que entraron en su mundo pitufo, pisando los juguetes que le tenían sus papis en aquella pascua. Los zapatos de tanque milico, los pesados zapatones de gigante malo quebrándole su cascabel, marchando sin piedad sobre el estruendo de mamaderas, platos rotos, osos, muñecas y libros de cuentos deshojados, revoloteando en el vendaval estremecido por el brutal allanamiento. Esa noche que vio por última vez su espacio cálido, desde donde la arrancaron sin permiso, en el infarto nocturno de oír los ecos de su madre apagándose por el túnel de algodón donde la desaparecieron.

Al detenerme en la foto de Claudia Victoria, la pienso doblemente desaparecida en la multitud de guaguas que tienen la misma mueca juguetona para el diaporama del recuerdo. Y tal vez, si está viva, quizás adoptada por alguna familia militar que no podía tener hijos, se hace más oscura su desaparición, ahora como hija de veinte años criada en el bando contrario que le giró bruscamente su vida. Se hace imposible recuperarla para decirle la verdad, contarle un viejo cuento que se inició en Santiago de Chile, en el barrio de La Cisterna, cuando José Poblete, lisiado de las dos piernas, emigró a la Argentina para rehabilitarse. Y allí conoció a Gertrudis Hlaczik con quien formó un hogar y tuvieron una niña que crecía cada día más linda, mientras él estudiaba sociología y se movía entre los pasajeros de los trenes en su silla de ruedas vendiendo cosas. Ambos participaban en un grupo de cristianos por la liberación. Ambos fueron detenidos con la beba y hasta el día de hoy no se conoce su paradero. Después las abuelas de la niña, dejaron los zapatos en la

calle, buscando, preguntando por ellos en Campo de Marte, el Olimpo y Puente Doce. Y siempre les dijeron lo mismo: no se sabe. No aparecen. A joder a otro lado viejas. Por ahí algo supieron de los chicos a través de unos detenidos que los vieron en el Olimpo, aún con vida. Pero de la nena nadie tenía información, se había esfumado en el aire empañado de aquella noche de terror. Ni siquiera el cardenal Gracelli, el sucio monseñor alcahuete de las botas argentinas, supo dar razón en el desaparecimiento de Claudia Victoria, y despidió a las abuelas con una hipócrita bendición en su elegante despacho de la Nunciatura. Por eso la abuela chilena de la niña, se integró a las Abuelas de Plaza de Mayo; solamente ella, porque la abuela argentina sucumbió en la inútil espera. Se suicidó en Buenos Aires, justo a los tres años de ocurrido el hecho.

Y de Claudia Victoria, la diminuta criatura impresa en la foto, nunca más se supo, y su amplia sonrisa dibujada en el papel, es la misma cicatriz que une a los dos países. La misma costra cordillera que hermana en la ausencia y el dolor.

"Los cinco minutos te hacen florecer"

La mañana del doce de septiembre alumbraba degolladamente parda, en ese Santiago despertando de un mal sueño, una pesadilla sonámbula por el ladrido de la balacera de la noche anterior. Por la Panamericana los camiones blindados pasaban hacia el centro disparando, disolviendo los grupos de vecinos que comentaban en las esquinas la novedad del golpe. El aire primaveral espesaba en coágulos de zinc sobre el techo de los bloques, sobre los niños jugando a los bandidos, disparándole con sus manitos a los helicópteros que remecían el cielo alborotado de palomas. En las escaleras y pasillos, el revuelo de viejas, que entonces no eran tan viejas, más bien mujeres jóvenes, de media edad, tendiendo ropas en las barandas, frescas aún en las cretonas floreadas de sus faldas crespas. Mujeres pobladoras, dueñas de casa que no entendían aún lo que estaba pasando, pero se veían tensas en sus ademanes copuchentos de apuntar con la boca y clavar los ojos en la aglomeración de vecinos que se veía a la distancia, que no era tanta distancia, apenas media cuadra de población que lindaba en el baldío de la Panamericana Sur y Departamental. Allí, justo donde hoy se levanta una bomba de bencina y una joven Villa para empleados públicos, entonces hediondeaba a perro podrido la mañana del basural llamado El Hoyo, una cantera profunda donde sacaban ripio y arena, el botadero en que los camiones municipales descargaban la podredumbre de la ciudad. En esa pequeña cordillera de mugres, los niños de los bloques jugábamos al ski en los cerros de basura, nos deslizábamos en una palangana por las laderas peligrosas de fonolas humeantes. Allí en los acantilados de escoria urbana, buscábamos pequeños tesoros, peinetas de esmeraldas sin dientes, papeles dorados de Ambrosoli, el pedazo de Revista Ritmo bajo un espinazo de quiltro, una botella de magnesia azul churreteada de caca viva, un pedazo de disco 45, semienterrado, espejeando la muda música del basural que hervía de moscas, gusanos y guarenes esa mañana de septiembre en 1973.

Desde el tercer piso de los bloques, se podían ver los tres cadáveres en el rastrojo de los desperdicios, se veían todavía encarrujados por el último estertor, aún tibios en la carne azulosa, perlada de garúa con la gasa húmeda del amanecer. Eran tres hombres salpicados de yodo, lo que vi esa mañana desde mi infancia, asomado entre las piernas de la gente, mis vecinos comentando que tal vez eran delincuentes ajusticiados por el Estado de Sitio, como

informaba la televisión. Decían esto apuntando a uno de los hombres un poco mayor que usaba bisoñé, y en el golpetazo de la balacera se le había corrido, y mostraba su cráneo abierto, como un manojo de rubíes coagulados por el sol.

Para mí, algo de esa sospecha no correspondía, no encajaba el adjetivo delictual en esos cuerpos de 45 a 60 años, de caballeros sencillos en su ropa triste, ultrajada por las bayonetas. Tal vez, abuelos, tíos, padres, mecánicos, electricistas, panaderos, jardineros, obreros sindicales, detenidos en la fábrica, y rematados allí en el basural frente a mi casa, lejos de sus familiares esperándolos con el credo en la boca, toda esa eterna noche en vigilia de siglos, para no verlos nunca más.

Han pasado veinticinco años desde aquella mañana, y aún el mismo escalofrío estremece la evocación de esas bocas torcidas, llenas de moscas, de esos pies sin zapatos, con los calcetines zurcidos, rotos, por donde asomaban sus dedos fríos, hinchados, tumefactos. La imagen vuelve a repetirse a través del tiempo, me acompaña desde entonces como «perro que no me deja ni se calla». A la larga se me ha hecho familiar recordar el tacto visual de la felpa helada de su mortaja basurera. Casi podría decir que desde aquel fétido eriazo de mi niñez, sus manos crispadas me saludan con el puño en alto, bajo la luna de negro nácar donde porfiadamente brota su amargo florecer.

Carmen Gloria Quintana

(o "una página quemada en la feria del libro")

Como quien pasea la tarde por la Feria del Libro, me la encuentro hojeando poesía y mirando portadas, confrontando su cara tatuada a fuego, con las "boquitas de caramelo y los cutis de seda" de las niñas top que chispean las tapas de best sellers y revistas. Carmen Gloria Quintana, la cara en llamas de la dictadura, parece hoy una magnolia estropeada en los ojos que la reconocen bajo el mapa de injertos. Los ojos impertinentes que se dan vuelta a mirar su figura de joven mamá, paseando a su niño entre la gente.

Pero son muy pocos los que recuerdan el rostro impreso en las fotos de los diarios. Son contados los que descubren su cara, como si encontraran un pétalo chamuscado entre las hojas de un libro. Son escasos los que pueden leer en esa faz agredida una página de la novela de Chile. Porque la historia de Carmen Gloria nada tiene que ver con la literatura light que llena los escaparates. Y si alguien escribiera su historia, difícilmente podría escapar al testimonio sentimental que remarca sus rasgos en el boceto incinerado de la escritura. Quizás, decir algo de ella pasa inevitablemente por narrar su historia, que pudo ser común a la de muchas jóvenes que vivieron los densos humos de las protestas en las poblaciones, por allá en los ochenta. De no ser por esa noche, cuando Chile era un eco total de caceroleos y gritos. Y había que cortar esa calle con una barricada. Y estaban Rodrigo Rojas de Negri y ella con el bidón de bencina, en esa esquina del terror cuando llegó la patrulla. Cuando los tiraron al suelo violentamente, riéndose, mojándolos con el inflamable, amenazando con prenderles fuego. Y al rociarlos todavía no creían. Y al prender el fósforo aún dudaban que la crueldad fascista los convertiría en mecheros bonzo para el escarmiento opositor. Y luego el chispazo. Y ahí mismo la ropa ardiendo, la piel ardiendo, desollada como brasa. Y todo el horror del mundo crepitando en sus cuerpos jóvenes, en sus hermosos cuerpos carbonizados, iluminados como antor chas en el apagón de la noche de protesta. Sus cuerpos, marionetas en llamas brincando al compás de las carcajadas. Sus

cuerpos al rojo vivo, metaforizados al límite como estrellas de una izquierda flagrante. Y más allá del dolor, más allá del infierno, la inconciencia. Más allá de esa danza macabra un vacío de tumba, una zanja donde fueron abandonados creyéndolos muertos. Porque solamente muertos podían argumentar su accidente, un derrame de bencina que prendió sus ropas. Y vino el amanecer, sólo para Carmen Gloria, porque Rodrigo, el bello Rodrigo, quizás más débil, tal vez más niño, no pudo saltar la hoguera y siguió ardiendo más abajo de la tierra.

Después vinieron sus funerales envuelto en la mortaja cardenal de las banderas, y luego el juicio y los culpables. Y más pronto el perdón judicial y el olvido que dejó libres esas risas pirómanas, quizás confundidas hoy con el bullicio de la Feria del Libro. Por eso Carmen Gloria va entre la gente sin dejar entrar la piedad al sentirse observada. Algo en ella le abre paso cabeza en alto, erguida, como si fuera una bofetada al presente. Así mismo, cara a cara de Juan Pablo II, mantuvo ese gesto diciéndole al Papa esto me hicieron los militares. Pero el pontífice se hizo el gringo y pasó de largo frente al sudario chileno, tirando puñados de bendiciones a diestra y siniestra.

Ahora Carmen Gloria estudia sicología, se casó y tuvo un hijo. Al parecer su vida siguió un cauce similar al de muchas jóvenes de ese tiempo. A no ser por su maquillaje perpetuo que lo lleva con cierto orgullo. Como si quien ostenta el rostro así fuera una factura del costo 'democrático. Y esa página de historia no tiene precio para el mercado librero, que vende un rostro de loza, sin pasado, para el consumo neoliberal.

Así, mucho después que Carmen Gloria ha sido tragada por la multitud, sigo viendo su cara como quien ve una estrella que se ha extinguido, y sólo el recuerdo la hace titilar en mi corazón homosexual que se me escapa del pecho, y lo dejo ir, como una luciérnaga enamorada tras el brillo de sus pasos.

Karin Eitel

(o "la cosmética de la tortura, por Canal 7 y para todo espectador")

El rostro de una mujer en una fotografía tiene a veces una atmósfera vaporosa que poetiza el hallazgo de su presencia retenida e inmóvil en el papel. En cambio, el rostro de una mujer filmado por la televisión supone un movimiento neurótico, una temblorosa imagen inquieta por el pestañeo epiléptico que retoca continuamente la cosmética de su aparición en pantalla. Y tal vez, esa sensación de estar frente a un rostro electrificado, pudiera ser el argumento para recordar a Karin Eitel, para ver de nuevo, con el mismo escalofrío, su cara tiritando en la pantalla de Canal 7, en el noticiario familiar para todo espectador. Su rostro joven, erizado en el vidrio luminoso del video. Su rostro elegido como escarmiento, absolutamente dopado por las drogas que le inyectó la C.N.I. para que leyera públicamente la carta de su arrepentimiento. Un mentiroso papel, escrito por ellos, donde Karin renegaba de su pasado en el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Confusamente ebria por los barbitúricos, ella iba desmintiendo las flagelaciones y atropellos en las cárceles secretas de la dictadura. Esos cuarteles del horror en las calles Londres o Borgoño. Esas casas de techos altos donde el eco de los gritos reemplazaba la visión tapiada por la venda. Casas antiguas en barrios tradicionales, repartidas por un Santiago destemplado por el ladrido-metraca de la noche susto, la noche golpe, la noche crimen, la noche metálica de arar el miedo en esas calles espinudas de los ochenta.

La aparición de la Karin en Canal Nacional, aquella tarde, tenía la intención de negar las denuncias sobre la violación a los derechos humanos en el Chile dictatorial, por eso se montó la escena patética de su confesión televisada. Por eso Karin iba leyendo, y en su voz narcotizada, contaba una película falsa que todo el país conocía de memoria. En su tono tranquilo, impuesto por los matones que estaban detrás de las cámaras, se traslucía la golpiza, el puño ciego, el lanzazo en la ingle, la caída y el rasmillón de la cara tapado con polvos Angel Face. En esa voz ajena al personaje televisado, subía un coro de nuncas y jamases picaneados por las agujas de la corriente, el aguijón eléctrico crispándole los ojos, dejándoselos tan abiertos como una muñeca tiesa hilvanada de jeringas. Como una muñeca sin voluntad, obligada a permanecer con los ojos fijos, maquillados de puta. (Como con rabia le tiraron el azul y negro en los párpados). Sus ojos recién abiertos al afuera, después de tantos días presa en la sombra, después de esa larga noche con los ojos descerrajados, abiertos para adivinar el golpe a mansalva. Los ojos tremendamente desorbitados a esa nada, a esa franela, a ese trapo de la venda como cortinaje de luto también abierto a la selva negra de la vejación. Y después de tanta oscuridad y búsqueda y denuncia, los ojos de la Karin sin expresión, abiertos de par en par para la televisión chilena, para la familia chilena tomando el té a esa hora del noticiario. Quizás, son pocos los que tienen en la memoria esta imagen de la crueldad de alto rating en el pasado reciente. Somos escasos los que desde ese día aprendimos a ver la televisión chilena con los ojos cerrados, como si escucháramos incansables la declaración de Karin arrepintiéndose a latigazos de su roja militancia, de su copihua y estropeada militancia que temblaba coagulada en el rouge de su boca, en el garabato de payaso que le pusieron por boca, en la costra de corazón dibujada en sus labios por el maquillaje del miedo. Su boca torcida por el nunca, pero ese nunca, anestesiado, agotado por las veces que debió repetirlo antes de filmar, ese nunca obligado por el culatazo bajo la manga y fuera de cámara, ese nunca desfalleciente por el vahído sin fondo de los voltios, ese nunca apoyado por el vaso de agua que le dieron para que permaneciera en pie, ese nunca mordido hasta salar la lengua con el gusto opaco de la sangre, ese nunca repartido al país en la imagen compuesta, pintarrajeada y vestida de niña buena para negar la rabia, para falsear de cosmética las ojeras violáceas y los hematomas ganados en el callejón oscuro de la inolvidable C.N.I.

Tal vez, recordar a Karin en el calendario televisado de los ochenta, permita visualizar ahora su vida rasmillada por estos sucesos, saber que fue la única estudiante de la Universidad Católica que no pudo reintegrarse a su carrera de traductora. Como si el castigo se repitiera eterno, en una película sin fin para las víctimas del escarnio tricolor. Es posible que las pocas noticias que tengo de Karin, más el video de Lotty Rosenfeld, la única artista que tomó el caso para denunciarlo en su trabajo, no me permitan la serena objetividad para narrar este suceso, es más, el reconciliado sopor de estos días, altera mi pluma y sigo viendo a Karin temblando en el agua de la pantalla, sumergida cada vez más abajo de la historia, cada vez más nublada por el olvido, moviendo lentamente su boca en el nunca arrepentido calvario de su guerrillera flor.

Corpus Christi

(o "la noche de los alacranes")

Tal vez, como espectáculo noticioso en la pasada dictadura, el suceso Corpus Christi, también llamado Operación Albania por la C.N.I, fue uno de los más repugnantes hechos que conmocionaron al país con su doble standard noticioso. Por una parte el periodismo cómplice de El Mercurio y Canal Trece, donde aparecía el reportero estrella junto a los cadáveres aún tibios, dando a entender que ese era el saldo de enfrentamientos entre la subversión armada y los aparatos de seguridad que protegían al país del extremismo. Por otro lado, el relato clandestino, en el chorreo achocolatado de la masacre, la parapléjica contorsión de los doce cuerpos, sorprendidos a mansalva, quemados de improviso por el crepitar de las ráfagas ardiendo la piel, en la toma por asalto del batallón que entró en las casas como una llamarada tumbando la puerta, quebrando las ventanas, en tropel de perros rabiosos, en jauría de hienas babeantes, en manada de coyotes ciegos por la orden de matar, descuartizar a balazos cualquier sombra, cualquier figura de hombre, niño o mujer herida, buscando a tientas la puerta trasera. Allí, cegada por el alfilerazo de pólvora en la sien, la niña aprendiz de guerrillera, parecía danzar clavada una y otra vez por el ardor caliente de la metraca. Más allá, el joven idealista, no alcanzó a beber de la taza en su mano, y cayó sobre la mesa hemorragiado de sangre y café que almidonaron su camisa blanca. Aún más blanca, en el ramalazo de crisantemos lacres que brotaron de su pecho.

Hiel y sangre condimentaron la sopa amarga de aquella noche. El gusto opaco del horror avinagró la cena en las casas de los doce acribillados. La madre de la colegiala llorando no creyó, el hermano del poblador dijo que había salido temprano sin decir nada, el padre del universitario no quiso hacer declaraciones, los vecinos comentaban en voz baja la horrible calamidad. Y todos los que entonces nadábamos a contracorriente en la lucha, sentimos nuevamente la rabia y luego la estocada del miedo, un miedo sin fondo, un miedo estomacal de presentir la sombra de los bototos bajo la puerta. Si eran capaces de aquello. Si habían planificado fríamente esa noche de lobos y cuchillos. Si cercaron los lugares, alertando a los vecinos que no se asomaran. Si a algunos los raptaron antes y después los hicieron aparecer fríos y desguañangados. Y a otros los esperaron tan excitados detrás de los postes aguardando. Acaso se repartieron las víctimas al verlas llegar, y a la orden de asalto no dudaron en bañarse sin piedad en esa borrachera espeluznante.

Y luego, después de rematar a los sobrevivientes con un tiro de gracia, se relajaron en ese silencio alfombrado de cadáveres, echándose a reír, palmoteándose las espaldas, felicitándose mutuamente por el éxito de la operación.

Quizás, después de aquello, el centenar de hombres chilenos, miembros de las Fuerzas Armadas y la C.N.I., un poco cansados volvieron a sus hogares, saludaron a su mujer y besaron a sus niños, y se sentaron a comer viendo las noticias. Si pudieron comer relajadamente y fueron capaces de eructar mirando la fila de bultos crispados desfilando en la pantalla. Si esa noche durmieron profundamente y sin pastillas, e incluso fornicaron con su mujer y en el minuto de acabar volvieron a matar eyaculando helado sobre los cuerpos yertos. Si esa noche de alacranes alguno de ellos engendró un hijo que en la actualidad ronda los once años. Si el chico va de la mano de ese ex C.N.I. cerca de la calle Pedro Donoso, Varas Mena o Villa Frei, y no sabe por qué su padre evita pasar por esas esquinas. Si hoy, nuevamente abierto el caso Operación Albania, alguno de ellos fue llamado a declarar, y antes de salir siente temor de mirar los ojos ciervos de ese niño

preguntando. Si tiene temor, si por fin siente miedo. Que sea eso el comienzo del juicio en la inocencia interrogante como castigo interminable.

En memoria de Ignacio Valenzuela P, Patricio Acosta C, *Julio Guerra O., Iván Henríquez G., Patricia Quiroz N., José Valenzuela L, Ricardo Rivera S., Elizabeth Escobar M., Manuel Valencia C, Ester Cabrera H., Ricardo Silva S., Wilson Henríquez G.*
Santiago, 15-16 de Junio 1987

Ronald Wood

("A ese bello lirio despeinado")

Quizás, sería posible rescatar a Ronald Wood entre tanto joven acribillado en aquel tiempo de las protestas. Tal vez, sería posible encontrar su mirada color miel, entre tantas cuencas vacías de estudiantes muertos que alguna vez soñaron con el futuro esplendor de esta impune democracia. Al pensarlo, su recuerdo de niño grande me golpea el pecho, y veo pasar las nubes tratando de recortar su perfil en esos algodones que deshilacha el viento. Al evocarlo, me cuesta imaginar su risa podrida bajo la tierra. Al soñarlo, en el enorme cielo salado de su ausencia, me cuesta creer que ya nunca más volverá a alegrarme la mañana el remolino juguetón de sus gestos.

Porque sería lindo volver a encontrar al Ronald en aquella comuna de Maipú donde yo le hacía clases de artes plásticas en la medialuna yodada de los setenta. Y él no estaba ni ahí con el arte, güeviando toda la hora, derramando la tempera, manchando con rabia la hoja de block, molestando a los más ordenados. Mientras yo trataba de enseñar el arte prehistórico, mostrando diapositivas. Mientras yo le daba con el arte egipcio, mostrando láminas de pirámides y tumbas faraónicas. Y el Ronald, insoportablemente hiperkinético, aburrido con mi cháchara educativa, lateado, estirando las piernas de adolescente crecido de pronto. Porque era el más alto, el pailón molestoso que no cabía en esos pequeños bancos escolares. El payaso del curso, que me hacía la clase un suplicio, rayándose la cara, riéndose de mi discurso sobre la historia del arte. Hasta que llegué al arte romano, al arte militar del imperio. Entonces, por primera vez, lo vi atento, mirando con asco las esculturas de esos generales, los bustos de esos emperadores, y los bloques de ejércitos tiranos. Por primera vez se quedó inmóvil escuchando, y yo aproveché esa instancia de atención para meter el discurso político, riesgoso en esos años cuando era pecado hablar de contingencia en la educación. Y el Ronald tan atento, participando, ayudándome en esa compartida subversión a través de la ingenua asignatura de las artes plásticas. Y luego, al terminar la clase, cuando todo el curso salió en tropel a recreo, al levantar la vista del libro de asistencia, el único que permanecía sentado en la sala era Ronald en silencio. ¿Y usted qué hace aquí? ¿Que no escuchó la campana del recreo? Y él sin decirme nada, me miró con esos enormes ojos castaños, estirándome la mitad de su manzana escolar, como un corazón partido que sellaba nuestra secreta complicidad.

Desde aquel día, ese bello despeinado, no se perdía palabra de mi oratoria antimilitar. Oiga profe, me decía para callado, hay que hacer algo pa que se acabe la dictadura. Algo estamos haciendo Rony, no se acelere. Mientras tanto, usted tiene que estudiar, dar el ejemplo, y no andar quebrando los vidrios de la inspectoría, ni menos hacerle muecas a la directora. ¿Me entiende? Y allí, en medio del patio pajareado de niños,

lo dejaba pensando, rascándose la cabeza rubia que brillaba como una flama limona esas lejanas mañanas de cristal, a fines del setenta.

Poco tiempo me duró esa estrategia de concientizar por medio de la historia del arte. Por ahí algo se supo, alguien escuchó, y sin mediar explicación tuve que abandonar las clases en esa comuna. Nunca más vi a Ronald Wood, jamás supe que pasó con él en los crispados años que vinieron. Nunca me enteré si también lo habían expulsado de ese colegio, al igual que a mí.

Solamente el 20 de Mayo de 1986, me llegó la noticia de su asesinato en medio de una manifestación estudiantil en el Puente Loreto. Ese día, recién me enteré por la prensa que Ronald estudiaba para auditor en el Instituto Profesional de Santiago, que tenía apenas 19 años esa tarde cuando una maldita bala milica había apagado la hoguera fresca de su apasionada juventud. Ahí también supe que había agonizado tres días con su bella cabeza hecha pedazos por el plomo dictatorial.

Aun así, por muchos años creí reconocer su risa en las bandadas de estudiantes que alborotaban el parque, las plazas, el río y la tarde primaveral. Creo que hasta hoy no me convenzo de su fatal desaparición, y lo sigo viendo florecido en el ayer de su espinilluda pubertad. Tal vez nunca logre borrar la sombra de culpa que me nubla el recuerdo de sus grandes ojos pardos, aquellos lejanos días de escuela pública cuando me regaló en su mano generosa, la manzana partida de su rojo corazón.

La Payita

(o «la puerta se cerró detrás de ti»)

Para muchos que se tragaron la versión caricaturizada de la Unidad Popular, la imagen de Miria Contreras sigue siendo el boceto pintoresco de la secretaria cómplice y amante secreta que acompaña la figura de Salvador Allende. Y este frivolo estereotipo que armaron los militares, sigue corriendo en los salones políticos y sociales donde la lengua lagarta de la derecha escupe la historia con su saliva venenosa.

Poco se sabe realmente de esta mujer que optó por el anonimato frente a la chismografía y al desprestigio público. Poco se sabe qué es de ella en la actualidad, y es preferible respetar su silencio, acatar su fobia a las entrevistas, su desconfianza frente al periodismo, mórbido y tendencioso. Quizás uno de los pocos protagonistas de esta gesta, que guardó para sí la confidencia del histórico final. Del triste final, hecho tragedia por la mansalva golpista. Tal vez, ella es la única persona que estuvo más cerca del presidente en el filo de ese momento, en la premura apretada de esos minutos que se cortaron en el estruendo de la última decisión.

Acaso, para Miria, el trauma de esa fecha le arrebató para siempre la risa fresca que embanderaba su rostro en la campaña, junto a Salvador. La Paya, alegre, siempre optimista animando los mítines, gritando consignas, escuchando atenta la voz del futuro presidente con un pétalo de ternura en sus ojazos emocionados, en su mirar de palomas exaltadas por aquella presencia arrebatadora de Salvador, su amigo de tantas luchas junto al pueblo. El Chicho, su vecino en la calle Guardia Vieja donde ambos vivían junto a sus familias todos esos años de candidatura y derrota Todos esos años ayudando, esperando que los pobres acarrearan su propio candidato En esa calle sin salida de la comuna de Providencia de entonces, donde las dos casas eran un revoltijo de secretarías políticas y afiches y lienzos y

agotadoras reuniones hasta la madrugada Hasta que la luz tísica anunciaba el día, enrojeciendo los ojos irritados tras los lentes de Salvador, y entonces Miria lo dejaba beberse el último trago de café para acompañarlo hasta su casa. Y allí, en esa calle, bajo la claridad tuberculosa del alba, aún quedaba una última mirada separando las dos casas. Aún tenían tiempo para reforzar la pasión socialista que anudaba cardenales rojos ante el presagio del amanecer. Pero a Salvador nunca le gustaron las despedidas, por eso le propuso a Miria unir las dos casas con una puerta interior. Así todo será más fácil, las reuniones, las cartas, las noticias de última hora, las visitas de amigos comunes. Así también nos evitamos los adioses en la vereda y los comentarios de los vecinos, decía ella con sus ojos claros mirando en derredor. Eso es lo que menos importa compañera, recuerde que el amor y la revolución van de la mano en el mismo verso. Lo que realmente me preocupa, es que la lucha y las empanadas no se enfríen de una casa a otra, le contestaba Allende con su risa libre que chispeaba encantador los albores del cambio.

Así las dos casas quedaron unidas por aquella puerta interior que vio desfilar personajes, informes, y el futuro patrio de aquella historia humeante en las bandejas de empanadas y vino tinto, que enfiestaban esa izquierda soñadora de la Unidad Popular, pujando cortar el siglo con su asalariado ardor. Y Miria Contreras no pudo permanecer indiferente en la utópica vorágine que regaba de pétalos el sueño de los oprimidos. Y lo apostó todo a esa causa popular que tocó el cielo en el setenta, ese cuatro de septiembre, bendita fecha en que Salvador fue elegido presidente. Y ahí, recién comenzó la batalla, la lucha de perejiles quijotes frente al molino capitalista del imperio. Y aun así, a pesar de la continua agresión del fascismo interno y externo, la Payita como asesora de la presidencia, lo aconsejaba y escuchaba por horas su proyecto, tomando notas y programando reuniones y compromisos del compañero presidente, que de ropa sport, recibía embajadores, ministros, sindicatos o centros de madres en el elegante balón Rojo del palacio. Sin mediar el cansancio, ella iba y venía por La Moneda de entonces, atascada de papeles y prensa que comentaba con Salvador, que discutía con Salvador, diciéndole a veces que no fuera tan confiado, que no creyera en la fidelidad militar, porque tras la visera castrense de los generales, una sombra oscura vendaba su lealtad. Pero él nunca le hizo caso, y le devolvía una sonrisa apaciguadora a su sospechosa preocupación.

Todo terminó el once bajo la tormenta de plomo que reventó en llamas el Palacio de La Moneda. Todo acabó esa mañana de septiembre con un llamado telefónico a primera hora del presidente. Le decía que la Armada se había sublevado en Valparaíso, que probablemente se sumaría el Ejército y la Fuerza Aérea, que había un ultimátum, que no podía hablar más, que a su lado estaban sus hijas, sus amigos y colaboradores más cercanos; pero Miria, a pesar del tono seguro, intuyó por la inflexión de la voz, que Salvador se sentía solo, que por primera vez oía esa voz desesperanzada en el eco sin multitudes de una plaza vacía, que la necesitaba más que a nadie en esos difíciles momentos, *y* debía llamar a su hijo para que la llevara en su auto urgente a La Moneda, acelerando, pasando con luz roja, mostrando credenciales en el apuro climatizado de una extraña Alameda desierta.

El resto ya es relato conocido, narrado en primera persona por la transmisión radial de las últimas palabras del presidente. Y tal vez, en este documento sonoro, multiplicado por la onda corta de Radio Magallanes, los tres años de la Unidad Popular empapan la crónica de la historia con la intensidad dramática de quien escribe su adiós definitivo en el aire cimbreado del atropello constitucional. Quizás es ésta la carta de amor más hermosa que el mandatario pudo improvisar como susurro indeleble que para siempre tiznará nuestra

memoria. Un discurso estremecedor, naufragando en los espolonazos golpistas que remecían esa hora, en ese momento de carreras desesperadas cruzando los pasillos irrespirables de humo y polvo por la bazuca retumbando. Ahí en el instante que la guardia y las mujeres abandonaban el palacio por orden de Allende, Miria, confusa en la neura del desalojo, no obedeció la orden y se entregó a la corazonada impulsiva de un enamorado retroceder. Y en esos escasos momentos, cuando Allende reunía a sus fieles amigos para abandonar el lugar en una columna donde Miria iría primero con una bandera blanca, nuevamente la corazonada le hizo girar la cabeza para decirle algo, mirar sus sienes canosas, tirarle un beso, un hasta siempre, no sé, darle una sonrisa que perfumara el aire hediondo a pólvora de esa inútil primavera. Y allí, parada en el corredor, a través de la puerta entreabierta del Salón Rojo, alcanzó a cruzar su atención con un urgente ojeo de ternura, un pañuelo de mirada en el perfil vaporoso de su cara descompuesta, plegándose tras la puerta que se cerraba como la página final de la «vía chilena al socialismo» y su malogrado querer. Y allí quedó como el huérfano más solo de la nación, abrazando su juguete metrallero mientras escuchaba derrumbarse la fiesta de aquella ilusión.

Lo demás raya en el impreciso alboroto de salvar el pellejo, confundir su rostro entre las parvularias y enfermeras que subían a una ambulancia ante la pronta amenaza del bombardeo. Salir de allí, en el relámpago rojo del vehículo que pasó aullando los controles militares. Luego bajarse por allá, anónima, esconderse, «perder el rostro» en la clandestinidad de los días que vinieron, cuando comenzó la siniestra cacería, las listas que publicaba El Mercurio, donde Miria Contreras, alias La Payita, era uno de los personajes de la Unidad Popular más buscados por los caza-recompensas.

Es probable que si Miria no hubiera escapado a la garra criminal de la dictadura en esos momentos, hubiera sufrido el mismo destino de su hijo, masacrado el once y desaparecido hasta la fecha. También es posible que las historias escandalosas que hizo correr la dictadura con ella en Tomás Moro, se grabaron en la mente de muchos incautos como la película porno de la U.P. que los militares aseguraron mostrar en horario de trasnoche por Canal 7. Pero esto nunca ocurrió, porque aquellas filmaciones y videos sólo existieron en la mente afiebrada de la mentira milica. Desde ese armado desprestigio, la subjetividad colectiva chilena construyó el personaje de «La Payita», asociado a la farra sin límites con que la hipócrita burguesía calumnió a Salvador Allende, nada más que por tener en Tomás Moro unas botellas de whisky, unos pollos y algunos dólares que la prensa oficial de entonces multiplicó al infinito.

Esta crónica, imaginaria en el rescate confidencial de quienes conocieron a la Payita y estuvieron cerca de aquellos sucesos, sólo pretende enlazar intensidades y pulsiones humanas que entretejieron la biografía política Probablemente el ímpetu escritural, desborde romanceado al caudal épico de aquellas presencias en el acontecer traumático del aborto histórico Mas bien estos improbables pespuntes memoriales puedan delinear tímidamente el perfil de Mina Contreras en el exiliado claroscuro de su publica Lejanía Ella, como quien se arropa privadamente en sus recuerdos, se dejó envolver por el mito, quiso que esa gasa fuera evaporando lentamente su protagonismo junto al mandatario. Y la distancia la puso en segundo, tercer o cuarto lugar, esfumándola, borroneando a propósito su nombre, su crédito, su rostro ausente en el álbum moral que empaña con leve bruma la tragedia de la UP Así, en el segundo plano de la historia, telonea tramitado de rojo opaco el nombre de la Payita, como la marca del rouge que, en el pañuelo desvaído, deja la huella del rosa amante en el lacre pálido de una costra carmesí.

El informe Rettig

(o "recado de amor al oído insobornable de la memoria")

Y fueron tantas patadas, tanto amor descerrajado por la violencia de los allanamientos. Tantas veces nos preguntaron por ellos, una y otra vez, como si nos devolvieran la pregunta, como haciéndose los lesos, como haciendo risa, como si no supieran el sitio exacto donde los hicieron desaparecer. Donde juraron por el honor sucio de la patria que nunca revelarían el secreto. Nunca dirían en qué lugar de la pampa, en qué pliegue de la cordillera, en qué oleaje verde extraviaron sus pálidos huesos.

Por eso, a la larga, después de tanto traquetear la pena por los tribunales militares, ministerios de justicia, oficinas y ventanillas de juzgados, donde nos decían: otra vez estas viejas con su cuento de los detenidos desaparecidos, donde nos hacían esperar horas tramitando la misma respuesta, el mismo: señora, olvídese, señora, abúrrase, que no hay ninguna novedad. Deben estar fuera del país, se arrancaron con otros terroristas. Pregunte en investigaciones, en los consulados, en las embajadas, porque aquí es inútil.

Que pase el siguiente.

Por eso, para que la ola turbia de la depresión no nos hiciera desertar, tuvimos que aprender a sobrevivir llevando de la mano a nuestros Juanes, Marías, Anselmos, Cármenes, Luchos y Rosas. Tuvimos que cogerlos de sus manos crispadas y apechugar con su frágil carga, caminando el presente por el salar amargo de su búsqueda. No podíamos dejarlos descalzos, con ese frío, a toda intemperie bajo la lluvia tiritando. No podíamos dejarlos solos, tan muertos en esa tierra de nadie, en ese piedral baldío, destrozados bajo la tierra de esa ninguna parte. No podíamos dejarlos detenidos, amarrados, bajo el planchón de ese cielo metálico. En ese silencio, en esa hora, en ese minuto infinito con las balas quemando. Con sus bellas bocas abiertas en una pregunta sorda, en una pregunta clavada en el verdugo que apunta. No podíamos dejar esos ojos queridos tan huertanos. Quizas aterrados bajo la oscuridad de la venda. Tal vez temblorosos, como niños encandilados que entran por primera vez a un cine, y en la oscuridad tropiezan, y en el minuto final buscan una mano en el vacío para sujetarse. No pudimos dejarlos allí tan muertos, tan borrados, tan quemados como una foto que se evapora al sol Como un retrato que se hace eterno lavado por la lluvia de su despedida.

Tuvimos que rearmar noche a noche sus rostros, sus bromas, sus gestos, sus tics nerviosos, sus enojos, sus risas. Nos obligamos a soñarlos porfiadamente, a recordar una y otra vez su manera de caminar, su especial forma de golpear la puerta o de sentarse cansados cuando llegaban de la calle, el trabajo, la universidad o el liceo. Nos obligamos a soñarlos, como quien dibuja el rostro amado en el aire de un paisaje invisible. Como quien regresa a la niñez y se esfuerza por rearmar continuamente un rompecabezas, un puzzle facial desbaratado en la última pieza por el golpetazo de la balacera.

Y aun así, a pesar del viento frío que entra sin permiso por la puerta de par en par abierta, nos gusta dormirnos acunados por la tibieza terciopela de su recuerdo. Nos gusta saber que cada noche los exhumaremos de ese pantano sin dirección, ni número, ni sur, ni nombre. No podría ser de otra manera, no podríamos vivir sin tocar en cada sueño la seda escarchada de sus cejas. No podríamos nunca mirar de frente si dejamos evaporar el perfume sangrado de su aliento.

Por eso es que aprendimos a sobrevivir bailando la triste cueca de Chile con nuestros muertos. Los llevamos a todas partes como un cálido sol de sombra en el corazón.

Con nosotros viven y van plateando lunares nuestras canas rebeldes. Ellos son invitados de honor en nuestra mesa, y con nosotros ríen y con nosotros cantan y bailan y comen y ven tele. Y también apuntan a los culpables cuando aparecen en la pantalla hablando de amnistía y reconciliación.

Nuestros muertos están cada día más vivos, cada día más jóvenes, cada día más frescos, como si rejuvenecieran siempre en un eco subterráneo que los canta, en una canción de amor que los renace, en un temblor de abrazos y sudor de manos, donde no se seca la humedad Porfiada de su recuerdo.

“Río rebelde”

“Súbanse al baile de los que sobran,
nadie los va a echar jamás, nadie los quiso
ayudar de verdad.”

(Cantan Los Prisioneros)

El río Mapocho

(o "el Sena de Santiago, pero con sauces")

En verano parece una inocente hebra de barro que cruza la capital, un flujo de nieves enturbiadas por el chocolate amargo que en invierno se desborda, desconociendo límites, como una culebra desbocada que arrasa en su turbulencia las casas de ricos y pobres levantadas en sus orillas. Porque este río, símbolo de Santiago, se descuelga desde la cordillera hasta el mar, cortando el flaco mapa de Chile en dos mitades, y en su recorrido nervioso, atraviesa todas las clases sociales que conforman la urbe. Desde las alturas de El Arrayán, donde los hippies con plata instalaron su tribu ecológica y mariguanera, sus casitas de playa, con piscina y amplia terraza para mirar el río en pose de yoga o meditación trascendental. La comunidad naturalista, donde las señoras hippies con guaguas rubias a poto pelado, hacen quesos de soya y recetas macrobióticas escuchando música New Age. Tan inspiradas por la precordillera de lomas y quebradas, y el rumor del Mapocho que se lleva en la corriente sus olores dulces de sándalo, incienso y pachulí hasta mezclarlos, más abajo, con la caca negra de los pobres.

A lo mejor, este Mapocho que se dice río, es sólo un caudal mugriento que no tiene que ver con la idea de remanso verde y aguas cristalinas, como aparece en las fotos del Welcome Santiago. Es lo contrario de las imágenes turísticas que tienen los ríos en Europa. Por eso contrasta con las mansiones y palacetes modernos del Barrio Alto. Más bien, afea el Barrio Alto con su torrente ordinario. Y aunque los alcaldes de estas comunas fi-fi lo decoren con murallones de piedras y enredaderas y parquecitos con estatuas y macetas de jazmines, el roto Mapocho sigue viéndose moreno, entierrado y muy indio en sus porfiadas desconocidas. Sigue corriendo pendiente abajo, Santiago abajo, sin mirar el lujo firulí que bordea el lodo de esas playas con estacionamiento privado. Sigue desbarrancándose amurrado, dando tumbos en los tajamares coloniales que en el setenta y tres vieron pasar cadáveres sonámbulos y rajados por un yatagán.

Mas abajo el Mapocho no se detiene frente al Forestal que pinta de verde su ruta como si la memoria de su paso se llevara en las hojas que caen los besos y las promesas de amor que se juran las parejas mirando el sol poniente. El Mapocho no sabe de amor ni de romanticismo en su carrera loca y sedienta por llegar al mar. Por eso no ve a los enamorados mirándose a los ojos en esa escenografía parisina que le pusieron los milicos en el sector céntrico Esas barandillas cursis y puentes rococó que quisieron travestir al roto Mapocho como un Sena de Santiago pero con sauces.

Siempre hay algo de verguenza ruando un turista pregunta por el Mapocho y los santiaguinos lo muestran diciendo que más arriba viene clarito clarito pero la mugre de la ciudad, los desagües y mierdales colectivos de las alcantarillas lo dejan asi como una arteria fecal donde los motones son truchas para las gaviotas despistadas que picotean hambrientas Las nubes de gaviotas que emigran corriente arriba, por la contaminación de las playas y, a la altura de la Estación Mapocho, transforman el río en un puerto sin mar Y pareciera que desde allí este río ya no tiene que poner caras de Támesis o Danubio azul para complacer a la ciudad remozada. Al oeste de Santiago, el Mapocho se explaya a sus anchas besando la basta deshilachada de la periferia. Como si se encontrara a sus anchas en ese paisaje de callampas latas y gangochos, y cariñoso suaviza su andar armonizando su piel turbia con este otro Santiago basural y boca abajo, con este otro Santiago, oculto por el afán moderno de tapar el subdesarrollo con escenografías pintorescas. Como si el desguañangado

Mapocho se encontrara por fin entre los suyos, transformando la violencia de su corriente en un arrullo de té con leche para el sueño proleta. Como si bruscamente se pusiera tierno, aplacando su marea resentida en un oleaje dorado por la penumbra de la tarde que sin retorno, se lo lleva al mar.

Dean Reed *(o "del rock a la odisea marxista")*

De la misma época que Paul Anka, Chuby Checker, Neil Sedaka y toda esa manga de afectados señoritos que hoy hacen el show-rock de la tercera edad, el gringo Dean Reed era un baladista famoso conquistando muñecas adolescentes con su repertorio emotivo que enlazaba a las parejas de fines de los cincuenta. Aquella generación de lirios y margaritas, pololos de media tarde, palomos de motoneta, adictos al chicle, la Coca Cola y el Yo-Yó. Empaquetados rebeldes, coléricos de esquina, que soñaban cambiar el mundo con el tocadiscos en el corazón.

Dean Reed, o Din Rin, como le decían acá en Chile, había logrado pegar con varios éxitos mundiales, como: No Te Tengo, Anabelle, La Novia y otros discos que aún suenan incansables en programas del recuerdo. Su historia pudo llegar hasta allí, y el resto habría sido fácil viviendo de las ganancias de aquella mermelada nostalgia; pero el flaco Dean, vio llegar los sesenta y la revuelta estudiantil y social le giró el disco de su ingenuo cantar. Vietnam, Cuba, Nicaragua, Puerto Rico y tantos excesos del capitalismo, le provocaron el asco que lo lanzó a una militancia política enrojecida por la bronca social. Entonces Angela Davis, entonces Bob Dylan, entonces Joan Báez y muchos otros artistas norteamericanos formaron un frente crítico ante los atropellos de Nixon en su afán colonizador y prepotente. Pero Dean, en esa hippie y conocida historia, nunca fue protagonista, nunca superstar de la revolution, apenas un gringo revoltoso que viajaba por el mundo denunciando derechos humanos pisoteados por el más fuerte.

Por entonces Chile vivía su experiencia de socialismo en democracia, y Dean no podía estar ajeno a tal experimento, por eso vino a solidarizar con Allende y la Unidad Popular. Y frente a la Embajada norteamericana del Parque Forestal, realizó su cuestionada acción política lavando la bandera de Estados Unidos en protesta por Vietnam Asi lo recuerdo esa primera vez que lo vi siendo yo liceano. Lo veo nuevamente con el trapo yanqui mojado entre las manos frente a la prensa extranjera. Recuerdo vagamente los gritos, las consignas, los discursos, las canciones por Vietnam, Laos y Camboya. Recuerdo su porte gringo entre las cabezas negras de los estudiantes de izquierda. Y hasta ahí no más me llega la memoria, porque vino el golpe y Dean Reed, exiliado por el gobierno norteamericano, se asomaba a veces por la radio con su vieja balada de teenagers.

Después, ya en los ochenta, cuando la resistencia al régimen militar se camuflaba en grupos de arte que pasaban de contrabando el panfleto político, cuando se organizó el Coordinador Cultural, con actores, poetas y pintores de la Apech, la Sech, Sidarte y cuanta agrupación de artistas que participaba en aquellas tomas de la calle disfrazadas de acciones de arte, ahí, en la Sociedad de Escritores lo volví a encontrar, como un Sting un poco más cansado, pero igual de solidario, igual de soñador, colorado por el vino caliente que se tomaba brindando por la libertad en esas peñas de la patria enferma. Le pedimos que cantara y él no se hizo de rogar, tomando la guitarra y entonando aquellas viejas notas de rock and roll de su también lejana juventud.

Nunca más supimos de Dean Reed, viajando por el mundo; de Cuba a la Unión Soviética, y de África a Nicaragua, llevando por el mundo la cinta lacre de la revolución. Y entre tanto cambio de posturas y caídas de muros, entre tanto ocaso ideológico y surgimiento de las nuevas democracias conservadoras; entre tanto empacho neoliberal y abulias de mercado, un día nos llegó la sorpresiva noticia de su muerte. Todavía estaba joven el Dean Reed de tanta batalla por la justicia, y esta crónica, enredada con la música sentimental de su evocación, sólo pretende negarse al olvido de su alentadora sonrisa. Tal vez rescatarlo del cancionero ajado que empaqueta su recuerdo, reponer al personaje que transó un cómodo futuro de estrella por el abrazo sin fronteras a los oprimidos de silenciada voz.

La República Libre de Ñuñoa *(o "parece que nos dejó el taxi, Lennon")*

Desde allí, caminando por sus calles de baldosas quebradas y rejas mohosas, se puede mirar la ciudad de Santiago con cierto orgullo. Como quien ve el país desde un balcón roñoso, tal vez lo único que les va quedando a esas enormes casonas de inmigrantes que se instalaron cerca del Barrio Alto, pero que nunca fueron Barrio Alto. Apenas la periferia de Providencia, donde sus calles cuicas decaen en un mediopelo de boliches y paqueterías afraneladas de polvo, sobreviviendo sólo por la tradición añeja que las mantiene en pie.

Desde Ñuñoa, el habitante puede creerse afortunado de corretear en bicicleta por sus anchas avenidas sombreadas de árboles, y ostentar cierta libertad de provincia, cierta pituquez de pueblo chico, donde no hace falta casi nada: ni las plazas, ni la municipalidad, ni el estadio, ni las universidades, ni tampoco esos colegios clasistas con nombre de santo inglés, donde los hijos de Ñuñoa aprendieron las vocales con acento extranjero. Esos Colleges, Academys, School, donde estudiaron juntos, hicieron la cimarra juntos, se pajearon juntos, y se fumaron sus primeros pitos escuchando a Silvio Rodríguez, y luego y pronto y después, terminaron allegados a la casa familiar, hippientos y solterones bostezando los cuarenta.

Sin duda, la comuna de calle Irarrázaval vio pasar la historia bajo la sombra campestre de sus jardines. Allí se aposentó todo el arribismo de la pequeña burguesía, opacado por la nobleza de sus comunas vecinas. A sólo unas cuadras, la misma vereda de Pedro de Valdivia cambia de pelaje, la misma empleada doméstica mira con desprecio a la india de al lado, el mismo perro pirulo pasa con la cola bien parada sin mirar al de enfrente, la misma hija de funcionario público se junta con sus amigas "jai" en el Paseo Las Palmas de Provi, y no en la cercana Plaza Ñuñoa donde hacen nata los picantes de la cultura alternativa. Los hippies, punkies y vanguardistas izquierdosos, privilegiados de la educacion experimental del Manuel de Salas. Un Liceo público donde se incubaron los proyectos liberacionistas del sesenta, el laboratorio ideológico de una década, el semillero progresista de la clase media acomodada que iba a cambiar el mundo. Los chicos bonitos que bajaban a la periferia de Santiago a comprar mariguana y enseñar la doctrina social de Cristo a los piojosos, a los atorrantes, que en la parroquia de la pobla aprendían sus canciones de protesta y los miraban como dioses disfrazados de artesas, compartiendo las patadas de los pacos y el humo de las lagrimógenas. Hermanados por el: "Compañero presente, ahora y siempre"

De Ñuñoa salían los estudiantes voluntarios con sus pañuelitos hindúes al cuello a repartir frazadas en las inundaciones. Los chiquillos de buen corazón conmovidos por la miseria del margen. Ñuñoa dio a luz una patota de cabros buenos, pasados por la juventud católica y el álbum familiar donde aparecen desteñidos en la foto de primera comunión, cuando aún creían que Sudamérica era cosa de ángeles porfiados.

Fueron los mismos muchachos que cantaron Let it be, y luego se hicieron rebeldes, mariguaneros, patoteros, rockeros, socialistas, comunistas, mapucistas, miristas o frentistas. Los mismos que alguna vez, en la búsqueda desesperada del yo interno, tomaron la senda esotérica y militaron en Silo, el Grupo Arica, la Gran Fraternidad Universal o la Comunidad de Krishna, Rajness o Saint Germain. Pero no les duró la paciencia de esperar en pose de loto a que cambiara el cielo horizontal del Acuario místico "La era estaba pariendo un corazón", y había que aprenderse el Capital de memoria, estudiar arte, sociología, antropología, literatura, filosofía y cuanta carrera humanista que los titulara rápidamente de alumbrados profetas.

"Eran días de arcoiris" para aquellos jóvenes intelectuales que pusieron mente, corazón y sangre en el pulso finisecular de una aguada derrota. Son los mismos soñadores-idealistas que ahora se reúnen en Las Lanzas de Plaza Ñuñoa a recordar viejos tiempos. Allí se les puede encontrar hoy, sin el pañuelito hindú reemplazado por la corbata de funcionario ministerial. Cómodamente instalados en el nido burgués que tanto odiaron cuando cantaban "Hay que dejar la casa y el sillón" Allí se les ve cada tarde al regreso de la oficina, como si no hubiera pasado el tiempo, como niños grandes y guatones que se pueden reír sin prisa, balanceando el whisky en la mano izquierda, arrepentidos de los extremismos y tratando de olvidar. Más bien, intentando no deprimirse con esa canción que rasguea el cantor culebreando de mesa en mesa, el guitarrero cantor que conoce de memoria el repertorio de Silvio, Violeta, Víctor, Atahualpa, y también "Valparaíso mi amor" que saca aplausos y más trago y más monedas.

Allí se les puede ver ahora, en algún recital de Los Tres por La Batuta, animados por algún gramo que jalan en la tarjeta de crédito. Pero aun así, nostálgicamente tristes, irremediablemente consumidos por la sobrevivencia del medio lustre nacional. Inolvidablemente repetidos en el himno de La República Libre de Ñuñoa. Cuando se van tambaleando por la vereda comunal de regreso al insectario y ahorcados por el ayer.

Los Prisioneros *(o "el grito apagado de los ochenta")*

De levantarme una mañana y encontrar el barrio tapizado con las caras de laucha de Los Prisioneros, "la voz de los ochenta", multiplicada en el poster comercial que delata la derrota de una década, la perdida rebelión, y tantos, tantos sueños que había en sus cabecitas negras, ahora peinadas con el gel maraco del repulsivo mercado. Así, fueran Hugo, Paco y Luis, los tres sobrinos vivarachos del Pato Donald, que hicieron creer a toda una generación de jóvenes, que el mañana democrático era un sol de promesas que pintaría de amarillo la basura de sus cunetas.

Pero no fue así, porque los aires cambiaron para muchos, pero no para los chicos pobla que siguieron la huella delictual de sus veredas cesantes, sus veredas amargas de mascar el polvo y la angustia suicida de la pasta base. Tal vez, Los Prisioneros nunca fueron tan marginales, tan patos malos, apenas tres pálidos liceanos que guitarreaban sus

broncas en la esquina del medio pelo, cerca de la Gran Avenida, en San Miguel. Quizás, tampoco tuvieron que ser tan dark, tan punkies, tan heavy metal, para componer la canción más hermosa del rock nacional: "El baile de los que sobran". Acaso esa mordida timidez de flacos sin bulla, de cabros pajeros florecidos de espinillas, que se juntan en la tarde a rocanrolear una cerveza. A lo mejor esa misma achunchada vergüenza de ser clase media, fue el argumento que los lanzó a la fama musicalizando sus anónimos sueños, sus humildes rabias frente al aparato represor que, por esos años, apaleaba al tierno corazón de los mariguaneros de barricada.

Tal vez entonces, la emoción del patear piedras, tirar piedras, comer piedras, tenía que ver con esa impotencia de los chicos que perdieron sus verdes años combatiendo la dictadura. Quizás por eso, Los Prisioneros cayeron parados en los actos políticos, agotados por la depresión del Canto Nuevo, el testimonio charanguero y el llanto de la quena.

Por eso prendieron como bencina en las multitudes que coreaban el "Pinocho, escucha, ándate a la chucha". Ellos hicieron bailar la protesta con las cuatro notas de su poético pop, su sencillo pop, su irónico pop, y la lírica resentida de sus letras burlándose de los que no se llamaban ni González ni Tapia. "Por qué no se van del país", si no les gusta, aullaban los bellos perejiles del rock territorial, sudaca y cantinflero. Con tres zapatillas rascas, tres polentas negras, tres blujines carreteados, y la voz del Jorge González tirando mierda con ventilador a los milicos, a los hippies conformistas, y a cuanto pirulo burgués, fanático de la cultura extranjera que se atravesaba por sus canciones.

Pero no pasó mucho tiempo que esa balada rebelde se hizo gusto fetiche del underground pituco, que por esos años paraba las patas en algún local clandestino de Santiago. La acomodada vanguardia juvenil, que adoptó a los nenes atorrantes de San Miguel domesticando las mechas tiesas de su porfía rockera. González fue el primero que cayó en la seducción de esas niñas violentas con pelo verde que, llegando de Madrid, traían de contrabando la movida española. Jorge fue el primero que se dejó embrujar por el estilo cult, los tragos finos, y todo el circo taquilla de ese lejano destape. Fue el único que creyó los piropos de roto talentoso que le decían sus nuevos amigos. Acaso su acalorada fiebre por el cambio fue sólo la excusa para volar del barrio rasca. Tal vez, el vocalista líder de Los Prisioneros se juró Lennon con sus entrevistas puntudas, sus camisas sicodélicas y los lentes de contacto azules que usó para el video clip que hizo junto a Miguel Tapia, el más apagado de los integrantes, el único que siguió fiel a su lado cuando Claudio Narea renunció al grupo.

Es posible que Claudio, quizás el prisionero más idealista, regresara al barrio asqueado de tanta farándula. Porque más allá de los motivos personales de aquella separación, más allá de la pelea que tuvo con Jorge, algún pacto de esquina se había roto. Y Claudio, tan bellamente aindiado, se viró de aquellas falsas luces. Precisamente cuando la banda era top, él volvió a la cuadra y vio el ascenso de sus antiguos yuntas ganando plata a manos llenas, moviendo a la Quinta Vergara al compás de sus viejas rebeldías. Claudio los vio por televisión emocionado, y apretó los ojos de su prisionera pena para no llorar, sabiendo que la vida tenía muchas vueltas, convenciéndose que él estaba bien en la suya tocando con Los Profetas y Frenéticos, que era consecuente organizando el sindicato de rockeros en La Cisterna, donde iban los locos pungas a rasguear sus reventones. Que el Jorge González, creído y solista en la película del clip televisivo, algún día se iba a cansar de correr a poto pelado cantándole a la felicidad de los ricos. El Claudio esperó paciente, caminando por la Gran Avenida, que al Jorge le dieran vértigo las luces de Manhattan, donde se fue a triunfar cuando olvidó los tarros pateados de su adolescencia.

Así, de verlos esta mañana en el afiche que promociona la reedición de sus temas, prefiero no pensar en su reencuentro. Prefiero creer que en algún patio de esta comuna, aún tres flacos poetizan la ira operática de su bulla. En tanto, sigo caminando por la ve: la sucia de San Miguel, pensando en encontrarme al Claudito a la vuelta de la esquina, cuando me cierra un ojo en el cartel y me invita a bailar apretado "El baile de los que sobran".

El garage Matucana Nueve *(o "la felpa humana de un hangar")*

Y era que se vagaba por la noche santiaguina mediando los ochenta, en largos carretes de la revuelta resistente. La manga callejera, media artista, media artesa, poetas de gomina punkie, intelectuales de izquierda ñuñoína y pobladores desalambrados en su vértigo de cuentear cajas de vino tinto en las plazas, en los actos políticos, en las peñas, en los recitales, en fin, donde se proyectara el rito ansioso de fumarse con rabia un cambio al presente. Y si no ocurría, por lo menos había que imaginarlo en la farra nochera que hilaba zapatillas, sandalias y bototos under camino a Matucana. En Estación Central, a media cuadra de Alameda, el Garage cuna del margen vanguardia, a reventarse de pelados metaleros y chascones floripondios, todos allí, hermanados por el subterráneo alternativo donde se ideaba el Chile en democracia.

Por entonces el comic, los peinados raros y la patota pirata que soltaba sus humores creativos en ese solar del placer utópico, la barraca que acogía a las tres mil mujeres en tres días de feminismo, izquierda y rabias sin calzón. Por allí pasó casi toda la subversiva movilización antidictadura, animada por el Jordy, la Rosa Lloret y la familia amigota de pintores, poetas, teatreros y soñadores que reventaban de eléctrica música los viernes de Matucana. Siempre con cucas de pacos en la puerta, por reclamos, por la bulla, por las peleas, por los botellazos, por todo el tráfico de ideologías destapadas y resentimientos bailables, tomables, fumables que acontecían en ese galpón periférico. El corazón duro de aquel Santiago crispado por el rechinar de la protesta. El espacio taller para pintar lienzos y carteles usados en las concentraciones. Frases y poéticas del panfleto escrito en los ecos de aquella catedral piñufla, siempre enfiestada por las tocatas, las reuniones y las acciones de arte que narraban su desespero.

Y era que allí, la noche ochentera quería durar para siempre en el dionisíaco adelanto de la democracia que se vacilaba, en la ansiedad pendeja sobajeándose y brindando el cuerpo en la felpa humana del hangar. La variada multitud de chicos y no tan chicos que transaban el espacio común con la manda de la ropa negra. New waves pálidos y ojerosos imponiendo el look gótico sacado de la ropa americana, chicas rebeldes, minifalderas pop, que encueraban las noches en el humo azul de los pitos. Conjunción de estilos, sombreros retro y gafas de gata con brillitos, en el zumbante reggae que recién llegaba, amortiguando el heavy rock con su calipso calentón. Entonces se bailaba, entonces el cuerpo asumia el desafío de la pista donde el choclón político de mitines y cantatas convocaba a la joven izquierda, la bella izquierda desarrapada y voluptuosa en su güeviar noche a noche hasta el clareo vinagre del amanecer.

Y fueron tantas veces, tantas tardes, noches y mañanas que el galpón insalubre adoptó en sus andamios de buque-piojo al desacato urbano. Que los ensayos de perejiles rockeros que no tenían lugar, que el teatro pánico donde volaban por los aires los actores que terminaban en la posta quebrados y patulecos con el porrazo. Que la visita de

Christopher Reeves, Superman, que vino a solidarizar con los degollados. Y allí conocimos al hombre de acero, de cerquita, con su alto porte gringo y sus ojillos celestes emocionados en el discurso. Todo eso pasó bajo la techumbre cimbreada del galpón, pasó como destello glorioso del esperado destape amasado en los ochenta y que nunca vio futuro. Porque llegada la democracia, la rémora conservadora del cambio desalojó la fiebre del lugar, inauguró otros espectáculos de vanguardia neutralizados por el comercio, banalizados por el mercado del margen, sobajeados por la venta clasista del under censurable. Pero aquella pasión errante, quedó apresada en el teatro vacío de aquel Garage, que retornó a su práctica de bodega, donde no quedan rastros de sus grafittis obscenos y el lugar ya no es una "boca de tráfico" para el sencillo barrio de venta de tuercas y repuestos de autos. Tampoco hoy nadie se queja del estruendo acústico de los motores que acallaron para siempre la balada vibrante de otra época.

Flores de sangre para mamá *(o "la rebeldía llagada de un tatuaje")*

Y no hace mucho que esta costumbre era un vicio mal visto de marinos, piratas o de algún preso que se dibujaba una sirena en el antebrazo para entretener su soledad, meneándole la colita al apretar y soltar el puño. No hace tanto que a los cabros les dio por intervenirse el cutis con toda la gama que ofrece el arte del grabado en la piel. Tal vez, la idea vino de los rockeros duros y toda su fauna de murciélagos, vampiros, puñales y flores satánicas que adornan la alegoría de ese neogótico, de ese punga-punkie y su metalero disloque. Lo cierto es que prendió como una mecha de tinta entre los adolescentes, que lucen sus bellos cuerpos con las caricaturas del heavy-rock.

Aunque también las Artes Marciales y sus aletazos de ballet Jiu-Jit-Su, Shoto-Kan, o Kárate-Kid, colaboraron metiéndole gráfica orien-i.ai a este arte que cada vez se hace más refinado y exquisito. Así, de los pobres tatuajes que en un comienzo parecían garabatos de kindergarten, calcomanías de micro, copias de Micky Mouse, anclas, corazones o letreros cursis que ofrecían "Flores para mi madre"; ahora se han transformado en finas estampas y delicados dibujos con volumen, con sombra y a todo color que ofrece la artesanía del tatuaje. Ahora no hay peligro de sida con sus agujas recambiables y maquinitas importadas que van picando la piel con su aguijón esterilizado. Tampoco es tan doloroso, porque la anestesia adormece el rasguño que pinta un lagarto enroscado en la pierna, un dragón volando en un hombro, o un escarabajo caminando por la espalda. El único drama es que esta decoración dura casi para siempre. Es decir, hay que comprometerse con el mono como un enamorado. Porque si cambia la moda, borrárselo es tan caro como doloroso. Aun así, hay algo de juramento en este maquillaje tribal de los pendejos. Algo de pacto con el símbolo que eligen espera durar toda una vida, ya sea el signo de la paz, una calavera, un nombre bordado de espinas, una A de anarquía o los escudos del fútbol. No importa que los viejos se horroricen con estas modas primitivas, como los hoyos de los aros en las orejas, en las cejas, en la guata. No importa que los reten o que les den un par de charchazos; total ellos así ejercen la propiedad autónoma de sus cuerpos. Así se rebautizan, marcándose con el dolor de la aguja que va abriendo la piel al ardor de la tinta.

Algo de iniciación para la vida se asume al soportar la llaga de esta línea que tajea. Es como poseer una forma o un mensaje que se elige para siempre, que se toca y se acaricia

y se encariña con la costra que cuando cae, deja ver el músculo dibujado con algo propio. La precisión del trazado dependerá del precio del tatuaje, entre más grande y complejo será más caro, tanto o más que un par de zapatillas o un compact de Los Ramones. Los colores también dependen del money y del aguante que tenga el pendex en el desollado del pellejo.

Sin duda que también estas señas harán más detectable la prófuga identidad juvenil, pero la variedad compite con la identificación. Existen tantos tatuados, y en partes tan diferentes del cuerpo, que se necesitaría otro registro civil para ficharlos. En tanto cada dibujo puede alterarse y no corresponder a una señal única como la huella dactilar. Cada dibujo es del cuerpo que lo posee, como también del gran cuerpo juvenil de la ciudad que siempre está cambiando de piel de acuerdo a las modas y pasiones que los desbocan, al deseo irrefrenable de verse diferentes, de sentirse únicos en el oleaje metropolitano que, cuando pasan los veinte años, pierde sus risas, y más temprano que tarde, cuando se titulan de honorables empleados, ocultan sus marcas rebeldes y sus flores de sangre negra bajo el puño almidonado del yugo laboral.

Noche de toma en la Universidad de Chile *(o "me gustan los estudiantes")*

Y si a uno lo invitan a sumarse a la toma de la U., la catedral del saber, donde tantos piojos no pudieron entrar por falta de money, y tuvieron que mirar desde la vereda del frente la vida universitaria, la vida joven echada a pata suelta en los jardines académicos. Sobre todo en la Facultad de Humanidades, la inútil casa del pensamiento, dicen los que quieren transformar la educación en un negocio rentable, una productora de técnicos y economistas que sigan las huellas del jaguar. "Gente decente, de pelo corto y sin complicaciones existenciales como necesita este país. No como esa patota de universitarios inclinados a las letras, las ideas o el arte". Los mismos que han provocado este sismo grado ocho en la casa de Bello, la manga revoltosa que dio el espolonazo para que renuncie el rector, el mismo que fue elegido el noventa y se repitió el plato el noventa y cuatro, y si los cabros no hubieran atinado con esta paralización, capaz que perpetúe su mandato el noventa y ocho. Por eso, y para moverle el piso a esta momia y su camarilla conservadora, acepté la invitación. Que si me llaman voy, me dije, a pasar una noche con los chicos del cambio, a leer mis letras sucias y a cantar con ellos las mismas canciones de la rebeldía, con o sin causa, da lo mismo, pura pasión, puro deseo, y eso es lo único que queda cuando las ideologías están al servicio del poder de turno. Total, la razón en estos sistemas es comprable, transable y la tiene quien argumenta mejores razones pragmáticas. Por eso estuve con ellos y con La Batucana animando e1 paro, salpicando con versos y crónicas la noche pendeja que se hizo corta copuchando y tomando sopa. Riendo y coqueteando con los pendex bellos que compartían la seducción del canto a través del guitarreo, los pendejos y pendejas que defendían fieros las rejas de entrada, pidiendo documentos por si se colaba un sapo, tomándose este Resto de independencia tan en serio, que a las cuatro de la mañana renovaban la guardia y los turnos bostezando, muertos de cansados por la vigilia de la resistencia. Con tanto empeño, que se daban tiempo para ponerse melancólicos, con las canciones de Silvio, con los himnos y amores de estudiantes detrás de alguna barricada. "Tú te acuerdas, tú escuchaste de esa histórica marcha para que se fuera Federici". Y entonces, a puro paro, a puro café y alguna garrafa de vino navegado que pasó clandestina

por la complicidad de los chicos de guardia, tiritando en la portería. Chicos, que les cuesta ser guardias, y a escondidas se tomaron su copete esa noche para mantener poéticamente los ojos abiertos y las patas calientes con el vino navegado. Y ay que noche, qué síntoma de soñar despiertos la ilusión marina de un abordaje en sus ojos cansados, trasnochados de utopía dulce. Qué noche memorable viví con los chicos de la U., cantando sus slogans de Universidad libre, Universidad para todos, Universidad para el que sufre, total en el pedir no hay engaño. Y si se trata de soñar, qué importa, soñemos lo imposible. El resto, fue esperar que la cordillera recortara su lomo en el clarear de la amanecida, a esa hora, cuando el frío escarcha la mirada de los estudiantes en paro, los bellos estudiantes que le dan una lección de dignidad a este país, en la trinchera de su exaltado desacato.

Un letrero Soviet en el techo del bloque

Así, fuera poco vivir colgado de una jaula de cemento, donde el choclón de vecinos forman una familia, una salsa de gente que vive al tres y al cuatro intercambiando sus penas y esperanzas en las copuchas de pasillo. Sobre todo cuando citan a reunión porque una gran empresa ofrece poner un cartel en el techo del bloque. Tan grande como los luminosos de Manhattan, tan espectacular como esas marquesinas de neón que hay en el centro. Con tanta luz para iluminar los rincones, y así los patos malos no puedan seguir cogoteando gente. Un super aviso que va a ser la envidia de toda la pobla, porque las señoritas que pasaron encuestando casa por casa para que los vecinos dieran autorización, prometieron las mil y una con tal de instalar el letrero en el techo. Dijeron que si todos estaban de acuerdo, la empresa se comprometía a iluminar los pasillos, a arreglar el techo para el invierno, a hacer un jardín con juegos infantiles para los cabros chicos, a poner protección en las ventanas para los ladrones, a pagar un tanto mensual a cada casa por concepto de publicidad, y a colocar todos los vidrios que faltan. Aseguraron que iban a emperifollar la facha del edificio y lo iban a mantener tan limpio y bonito como uno de esos condominios donde viven los ricos en el barrio alto. Que se iba a organizar un comité de ornato y aseo que botara todos los cachureos que las viejas amontonan en el balcón, que además no se iba a permitir que colgaran los calzones en las barandas porque daba muy mala impresión, que iban a botar todos los tarros, ollas, bacinicas y teteras donde las viejas cultivan plantas pobres, esos cardenales y suspiros, esos mantos de Eva, esas plantas espinudas que sobreviven pese al meado de los volados, las chinitas y las matas de ruda y toda esa ordinariez de jardín rasca iba a desaparecer, lo mismo que los perros pulguientos y los gatos asesinos de palomas, todo iba a cambiar gracias a la generosidad de la marca que iban a instalar en la cabeza del bloque.

Entonces, surgieron las primeras malas caras, las miradas recelo sas de las viejas porque les iban a cambiar sus costumbres, sus mañosas costumbres de amarrar con alambre la destartalada miseria, su porfía de no arreglar el techo y poner una cacerola en la gotera del invierno, su devoción sagrada por los cardenales que florecen como carne de perro, su amor por los quiltros sin raza, fieles hasta la muerte. Y por último, la gota que rebalsó el vaso fue la noticia que se iba a pintar el bloque de un solo color. ¿Y de qué color? Todas preguntaron a coro. Bueno, dijo la niña de la empresa, tiene que ser rojo para que combine con la publicidad del anuncio. Entonces quedó la zorra, en un dos por tres la pacífica reunión se convirtió en una batahola. ¿Y por qué rojo?, dijo la mujer de un paco, va a

parecer guarida de comunistas. ¿Y qué tiene en contra de los comunistas? Harto sufrieron con los milicos mientras usted le pegaba en la nuca a su marido que andaba apaleando gente. Quiere que pinten el bloque verde para que parezca retén, ahí sí que se vería bonito. Y por qué no rosado, o celeste, o plomito para que no se note la mugre, porque la gente aquí es tan cochina. Usted será cochina señora que tira la mugre al primer piso. Y usted que se hace la lesa con la venta de mariguana que tiene su hijo. No te metái con mi hijo vieja cabrona que tenis a tu hija trabajando en un topless. Esa sí que no te la voy a aguantar vieja maraca. Y se agarraron del pelo revolcándose ante los crispados ojos de las señoritas promotoras que salieron arrancando entre el revoltijo de papeles y carpetas que volaban sobre las mujeres malcornadas en el suelo.

Muy poco duró la esperanza de cambiarle al bloque su destartalado pelaje, porque las señoritas no volvieron nunca más a insistir con su propuesta publicitaria. Y meses más tarde, el gran afiche de los Jeans Soviet apareció en el techo de otro bloque, donde la gente es más ordenada y decente. Ahí casi todos son empleados públicos y tienen sus autitos que los lavan como guaguas los días sábado, dijo la mujer del paco entre la pica y la resignación. Además usted vecina decía la verdad, con tanta reja parece comisaría.

Así, cada casa del bloque la pintó cada vecino del color que quisiera, pedazos de naranja, partes de amarillo, murallas calipso, en fin, un mosaico de vidas que relucen su diferencia. Una forma de contener la modernidad uniformadora de la ciudad light, la ciudad aburrida, toda igual con su hábito de espejos y limpieza. La ciudad hipócrita, como un Miamicito lleno de carteles y neones que ocultan con su resplandor la miseria que se amohosa en los bordes.

El Paseo Ahumada *(o "la marea humana de un caudaloso vitrinear")*

Y si no fuera el calor, y si fuera otra cosa que nos anda asorochando a las tres de la tarde, con la cabeza abombada tratando de tirar unas ideas para hilar esta crónica, unas reflexiones novedosas sobre la urbe y esa fiebre pegajosa que hace del verano en la ciudad un horno irrespirable. Sobre todo si hay que pasar por el centro, bajarse justo en la estación Universidad de Chile del Metro. Treparse en esas escaleras de metal, donde sube y baja la marea apurada de gente que se mira de reojo cuando se cruzan cara a cara. Pero esa mirada no alcanza a ser un gesto de comunicación, apenas visualizar pañuelos que secan la frente y limpian maquillajes descorridos por la gota grasa del sudor, un ascensor de carne mojada en el trotar sofocante de la masa que evapora sus trámites y compras en la aglomeración del Paseo Ahumada. La calle restregón y pugna por salir del atolladero de cuerpos que se atajan, que se chocan, que se amasan calientes en el traqueteo nervioso del paseo público.

Así, esta arteria mercantil del centro de Santiago es el espacio peatonal estrujado por el vaivén de los sobacos que gotean miles de olores, cientos de transpiraciones de distintas marcas, de diferentes aromas que en el apretón se mezclan, que en el cumbión callejero hacen una hediondez común, una tregua de calor y cansancio para soportar mutuamente, tanto los hedores a cebolla de la plebe, como el tufo floral de los economistas que corren del banco a la financiera con las tarjetas de crédito en la mano. Los contados pitucos del Master Card, del Visa Card, del Life Card que se aventuran en la cuncuna plural del sobajeo humano.

Y si a esto le llaman pacto social, paz ciudadana o pichanga entre clases, seguramente por la concertación variada de status económicos que forman el tumulto en la estrechez del paseo público. Como si fuera lo mismo subir al centro desde Pudahuel o bajar desde Santa María de Manquehue. Con este calor y con tanto perraje suelto. "Hay que tener estómago Macarena para resistir el impacto. Te lo digo. Te insisto linda que si puedes evitarlo tanto mejor". Tanto peor si la cuica de traje Brancoli y cartera Gucci tiene que caminar por el Paseo Ahumada aterrada, evitando los apretones del populacho. Como si no escuchara los piropos de los rotos que venden mote con huesillos. Como si no viera a ¡a señora pobla que casca al cabro chico porque no se queda tranquilo colgado de su mano. Y cómo el niño se va a quedar tranquilo, si esa avalancha de zapatos lo asusta en su pequeña atalaya infantil. Cómo se va quedar tranquilo, si a su lado otro cabro le saca pica chupando un helado con su langüeteo gozoso. Y el niño sabe que la mamá le dirá que no tiene plata para un barquillo, cuando la mira hacia arriba con sus ojitos resecos de pena. El peque sabe que le dirá que no moleste, que nunca más lo traerá al Paseo Ahumada si sigue portándose así, que se espere y cuando lleguen a la casa le va a comprar un cubo de hielo que vende la vecina. Y el niño tiene que conformarse con mirar de lejos esos colores verde menta, morado mora, rosa frutilla o amarillo bocado que ofrecen las heladerías. Muy adentro, en su enano corazón, él ya sabe que pertenece a esa muchedumbre conformista que mira las vitrinas tocándose las monedas para el Metro. El conoce la palabra confórmate y no la comprende, pero trata de entenderla cuando va de la mano con su mamá por el Paseo Ahumada, mirando la fanfarria chillona de las vitrinas, chupándose con los ojos ese resplandor publicitario, hipnotizado por las carreras de los comerciantes ambulantes arrancando de los pacos, recogiendo las mercaderías desparramadas por el suelo en el apuro; con niños chicos, como él, que ayudan a recoger las peinetas chinas, los calcetines de a tres en mil, las chucherías de Taiwán que ruedan por el piso. Todo esto lo ve el niño con ojos de fiesta, justo cuando la mamá le da un tirón para que siga caminando y se pierda con ella en la multitud apurada. Cuando ya ha pasado el calor y comienzan a prenderse las luces de neón y una leve ventisca refresca el agotamiento de los vendedores que miran el reloj para cerrar las tiendas al caer la noche. Al variar el público del Paseo Ahumada que se deja caer en los asientos esperando los shows callejeros; los humoristas, cantantes y oradores evangélicos que ocupan la calle con su teatro de paso, con su circo limosna que alegra la ciudad, cuando se relaja el tráfico de un agitado día y Santiago finge que duerme para que aflore la noche despelucada del escote putinga y su lunfardo resplandor.

La inundación

Cuando llueve todo se moja, dice un refrán, pero aún más los pobres que ven anegarse el metro cuadrado de sus viviendas con los chorros hediondos de la inundación. Y es que el invierno, la estación más desnuda del año, revela las carencias y pesares de un país que creyó haber superado la fonola tercermundista, un país narciso que se mira la nariz en los espejos de los edificios, un país que se piensa modelo de triunfo, y al menor desastre, al menor descuido, la indomable naturaleza manda guarda abajo el encatrado del éxito. El andamio económico que se vende como promoción de las glorias enclenques de la justicia social.

Así, sólo basta un aguacero para develar la frágil cáscara de las viviendas populares que se levantan como maquetas de utilería para propagandear la erradicación de la miseria. Sólo basta la llegada del invierno para demacrar la alegría de los pobladores que, después de tantos trámites y subsidios habitacionales, por fin les salió la casa propia. Digo casa, pero la verdad son cajas de cartón que al más simple chubasco se revienen con el agua y las pozas, y todo empieza de nuevo, otra vez de regreso al callamperío marginal, otra vez correr las camas y salvar lo poco valioso que se ha logrado comprar a crédito después de tantos años de esfuerzo. Otra vez poner las ollas y la bacinica para que reciban el insoportable tic-tac de las goteras. Otra vez, con el agua a las rodillas, sacar la mierda en baldes del alcantarillado que cada invierno se tapa, que cada lluvia se rebalsa de mugres y toda la población se convierte en una Venecia a la chilena donde nadan los zapatos, las teteras y las gallinas en el chocolate espeso del lodazal.

Cada invierno, son casi los mismos lugares que reciben la agresión violenta del desamparo municipal. Son los mismos canales: la Punta, las Perdices, el Carmen o las Mercedes, que se revientan en cataratas de palos, pizarreños y gangochos que arrastra la corriente sucia, la corriente turbia que no respeta ni a los cabros chicos, los inocentes niños entumidos que con los mocos del resfrío blanqueando sus ñatas, se amontonan en los albergues temporales que, por lástima y culpa social, les proporciona la municipalidad.

Pero toda esa película trágica del crudo invierno chileno, sirve para que la televisión se atreva a mostrar la cara oculta de la orfandad periférica tal como es. Tal como la viven los más necesitados, que por única vez al año aparecen en las pantallas como una radiografía cruel del pueblo, mostrada a todo color en el blanco y negro de la política. Por única vez al año acaparan la atención periodística, por única vez son estrellas de la teleserie testimonial que programan los noticieros. Por esta vez, se desenmascara la mentira sonriente de los discursos parlamentarios, la euforia bocona de la equidad en el gasto del presupuesto. Por única vez, al jaguar victorioso se le moja la cola, y todos podemos ver su reverso de quiltro empapado, de pájaro moquiento y agripado, como las guaguas de la inundación, que tan chicas, tan débiles, ya aprenden su primera lección de clase, su primera escuela de faltas, tiritando húmedas en los pañales.

Quiltra lunera

Esas locas preciosísimas, que contra todo y sobre todo,
resistiendo un infierno totalizante que ni siquiera
imaginamos, son como son valientemente, con una dignidad,
una fuerza y unas ganas de vivir, de las que yo y acaso
también el lector carecemos. Refulgentes ojos
que da pánico soñar.

(Función de medianoche, José J. Blanco)

La loca del carrito *(o "el trazo casual de un peregrino frenesí")*

De verlo continuamente cruzar la ciudad con su indumentaria de travesti doméstico, con su figura lunfarda, de mendiga, vieja bruja, señora tirilluda que detiene el tránsito con su espejismo teatral para la sorpresa de la gente. La loca del carrito no tiene destino en su paseo lunático que arrastra por las calles sin ver a nadie, sin percatarse de las risas burlescas que deshilachan aún más su falda de franela a cuadros, el trapo poblador que, sin pretensión, le cubre sus huesudas rodillas de pajarraco artrítico, rumbeando la tarde a bordo de su poética trasgresión.

De su pasado no hay rastro, en la estela locati que dejan sus zapatones de hombre chancleteando la vereda lunar que alborota desafiante. Apenas recoger, sin seguridad, el testimonio que narró de él un periodista para un documental de la tele a la hora de las noticias. "Antes era un talentoso estudiante de arquitectura, pero al morir su madre quedó así". Y eso fue lo único que se supo de él, televisado a la fuerza, esquivando el ojo de la cámara con un desdén de garza principesca, evitando así el sapeo camarógrafo de esos programas acusetes sobre los locos que aún andan sueltos en la urbe.

Por ahí, por calle Lira, Carmen o Portugal, cerca del antaño glorioso barrio travesti de San Camilo, su silueta desguañangada descalabra la lógica peatonal del apurado mediodía. Más bien, es un reflejo donde la mirada ciudadana se desconoce con rubor, en el desorden de su peregrina bufonada sexual. La loca del carrito conduce su bote de super-mercado coleccionando mugres que Santiago desecha en su flamante modernidad. Por ahí agarra una muñeca manca y la arropa con ternura subiéndola a su barca rodante. Por acá se enamora de un trapo desflecado que lo rescata para cubrirse la cabeza. Y así, con el trapito anudado en su barbilla sin afeitar, como una abuela sureña o una extraña Madre de Plaza de Mayo, desaparece en el fragor del tráfico, dejan do su alucinado delirio como una estampa irreal que se esfuma en el traqueteo neura del centro.

Todos lo han visto, de alguna manera la ciudad se ha acostumbrado a ser testigo de su paso orillando el pleamar de su destino menguante. Acaso traficando autónomo su caricatura libertaria que amalgama oposiciones de género, lucha de clases, estéticas bastardas del filosofar vivencial que muda los harapos de un neo Edipo en el arrastre del duelo materno con su parturiente trapear.

Todos vemos a diario su tranco sin prisa, hurgueteando en la basura revistas o libros viejos que luego comercia en la vereda de un Supermercado, explicando con clara lucidez la lectura de su contenido. Allí, vendiendo retazos literarios y fotocopias de textos suyos, es un elocuente sujeto cultural que contradice la imagen trastornada de su evadida contemplación. Alguien le compra, con algún estudiante dialoga, algún tonto se mofa incómodo de su apariencia gitana y vagabunda. Pero ella no lo ve tras el vidrio de su ausente cotidiano. No engancha su altivo tornasol de locura con la estupidez del machismo ambiental. Y cuando la noche santiaguina relumbra cobriza en los guiñapos de la tarde, la loca del carrito recoge su mudanza de libros parchados, y sin ningún apuro, como si ordenara un valioso jardín de perlas, diademas y cachureos, se marcha acunada por el rechinar de las ruedas, se confunde con una sombra más que despide el arrebol mohoso de los edificios espejos, cuando cruza la calle Portugal entre los bocinazos y el "deténgase" amarillo del semáforo. Se desliza justo por ese color intermedio entre el "PARE/SIGA". Como si eligiera de alfombra ese relumbro que pinta de oro su equipaje marginal, cuando

se va navegando en el asfalto y deja como un chispazo la lírica errante de su alocado frenesí.

"Solos en la madrugada" *(o "el pequeño delincuente que soñaba ser feliz")*

De encontrarse en oscuridad de telarañas con un chico por ahí. De saber que éramos dos extraños en una ciudad donde todos somos extraños, a esa hora, cuando cae el telón enlutado de la medianoche santiaguina. Y cada calle, cada rincón, cada esquina, cada sombra, nos parece un animal enroscado acechando. Porque esta urbe se ha vuelto tan peluda, tan peligrosa, que hasta la respiración de las calles tiene ecos de asalto y filos de navaja. Sobre todo en fin de semana de invierno, caminando en el cemento mojado donde los pasos resuenan a fugas aceleradas porque alguien viene, alguien te sigue, alguien se acerca con un deseo malandra y negras intenciones. Y al pedir un cigarro, uno sabe que la llama del fósforo va a iluminar un cuchillo. Uno sabe que nunca debió detenerse. Pero estaba tan cerca, a sólo unos pasos, y al decirle que fumo Life, para que supiera rni estado económico, igual me dice que bueno aspirando mi tabaco ordinario, igual me busca conversa y de pronto se interrumpe. De pronto se queda en silencio escuchándome y mirando fijo. Y yo, tartamudo, lo cuenteo hablándole sin pausa para distraerlo, pensando que viene el atraco, el golpe, el puntazo en la ingle, la sangre. Y como en hemorragia de palabras, no dejo de hablar mirando de perfil por dónde arranco. Pero el chico, que es apenas un jovenzuelo de ojos mosquitos, me detiene, me chanta con un: yo te conozco, yo sé que te conozco. Tú hablai en la radio. ¿No es cierto? Bueno sí, le digo respirando hondo ya más calmado. ¿Teníai miedo?, me pregunta. Un poco, me atreví a contestar. A esta hora es muy tarde y uno no sabe. No te equivocaste, dijo soltando la risa púber que iluminó de perlas el pánico de ese momento. Yo te iba a colgar, loco, agregó sonriendo. Mostrándome una hoja de acero que me congeló el alma colipata. Te iba a hacer de cogote, pero cuando te oí hablar me acordé de la radio, taché que era la misma voz que oíamos en Canadá. Pero la Radio Tierra es onda corta y no se escucha tan lejos. ¿Estuviste afuera? No, ni cagando, yo te digo en cana, en la cárcel, en la peni, tres años y salí hace poco. Me acuerdo que a las ocho, cuando dan tu programa, adentro jugábamos a las cartas, porque no hay na' que hacer. ¿Cachái? La única entretención a esa hora era quedarnos callados pa' escuchar tus historias. Habían algunas re buenas y otras no tanto porque te ibai al chancho, como esa del fútbol o la de Don Francisco. Ahí nos daba bronca y apagábamos la radio y nos quedábamos dormidos. Pero al otro día, no faltaba el loco que se acordaba y ahí estábamos de nuevo escuchando esa canción. ¿«Invítame a pecar», se llama? La única vez que no pudimos escuchar, fue cuando un loco agarró a patas la radio porque estaba hablando el ministro de justicia, y pasamos como un mes con la radio mala, hasta que la mandamos a arreglar al taller de electricidad. A veces alguien estaba preparando comida y hacía sonar las ollas y lo hacíamos callar para oír bien, porque tu radio se escucha pa' la goma. Otras veces se. escuchaba clarita, pero los otros presos andaban amargados pateando la perra porque les habían negado el indulto, porque no tenían visitas, porque el abogado les pedía más plata, o porque los gendarmes güeviaban tanto. Ahí, antes que estallara la mocha, yo agarraba la radio cassete y la ponía bien bajito debajo de las frazadas pa' escucharte.

Ibamos caminando por la calle húmeda, estilada de estrellas, libres en la noche pelleja del Santiago lunar. No había pasado más de una hora desde ese aterrado encuentro,

y ya éramos cómplices de tan-ios secretos suyos, de tanta vida aporreada por sus cortos años chamuscados en delincuencia y fatalidad. Y qué otra cosa voy a hacer, me dijo triste. ¿Cómo voy a trabajar con mis papeles sucios? En todas par-'es piden antecedentes, y si me encuentran los pacos les tengo que mostrar los brazos. Mira. Y se levantó la manga de la camisa y pude ver la escalera cicatrizada de tajos que subían desde sus muñecas. Uno se los hace para que no te lleven preso y te manden a la enfermería. Pero cuando los pacos te ven las marcas, te mandan al tiro pa' dentro. No hay caso, no puedo salir de esto. Es mi condena. Pero se pueden borrar con aceite humano o rosa mosqueta, le dije como en secreto. No resulta, igual vuelven a aparecer las cicatrices, por eso en verano no uso manga corta.

Era tan joven, pero una llaga de amargura trizaba su boca de niño punga, su sonrisa morena de labios torcidos por la hiel del arrollo, su media risa menguada en el aluminio escarlata de la luna en acecho que acompañaba nuestros pasos al filo del amanecer. Te fue mal esta noche, le murmuré aterciopelado para sacarle una alegría. No importa, te conocí a ti, y te voy a dejar a tu casa para que no te pase nada. Ya estamos llegando, suspiré, así que déjame aquí no más, le alcancé a decir antes de estrechar su mano y verlo caminar hacia la esquina donde giró la cabeza para verme por última vez, antes de doblar, antes que la madrugada fría se lo tragara en el fichaje iluminado de esta ciudad, también cárcel, igual de injusta y sin salida para este pájaro prófugo que dulcificó mi noche con el zarpazo del amor.

La historia de Margarito

Tendría que arremangarme los años para recordar a Margarito, tan frágil como una golondrina crespa en la escuela pública de mi infancia. La escuelita Ochagavía, «nuestro norte luz y guía», voceaba el himno de la mañana escolar, ya borroso por los tierrales secos en la zona sur de Santiago, en esas nubes de polvo donde los niños machos pichangueaban el recreo; los hombrecitos proletarios, jugando juegos de hombres, brusquedades de hombres, palmetazos de hombres. Tan diminutos y ya ejercían las ventaja del machismo burlón, humillando a Margarito, riéndose de él porque no participaba del violento rito de la infancia obrera. Porque se mantenía distante mirando de lejos al cabrerío revoltoso revolcándose en el suelo, mancornados a puñetazos en la competencia matona de esa enana virilidad.

Y parecía que Margarito, vaporoso, despreciaba profundamente la prepotencia de sus compañeros, esa única forma bruta de comunicarse que practican los hombres. Por eso se aislaba de los grupos en la soledad mocosa de anidarse un rincón lejos del patio. Margarito nunca reía en la bandada jilguera que animaba la mañana. Margarito no era feliz, como todos los niños a esa edad cuando el mundo es una pelota de barro azul. Margarito tenía los ojos grandes, siempre anegados a punto de llorar, al borde lagrimero de su penita; por cualquier cosa, por el chiste más insignificante soltaba la muda catarata de su llanto. Margarito era así, un pajarillo sentimental que regaba la tierra seca de mi escuela pobre. Margarito era el hazmerreír de la clase, el juego preferido de los cabros grandes que le gritaban «Margarito maricón puso un huevo en el cajón». No lo dejaban en paz con la letanía cruel de ese coro que no paraba hasta hacerlo llorar. Hasta que sus ojazos nerviosos se vidriaban con el amargo suero que hería sus mejillas.

Margarito era así, un pétalo fino y lluvioso en medio de la borrasca pioja del piñén estudiantil. A esa edad, cuando la niñez asume la perversión como un entretenido juego torturando al más débil, al más diferente del colegio, que escapaba al modelo masculino impuesto por padres y profesores. Y ese era el caso de Margarito, nombrado así, burlado así, por los pailones del curso que, groseros, imitaban su caminar de pichón amanerado, sus pasitos coligües cuando tenía que salir a la pizarra transpirando, como pisando huevos en su extraño desplazamiento de cigüeña cachorra rumbo a la patriarcal educación.

Lo recuerdo tan solo, en ese tristísimo exilio de princesita traspapelada en un cuento equivocado. Lo veo así, al borde de la crisis esa mañana del sesenta cuando Caritas-Chile regaló un montón de ropa norteamericana para la escuelita Ochagavía. Eran fardos gigantes de pantalones, poleras, zapatos, camisas y casacas que los curas habían seleccionado para los niños varones. Tiras usadas que el imperio repartía a Sudamérica para tranquilizar su conciencia. Trapos multicolores, que los chiquillos se probaban entre risas y tirones. Y en medio de esa alegre selección, apareció un vestido, un largo y floreado camisón que los cabros sacaron calladamente del bulto. Lo extrajeron mirándose con maldadosa complicidad. Margarito, como siempre, flotaba más allá del bullicio en la balsa expatriada de su lejano navegar. Por eso no se percató cuando lo rodearon sujetándolo entre todos, y a la fuerza le metieron el vestido por la cabeza, vistiéndolo bruscamente con esa prenda de mujer. Creo que nunca olvidaré esa escena de Margarito con los ojos empañados, envuelto en la percala floral de su triste primavera. Lo veo a pesar de los años, interrogando al mundo que se cerraba para él en una ronda de carcajadas. Lo sigo viendo acurrucado, como una palomita llorona mirando las bocas burlescas de los niños, desfiguradas por el océano inconsolable de su amargo lagrimal.

Han pasado los años, llorosos, terribles, malvados, y jamás se me forró ese cuadro, como tampoco la chispa agradecida que brilló en sus pupilas cuando, compartiendo las burlas, me acerqué para ayudarlo a quitarse el vestido. Nunca más vi a Margarito desde ese final de curso, tampoco supe que pasó con él desde esa violenta infancia que compartimos los niños raros, como una preparatoria frente al mundo para asumir la adolescencia y luego la adultez en el caracoleante escupitajo de los días que vinieron coronados de crueldad. Es posible que su pasar de alondra empapada haya naufragado en esa travesía de intolerancia, donde el trote brusco del más fuerte, estampó en sus suelas el celofán estropeado de un ala colibrí.

La muerte de Condorito *(o "recuerdos de Pelotillehue")*

Archivado en el álbum de las caricaturas que intentaron describir con dibujo y letra al conocido rotito chileno, hermanado con el Perejil, el Verdejo, y tantos monos tirillentos pintados por la mano cruel que despedaza la pobreza, Condorito vivió sus años de gloria en las décadas del sesenta-setenta, cuando la revista de tiras cómicas era el pasatiempo de los pasajeros de micros, que acortaban el viaje leyendo el Condorito de pascua, el número especial que año a año vendía miles de ejemplares, con tapa a color y páginas coloreadas de naranjo y negro, donde el pájaro-pobre, el hombre-pájaro, o el cóndor-queltehue, exponía su triste vida de incansable cesante, eterno vago picaflor enamorado de la Yayita, la tetuda Yayita, la curvilínea Yayita con cuerpo de corazón, su amor negado por la diferencia social.

Por aquellos años, Chile se reconocía en la eterna mala pata de este personaje, siempre errándole a la suerte, de por vida condenado a la rancha meada por el perro Washington, la mediagua que compartía con el sobrino Coné, un cóndor niño sin procedencia, que retrataba moralmente a Condorito como tío soltero igual al Pato Donald. Porque, al parecer, la familia de Condorito venía del campo, ya que usaba ojotas y el pantalón arremangado como peón. Entonces se podría deducir que Condorito era un allegado a la capital, uno de tantos afuerinos que, por esos años, dejaron el sur para conformar la clase obrera; el proletariado de las primeras poblaciones y, más adelante, la clase media o el medio pelo chileno. Pero Condorito nunca arribó en su emergencia de pájaro piojo. Menos su tropa de amigotes güenos para el trago, como el cumpa Don Chuma, siempre salvando a Condorito con un billete de maestro chasquilla, o el Comegatos, su yunta cara de mapuche felino, inseparable de Garganta de Lata, prócer de la garrafa, cuando los pobres se reventaban de cirrosis con la nariz de rojo farol.

En verdad, por aquel entonces, no había mucho que elegir en la entretención lectora del folletín urbano, y Condorito llenaba ese vacío, entre los Super Héroes de las revistas extranjeras y el folclórico cómic nacional, donde la mano de Pepo, el autor dibujante, explotaba la errancia depresiva del sector popular, señalizando la vida gris del barrio chusco donde el argentino Che Copete era el odiado rival de Condorito, un dandy triunfador que enamoraba a la Yayita con su tollo porteño. Casualmente esta revista era muy conocida en Argentina, Perú y otros países vecinos, que creían reconocer a los chilenos a través de este pájaro atorrante y sus aventuras en una ciudad-pueblo rayada por todos lados con el graffiti de "Muera el roto Quezada". Nunca nadie supo quién era el roto Quezada, pero quedó en la memoria social como un personaje populista odiado por la burguesía.

Condorito fue el relator de otro país, desaparecido bajo las latas del tercer mundo. Un Chile sencillo y provinciano que reía del chiste blanco rematado por el ¡Plop! que paraba las patas con el conocido "Exijo una explicación". Condorito fue la caricatura del pililo buscavidas, la representación entumida de la gloriosa ave-símbolo del escudo patrio, el gran cóndor amo de las alturas. Tal vez por eso, su desnutrida parodia tocó fin al llegar la yuppiemanía de los ochenta. Las águilas doradas del mercado que le abrieron la puerta al neoliberalismo. Para entonces, el humilde Condorito ya no representaba una buena imagen para estos Nuevos Tiempos, y aunque trataron de traspasar la historieta a la televisión, la caja luminosa le quedó grande al depresivo queltehue. Algo en la voz resultaba falso, ya que la tira cómica jamás tuvo audio. Tampoco han resultado las gestiones empresariales que intentan reponer un Condorito con zapatillas de marca y pinta newyorker. Nada de esto ha resucitado el cadáver del querido pajarillo que murió de muerte comercial, y fue enterrado con su jaula de fonolas en el lomaje azul de Pelotillehue.

Las Amazonas de la Colectiva Lésbica Feminista Ayuquelén

Y fue tan sorpresivo ver en esos años de dictadura el rayado lésbico moroso del grupo Ayuquelén. Casi impensable imaginarlas bravas, feministas y combativas dando la pelea, en ese tiempo de concentraciones en el Parque O'Higgins, donde sus graffitis tenían el leve desenfado de la militancia sexual que dibujaba corazones partidos de mujer a mujer. Era raro pensarlas pioneras de un movimiento libertario de minorías sexuales, a la Su y a la

Lily, dos jóvenes puntudas que habían Iniciado este peregrinar de macorinas, a partir del asesinato de Mónica Triones, la bella Mónica, como recordaba la Su entre cervezas y fotografías de mujeres y la voz incansable de Chabela Vargas que timbraba de boleros el testimonio horroroso de aquel asesinato.

La Mónica era una artista, sobreviviente del hippismo, el Parque Forestal y de tantos cafés utópicos que humeaban las tardes de la Unctad, en la lejana Unidad Popular. Y a pesar del golpe, del toque de queda y la rnilica represión, todavía le quedaban ganas para soñar noches en ese Santiago amordazado por el toque de queda. Aún le quedaba pasión, esa fecha del setenta *y* algo para brindar por la esperanza en el Bar Jaque Mate de la Plaza Italia. Y la Mónica hablaba tan fuerte, no tenía pelos en la lengua para manifestar su rabia frente al machismo, la repre, y todas las fobias que alambraban de púas su prohibido amor. La Mónica era así, voluptuosa, desenfrenada, cuando escuchó risas de machos en otra mesa, burlas de macho al ver mujeres bebiendo en la noche sólo para hombres. Y no se pudo contener, y algo les dijo, y los dos tipos se pararon desafiantes, y la Mónica desde su pequeña estatura no se quedó chica, y vino un puñetazo y otro, y a patadas la sacaron a la calle, a ia vereda, donde la siguieron golpeando, donde le partieron el cráneo y la sangre de la pequeña Mónica les manchó los puños, y ese color aumentó la brutalidad de la golpiza. Y ellos no se cansaban de golpearla, como en éxtasis le rebotaban su cabeza en el cemento. Y cuando se fueron, caminando tranquilos por la oscuridad macabra de la dictadura, la Mónica quedó hecha un guiñapo estampado en el suelo. Y cuando llegó la policía, nadie había visto nada, nadie se atrevía a dar informaciones sobre esos monstruos, seguramente CNI, que se desplazaban libremente en el Santiago de las botas.

Este horrendo crimen sigue impune hasta el momento, y solamente sus amigas lesbianas lo reflotan políticamente como bandera de lucha. Así, la Colectiva Lésbica Feminista Ayuquelén, por muchos años llevó el estandarte menstrual de Mónica Briones como punto de partida por la justicia de sus demandas. Especialmente la Su, y también la Lily, mis viejas amigas militantes, extraviadas hoy en el calendario de los acontecimientos. De aquel grupo, sólo quedó el nombre araucano tizado en la memoria de un muro. Sólo quedó el recuerdo valeroso de aquellas amazonas, que intentaron dignificar su mundo raro en la intolerancia de este país.

Tal vez esta agrupación, doblemente segregada por ser mujeres y además lesbianas, no sólo recibió la agresión del patriarcado, también fueron expulsadas del feminismo de la Casa de la mujer La Morada, en aquellos años, cuando no convenía mezclar las cosas, y que se confundiera feminismo con lesbianismo. Ahora casi no importa, ya que las dos causas están igualmente estigmatizadas.

El amor sexuado entre mujeres es más reprimido en estos sistemas donde a veces lo gay hace de florero en la fiesta eufórica neoliberal, pero en fin, de aquellas amazonas de la Colectiva Ayuquelén casi no tengo noticias, solamente alguna viajera lesbiana me dice que divisó la cabellera flotante de la Su "yirando" sin prisa en algún mercado de Tailandia, o posando con una copa en la mano junto a la sirena de Copenhague; por ahí, por allá, irá libre la hermosa Su, donde su corazón divagante anide lésbico en el ala de otra mujer.

Bárbara Délano *(o "una perla de luna que naufragó con el sol")*

La noche de Valparaíso era una parranda rumorosa cuando encontré a la Bárbara esa última vez que me regaló el cielo iluminado de sus ojos. Estaba feliz, como si un carrusel de carnaval la girara por dentro en el bailongo del Cinzano que amenazaba lujuria, tango, bolero y la cumbia putinga asomando el ruedo del encaje porteño. Estaba contenta, como si un ramillete de luces la chispeara en la pista ebria de abrazos y encuentros con amigos que no veía hacía tanto tiempo. Porque ella era así, un pájaro nómade siempre dispuesto a levantar el vuelo de Chile a México, a Perú, a donde la viajara su inquieto corazón de poeta.

La Bárbara se había formado en la errancia del exilio, cuando junto a su familia tuvo que dejar este suelo. Y por años fue ejerciendo el oficio de poeta en los continuos cambios que sufría su vida de joven comunista. Formada en la Jota, su cabellera dorada resaltaba en los cuadros de camisas amaranto que vestían los muchachos del partido. Y la Bárbara era tan bella, una verdadera muñeca nacida para una corona, por eso fue elegida reina de las juventudes comunistas, cuando los chicos jotosos se daban tiempo para jugar en medio del apuro contingente de esos días.

Ella se había casado tan joven con el marxismo, y tan pendeja ofreció la diadema de su juventud a la causa del proletariado. Se saltó las páginas más frescas de su agitada existencia en reuniones, mítines, emergencias y discursos serios que prohibían los cosméticos en el partido, que prohibían la marihuana en el partido, que miraban con reprobación el rock en el partido. Y era una época difícil para ser joven militante, donde la libertad personal estaba al servicio de la panfleteada causa social. Acaso por eso, la Bárbara decidió casarse nuevamente, esta vez con un compañero de fila, su marido que la acompañó por varios años en su político y poético peregrinar. La pareja se veía tan unida a comienzos de los ochenta, en las peñas, en el Coordinador, en la Sociedad de Escritores, donde usábamos la chapa cultural para contagiar el desacato. Tal vez por esa imagen, cuando la encontré en Valparaíso en los noventa, le pregunté por su marido. Y ella echándose aire con una servilleta me dijo con soltura estoy libre. Por fin estoy libre. Y yo entendí en esas palabras que por fin la Bárbara había soltado sus amarras militantes y conyugales, y se disponía a recuperar las flores ajadas de su adolescencia. Todavía estoy bien, me dijo coqueta, al tiempo que sus ojos soñadores se vidriaban azules en el brindar de las copas. Y era cierto, aún era una chiquilla, quebrada, pero dispuesta siempre a los filos trasnochados del verbo amor. Esa noche en el Bar Cinzano, la Bárbara era sólo ojos y una soltura menguante la desmadejaba en la pista rumbera, donde se cimbreaba la proeza de esperar el amanecer en el humo ciego del puerto cachero.

Desde entonces la encontré una vez más en la Feria del Libro, y luego, tan pronto y de improviso, la noticia amarga de su partida en el vuelo sin retorno de Aero-Perú. Entre las víctimas de aquel accidente estaba nuestra Bárbara, venía de México, pero un devenir fatal le cambió el itinerario y la hizo detenerse en Lima. Y luego, cuando despegó el Boeing hacia Chile, ella pensó que en algunas horas la nube rancia de Santiago le daría la bienvenida, pero no fue así, porque el aparato se hundió en el Pacífico sepultando a todos los pasajeros en la profundidad de las aguas celestes.

Hasta hoy, el cuerpo de Bárbara no ha sido encontrado ni la mar mezquina lo ha devuelto, y es posible que navegue por los acantilados submarinos, buscando su perla lunera que en el vuelo de aquella tarde naufragó con el sol.

El cumpleaños del Ricacho Polvorín

Si tengo que decir algo, me lo contaron, lo supe por allá en los 80, en los mejores años de la mordaza milica. Cuando un magnate chileno sembraba dólares como flores con su negocio armamentista. Como una fábrica de chocolates explosivos, fabricaba balas, tanques, bazucas y bombas racimo sin ninguna moral, sin culpa, el ricacho polvorín era un viejo pascuero que proporcionaba los petardos y juguetes bélicos con que el régimen asustaba a los ciudadanos. Y le fue bien a este platudo de la guerra, tan bien, que pasó a formar parte del jetset carretela que armaron las revistas de moda en esos años de alcurnia fascista y rotaje apaleado.

El cuento lo agarré una de esas noches de pisco y conversa en el Circo Timoteo. Aquel Circo travesti del cual ya hablé anteriormente, pero nunca se agota mi enamorada admiración por sus personajes. En este caso es la Rosita Show, la bomba latina que se abanicaba de aplausos en las funciones nocturnas de la carpa piojenta. Con su mano en el cuello, como si acariciara un valioso collar, me dijo: en la semana, cuando no hay función, nos entretenemos jugando a las cartas en la carpa de la Vanessa. Nunca falta un traguito o alguna loca amiga que cae de visita. Y ahí estamos hasta el amanecer, dale con el chiste, la talla y el conchazo; cuando apareció un cabro chico diciendo que un caballero quería hablar conmigo, que me estaba esperando en un auto, en la calle. Y qué auto niña, casi me caigo de culo al ver el medio Mercedes con chofer buscando a esta princesa. Y yo en esa facha, pero igual me acerqué a la ventanilla del auto y les dije: ¿Ustedes buscan a Rosa Show? Yo soy, qué se les ofrece. Entonces los reconocí al tiro, era ese locutor de la tele que daba las noticias, andaba con otro, un cómico medio pelao que se rió y me dijo: pero usted no es la Rosita Show. Claro que sí. Lo que pasa es que ando de civil. Bueno, sucede que nosotros la queremos contratar para el cumpleaños de un amigo. Le pagamos 20 mil pesos y usted le canta cumpleaños feliz, le menea un poco el queque y eso es todo. ¿Y dónde queda esto? No se preocupe, la llevamos y la traemos cuando usted quiera. Y sin pensarlo dos ni tres veces les dije que bueno, porque uno anda a patas con el águila en el negocio del circo. Lo que sí, van a tener que esperarme una media hora para armar a la Rosa. Ningún problema, tenemos tiempo. En una hora estamos aquí. Y el auto salió soplao en una nube de tierra, y yo corrí a la carpa a maquillar, peinar y vestir a la Rosa. Cuando volvieron ya estaba lista. Se quedaron con la boca abierta los huevones. No lo podían creer. ¿Cómo estoy?, les pregunté mostrándoles el bikini de lentejuelas negras, los tacos, la boa de plumas, la peluca y un abrigo que me puse encima porque hacía frío. Diez puntos me dijo el cómico abriéndome la puerta del auto. Yo no tenía miedo porque eran personajes de la tele y en el camino me fueron explicando lo que tenía que hacer en la fiesta. El auto cruzó el centro, subió por Alameda, Providencia, Apoquindo, Las Condes y siguió subiendo. Por lo misteriosos me parecía estar en una película de gángsters porque el pelao jalaba un polvo blanco como loco, con el otro, el locutor. ¿Quiere un poquito para los nervios?, me dijeron. No, muchas gracias, les contesté tiritando, entumida en el abrigo. ¿Tiene frío? Ya vamos a llegar, allá se toma un traguito para que entre en calor. Cuando llegamos se abrió una reja como de cementerio y un guardia se asomó adentro del Mercedes y nos dio la pasá. Hasta ese momento yo no sabía dónde estaba, porque había árboles y más árboles que iban pasando mientras el auto seguía por el camino. Entonces oí la música y ví las luces, y me acordé del circo al ver esas carpas blancas y toda esa gente fina copeteándose y riéndose, tan feliz. Vamos a entrar por la cocina para que sea una sorpresa, me dijo en la oreja el

pelao y me metieron por un pasillo hasta una cocina que era enorme, como un salón de baile. ¿Cómo será el resto de la casa?, pensé entre los curados que me aplaudían cuando yo pasaba. De ahí me dejaron en una pieza y me trajeron whisky y una bandeja con tragos y canapés, jamones, quesos y pavos. Y a mí con lo que me gusta el pavo. Claro que estaba un poco desabrido, pero encontré un platillo con sal en polvo, y justo cuando le estaba echando entró el pelao y se puso a reír y me dijo que eso no era sal. Pero que no me preocupara, porque podían traerme los pavos que yo quisiera. Y me dejó sola en esa pieza donde me quedé escuchando la música y al locutor de la tele que anunció a una cantante, después al humorista y luego dijo que había un regalo sorpresa para el cumpleañero. Y me sacaron corriendo, sin el abrigo, por los pasillos alfombrados de la casa hasta donde estaba reunida toda la gente. "Aquí todos son famosos menos yo", le dije al pelao que me empujó al micrófono para que cantara el cumpleaños feliz. Pero no sé el nombre del festejado le dije. Se llama Carlos y es ése de terno azul. Pero no fue un buen dato porque casi todos andaban de temo azul, y ni supe a quién le dediqué la canción, y por eso los saludé uno por uno, y todos me decían cochinadas, y todos me daban agarrones, y todos me desarmaban la esponja de las tetas, y todos me metían la mano por ahí y la sacaban mirando pal lado, y todos andaban amasando re cufifos cuando me encuentro al pelao que andaba repartiendo su bandeja de sal. Y con ese frío, y con ese romadizo de mierda que me dio, atchís, que le estornudo encima y adiós a esa hueva blanca que todos chupaban por la nariz, a la chucha ese polvo que los tenía a todos tiesos y hablando babosos, habiendo tan buena música. Puta qué cagada, decían los famosos en cuatro patas, olfateando como perros el suelo.

Y parece que de ese talco no había más, porque casi me tiraron las veinte lucas super enojados, y me envolvieron los pavos, los jamones, los quesos y una botella de whisky. Y a empujones me subieron al auto que se vino hecho un peo por la Alameda, y luego por el centro hasta llegar a estos tierrales abajo, hasta el circo, donde la Rosita Show, ebria, de noche se ríe contando la aventura, diciéndole a las locas que coman y tomen no más, que el whisky es de primera, que los quesos son super finos y el pavo está rico rico, claro que le falta un poquito de sal.

Memorias del quiltraje urbano *(o "el corre que te pillo del tierral")*

Y se llaman Boby, Cholo, Terry, Duke, Rin-tín-tín-Campeón o Pichintún, y al escuchar su nombre, ladran, corren y saltan desaforados lengüeteando la mano cariñosa que les soba el lomo pulguiento de quiltros sin raza, de perros callejeros, nacidos a pesar del frío y la escarcha que entume su guarida de trapos y cartón. Y ya de cachorros, aprenden a menear la cola choca para ganarse el hueso descarnado, los restos de la porotada familiar, o el trozo de pan añejo, que mascan sonriendo, agradecidos de poder compartir la dieta obrera. Porque para ellos no existen esos alimentos químicos del mercado canino, esas galletas y cereales sintéticos que venden los mall, junto con collares, cadenas y cepillos especiales para perros de clase. Esas comidas para perros etiquetadas con nombre de caricatura gringa; los Dogo, Dogi, Dogat, Masterdog, Champion o Pedigree con forma de hueso comprimido y vitaminizado como si fuera comida para astronautas. Y vaya a saber el perro qué mierda está comiendo, si lo único que le queda claro es el tufo a pescado molido y la sed insaciable que los tiene todo el día con la lengua afuera.

Al parecer, la ciencia veterinaria por fin puso en marcha la sociología animal que educa y distribuye por status el mercado de las mascotas. Y este kárdex pulguero que existía desde los galgos egipcios de Cleopatra, dejó de ser un exotismo de la realeza, y pasó a formar parte del arribismo colectivo que invierte parte del presupuesto en la adquisición de un perro hecho a la medida. El complemento perruno de la escalada económica que aspiran los chilenos, entonces, raza, color y pelaje deben combinar con la alfombra y el tapiz de los muebles si es un perro de interior, por cierto un animalito fino y valioso, que se puede conseguir a precio de huevo, si es robado, en las ofertas del mercado persa. Ahora, si la propaganda de la seguridad ciudadana aconseja una fiera, doberman para el jardín, un lustroso guardia para las casitas de villas o condominios, adiestrados «sólo como perros», para mostrarle los dientes y destripar a los malvestidos que se acercan a la reja. Así, lo más cercano al esencialismo del adjetivo «perro», es el doberman mocho, de cola y orejas cortadas, cercenadas cruelmente para aumentar su imagen de ferocidad, o los ovejeros alemanes, más conocidos como perros policiales, preparados como pacos para perseguir y morder sospechosos.

Tal vez, la dualidad amo y perro es el espejo perverso donde el animal duplica mañas y modales. Como esos quiltros pitucos, los galgos afganos, los cocker spaniel, o lo poodles que los bañan, peinan y perfuman en peluquerías especiales para ellos. Y cuando salen de allí, ridiculamente recortados, afirulados como ikebanas con moños y rosas de cintas, con la nariz bien parada sin mirar a nadie, igual que las viejas cuicas que los adoran y gastan fortunas en veterinario, bálsamos y manicure para la Fify, el Chofy, la Luly, el Puchy, el Pompy, animales con heráldica que no juegan ni ladran, y parecen estatuas, educados como adorno en la decoración del riquerío. Son las mascotas de sangre azul, que miran sobre el hombro al perraje suelto que vaga por las calles, los otros, los quiltros sin ley que hacen suya la ciudad en el patiperreo de la sobrevivencia. Perros que hurguetean la basura y comen lo que encuentran, adaptándose fácilmente al calor humilde del ranchal obrero. Porque la pobreza y los perros son inseparables; entre más pobres hay más perros. Como si en la precariedad siempre hubiera un rincón donde amparar otro quiltro. Uno más, como el Moisés que llegó cojeando, medio pelado de arestín y con la oreja ensangrentada por alguna mocha canina. Llegó así, patuleco de hambre y con esos ojazos de huacha soledad. Y al mes parecía otro, sanado y alimentado por la generosidad de una mano amiga. Le pusieron Moisés por sobreviviente, y a puras sobras de comida recuperó el pelo y su ladrido infantil de peluche juguetón. En poco tiempo el Moisés se había integrado a la patota perruna del campamento, y corría libre con los cabros chicos alborotando el corre que te pillo del tierral. Perseguía a las micros ladrándole a las ruedas, hasta que un violento rechinar apagó para siempre el bullicio de su fiesta. Y allí quedó patas pa arriba en la cuneta, hasta que los niños lo enterraron en un hoyo cercano al basural. Quién sabe por qué los pobres lloran a sus perros con esa amargura, como si sus Bobys, Terrys, Mononas, Pirulines y Cholas, fueran una parte única de la familia, y ningún otro perro que llegue podrá reemplazar la memoria optimista de sus gracias. Nadie sabe por qué queda un vacío en el coro de perros que siguen ladrando en la noche santiaguina, cuando la ciudad duerme y cantan tristes los aullidos de su quiltraje funeral.

Flores plebeyas (o "el entierrado verdor del jardín proleta")

Entre piedras, gangochos y basuras, las plantas pobres resisten la impiedad del territorio suburbano que empalidece su aridez de paisaje desolado. Por allí, por las torres, por la cancha de fútbol, por Carrascal, Pudahuel o La Victoria, la vegetación escasa es apenas algunas manchas de polen plebeyo que pintonea el jardín popular, la reja de tablas coronada por los fieles cardenales, esas plantas carne de perro que alumbran de colores la rancha mal hecha, las barandas de los bloques tiritones, donde cuelgan tarros, bacinicas y ollas rebalsantes de rayitos de sol, la enredadera carnosa que las vecinas se reparten en patillas y ganchos de ramas, multiplicando el fulgor de sus brotes.

Así, los tierrales desérticos que rodean Santiago parecieran alérgicos a la fiebre ecológica y a su propaganda de naturaleza fértil y bosque feliz. Difícilmente sobreviven los yuyos, las chinitas o los mantos de Eva en el eriazo polvoriento. A pesar que los alcaldes instalan plazas y siembran árboles durante su campaña a la reelección, la poblada arrasa con la botánica ordenada del jardín municipal, los cabros chicos quiebran los endebles arbustos, los volados se mean en las ligustrinas y las viejas terminar <e secar el verde de la plaza pública tirando lavaza mugrienta en los maltratados ciruelos que nunca verán flor. Solamente resisten esta fobia a lo natural, algunas plantas espinudas que se agarran de las piedras salvajes y hostiles, extrayendo la gota húmeda de alguna cañería rota, o del canal hediondo que pasa cerca. Aun así, hay manos de mujeres sencillas que insisten con transplantar el aromo para que la pelota de la pichanga callejera no lo destruya. Señoras a las que todo les florece al encanto de sus dedos hacedores de almácigos y huertas caseras donde chispea el ají verde y el tomate oloroso. Apenas un cuadrado de tierra para sembrar el paico, la menta, el toronjil y también la matita de ruda a la entrada de la puerta, para que «salga el mal y entre el bien, como entró Jesús a Jerusalén».

Tal vez, este paisaje callampa, poco generoso con la vegetación, contrasta con los parques y arboledas que refrescan el barrio alto de la capital, donde los jardineros cuidan los heliotropos, las camelias y magnolias que decoran con clase el vergel húmedo de las terrazas y pérgolas en que se enreda orgullosa la flor de la pluma, donde campanea fragante el jazmín del cabo, y toda la gama de flores finas cultivadas con abonos y tierras especiales para verdear la jungla tropical del condominio privado.

Pero este cuidado invernadero que divide la ciudad en metros de pasto recortado y callejones de tierra seca, pareciera un prado de hojas plásticas y ramas sintéticas, demasiado cuidado, demasiado fumigado por la mano burguesa que encarcela y educa sus bellas flores tristes. Flores que nacieron para competir con la azalea del jardín vecino. Flores obligadas a ser bellas y orgullo del palacete donde crecen y se multiplican con el permiso del jardinero. En cambio, las otras, las que crecen porque sí en el piedral inhóspito de la pobla, plantuchas que parecen reptiles agarradas al polvo, ramas que trepan por los andamios de la pobreza, para producir el milagro que acuarela de color el horizonte blanco y negro del margen, con sus porfiadas flores de fango.

Relamido Frenesí

Se despertó el bien y el mal,
la zorra pobre al portal,
la zorra rica al rosal,
y el avaro a las divisas
(Canta J. Manuel Serrat)

La comuna de Lavín *(o "el pueblito se llamaba Los Condes")*

Como un merengue enrejado, Las Condes es la comuna que da el ejemplo de un vivir pirulo, económicamente relax, modelo de organización y virtud con sus jardincitos recortados y sus veredas limpias donde pasean el ocio los habitantes de este sector de Santiago, el vergel clasista dirigido por su alcalde que lleva el pandero en la organización feudal del condominio chileno.

Así, desde "el pueblito llamado Las Condes, que está junto a los cerros y lo baña un estero", la postal musical que hizo famosa Chito Faró, la canción turística que mostraba una capital de tonadas y gente sencilla, poco queda que comparar con la actual comuna de Las Condes. El emperifollado Barrio Alto, sembrado de torres y experimentos arquitectónicos, edificios cuadrados y piramidales, como maquetas de espejos para saciar la imagen narcisa y garantizada del Chile actual.

Entonces este idilio de comuna, donde todo el mundo es feliz, recuerda un lindo país de cuentos, tal vez el reino de Oz donde el mago es su alcalde, un derechista con sonrisa eucarística que hizo la primera comunión en el Opus Dei. Un alcalde con cara de hostia, el colmo de santurrón, el colmo de buena gente, preocupado de regular el canto de los pájaros para que no molesten la modorra ensiestada de los ricos que apoyaron su candidatura, los vecinos pitucos que besan las manos al edil por la lluvia milagrosa que hizo caer solamente en Las Condes, para limpiar el cielo, cuando Santiago era un pantano espeso de smog, por allá en el invierno seco que mató tanta guagua pobre con su aire irrespirable. Entonces Don Lavín, con su optimismo de boy scout de plaza, se asomó a la ventana y cayó en depresión porque la nube rancia del smog no lo dejaba ver la escenografía Walt Disney de su gloriosa comuna. Hay que hacer algo, le dijo a su secretaria preocupada en retocarse la sonrisa que, por orden del jefe, todos llevaban en la municipalidad. Es el colmo que esta cochinada de aire ensucie hasta la cara del Señor. Porque el cielo es el rostro de Dios, le repitió Don Lavín a su secretaria que lo miraba con la boca abierta como quien contempla una santa aparición. Por supuesto Señor Alcalde, pero la solución está en su mano, ya que usted habla con Dios por teléfono le puede pedir una lluvia con detergente. Cómo se le ocurre que voy a molestar a Dios por una lluvia, para eso está el dinero que en esta comuna sobra. Todo se puede comprar con plata, hasta una simple lluvia. No faltaba más. Comuníqueme rápido con mis amigos de la Fuerza Aérea para pedirles que nos bombardeen el cielo con lluvia deshidratada.

Y así los vecinos de Las Condes vieron caer la lluvia por metro cuadrado que les regaló su alcalde, la vieron caer con los ojos húmedos, como un maná para el pueblo elegido, y reiteraron su apoyo a la gestión edilicia que en las siguientes elecciones se tradujo en la votación más alta de la historia. Pero no fue sólo por eso que lo reeligieron con honores y retretas de triunfo, también por la organización del tránsito que le puso semáforos hasta a los coches de guaguas, también por la seguridad antidelictual que les puso alarmas a las flores de los jardines. Por contar en la comuna con un paco por habitante, por las misas de matiné, vermut y noche realizadas en colegios, parques y supermercados para agradecer al altísimo el poder vivir en este cielo de comuna. Lo volvieron a elegir porque sólo los ricos se merecen tener un santo de alcalde, un hombre tan bueno que perfectamente podría ser el próximo Papa, declaró un general que lo conocía de niño. Además por la gran fiesta que preparó para el año nuevo, los miles de fuegos artificiales que encendieron el cielo comunal como una gran noche de gala para la nobleza.

Así, la fruncida comuna de Las Condes es una reina rubia que mira por sobre el hombro a otras comunas piojosas de Santiago, la estirada y palo grueso comuna de Las Condes, prima hermana de Providencia y compañera de curso en las monjas con Vitacura y La Dehesa, marca un alto rating en el firulí del status urbano. Es el ejemplo de un sistema económico que se pasa por el ano la justicia social, es la evidencia vergonzosa de un nuevo feudalismo de castillos, condominios y poblaciones humildes que hierven de faltas y miserias, de habitantes tristes y habitantes frivolos y cómodos que lucen el esplendor de sus perlas cultivadas por el exceso neoliberal.

Un país de récords *(o "el mojón más largo del mundo")*

Así había que demostrar el milagro económico chileno en las veinte mil piruetas del Libro Guinness, el despertar de un país que se levanta con orgullo de garrapata triunfal que dejó atrás al tercer mundo. Una fonda del extremo sur que renovó su escabeche tricolor por el pollo Roast Beaf y las hamburguesas sintéticas de los mall, pub, shopping, donde se remata el hambre consumista. Una hilacha de país que mira sobre el hombro a sus vecinos pobres. La Meca Dólar del continente que habla de tú a tú con el Mercado Común Europeo. El ejemplo de prosperidad para los indios piojosos de Latinoamérica; aquellos peruanos, bolivianos, paraguayos, que aún no conocen a la Claudia Schiffer, que nunca podrán competir en el libro Guinness como lo hace Chile, demostrándole al mundo que aquí sobra la comida. Por eso se hizo el completo más largo que medía veinte kilómetros de tula alemana por la carretera. Casi de mar a cordillera, el Hot-Dog gigante dividió al país entre chucrut y ketchup. Y se necesitaron tantos huevos para la mayonesa, que se llevaron camionadas de gallinas a Investigaciones donde las picanearon con electricidad para que pusieran más rápido. Y para qué hablar de la vienesa, esa tripa que salía y salía de una máquina como intestino interminable. Después, se vendió por metros esa porquería hecha a la rápida, y la cagada diarrea fue tan grande, que Chile se hubiera ganado otra medalla en el Libro Guinness, pero por desgracia no tenía esa churreteada especialidad.

Así, en el fragor de esta fiebre competitiva por querer ser el mejor, el primero, la marca más alta de la carrera a la fama, cada ciudad, cada pueblucho perdido entre cerranías y lontananzas, se organizó para elaborar el producto más espectacular que dejara chica la tontera gringa. En Chiloé, se juntaron mariscos por toneladas para cocer un histórico curanto, el plato típico de la zona. Y fueron miles de choros zapatos, machas, almejas, piures, erizos y chapaleles que un ejército de viejas preparó con enjundia sureña, agregándole a escondidas un chorro de meados para el condimento. Total ellas no lo iban a comer, porque el alcalde llegó a cucharear con un montón de concejales, jefes de bomberos, árbitros deportivos y cuanta autoridad rural que se lamia los bigotes con el "buqué" orinado de ese Mar Muerto. Y cuando se fueron, después de recitar discursos y oratorias entonadas por el chacolí y la promesa de entregar las platas recaudadas a una causa benéfica, quedó un conchai pudriéndose como testimonio de la gran hazaña.

Para no ser menos, otra aldea famosa por los dulces empolvados, se inscribió con un alfajor monumental donde se ocupó todo el azúcar que necesita una población para endulzar su desayuno por un mes. Todo sea por no quedar chicos frente a tanto récord extranjero del canapé ciclópeo o del wantán espectacular. Por eso vamos amasando, vamos juntando carne molida y aceitunas y pasas para anotarnos el poroto de una empanada tan

grande como una casa, donde se podían meter tres vacas adentro. Lo difícil fue cocinarla, porque cada vez que se intentaba levantar esa bolsa, la masa se rajaba y caían chorros de pino al suelo, que se recogían con palas, barro y piedras que se volvían a echar dentro para intentarla cerrar. Al final, luego de tanto accidente, después que el orfeón municipal entonara el himno nacional, se izaran las banderas, y los camarógrafos inundaran de reflectores el escenario de esa apoteósica presentación, vino la grande, la reina madre de todas las empanadas salió del horno orgullosamente dorada. Y entre los aplausos y lágrimas de emoción que regaron el suelo patrio, vino la repartija de ese manjar a las autoridades y parlamentarios que habían sido invitados junto a toda su familia. Aquel fue un día memorable, solamente estropeado por el desmayo de la esposa de un concejal UDI, cuando encontró el collar de su perro en el trozo de empanada que cariñosamente le sirvieron los lugareños.

De norte a sur, estas kermesses de la gula y la prepotencia, han exagerado gastos, mano de obra y producción, por adelantar al pueblo vecino y entrar a la famosa biblia del cronómetro y la carrera finisecular. No se miden costos ni esfuerzos, tampoco la crueldad de hacer recular a un toro tres kilómetros, estableciendo otro récord, porque estos animales no retroceden, sólo avanzan, al igual que el triste puma chileno. También en el norte, auspiciado por una conocida marca del alcoholes, se batieron litros y litros de pisco sour como para emborrachar la decadencia del Imperio Romano. Fue un container de limones que se estrujó con babas, transpiración, y más de algún gargajo que por descuido cayó en la espumante batea.

Para justificar los aires fanfarrones de estas competencias, se dice que la venta del producto va en ayuda de la Teletón, algún hogar de huérfanos, algún asilo de ancianos, que reciben las cuatro chauchas de esta limosna publicitaria. Todo se ha vendido, trozado, repartido y consumido por el apetito grosero que proclama su eructo populista de amor a la patria. Más bien casi todo, menos el colosal chaleco que tejieron las mujeres de La Ligua, como irónico aporte a los excesos del fanfarroneo económico. Un chaleco imposible de llenar con el cuerpo desnutrido del flaco Chile. Un chaleco tan enormemente inútil como vacío, quedó colgado en la torre de la iglesia como un estandarte de lana que se burla de nuestra entumida nacionalidad.

I love you Mac Donald *(o "el encanto de la comida chatarra")*

Y no hace tanto que estas cocinerías de la gula yanqui se instalaron en la ansiedad del mastique chileno. No hace mucho, pero prendieron como pólvora inundando la ciudad con sus luces, neones, slogans, olores y fritangas gringas que atraen a la masa urbana con el aroma plástico de la comilona chatarra.

Desde fines de los setenta, cuando se instaló en Santiago la cadena Burguer Inn, la colonización del causeo con ketchup perfuma los paseos peatonales alterando el metabolismo nacional, acostumbrado al cocimiento caldúo de la porotada tricolor. Porque la dieta nutritiva y costumbrista de cada territorio, tal vez interviene en el desarrollo de las razas. Quizás acentúa sus diferencias, dependiendo la cantidad de carne, verduras o cereales que se consuman. Entonces, cada pueblo refuerza una identidad culinaria para conservar sus rasgos físicos, síquicos y sociales según las proteínas animales, marinas o vegetales que su tradición aliña en el ritual de la cocina. Así, un saber popular seduce y congrega a la

mesa familiar con la herencia de las recetas. El traspaso del charquicán, la carbonada, o el caldillo que preparaba la abuela, lo aprende la madre quien se lo enseña a la hija y ésta a la nieta. Pero hasta ahí no más llega, porque a la bisnieta de tres años, le fascinan las hamburguesas del Mac Donald. Y cada vez que la familia sale al centro, a pajarear la tarde de domingo en el Paseo Ahumada, el pataleo de la cabra chica frente al local ha transformado en una costumbre obligada el consumo de la "cajita feliz" que humea de hamburguesas, papas fritas y el balón de Coca Cola para eructar la grasa rancia del tufo importado. Y pareciera inevitable caer en el hechizo de esos platos que ofrecen las fotografías luminosas, alertando las tripas y los jugos gástricos de la tribu pioja, que no puede regresar a la pobla sin pasar al Mac Donald a zamparse el Mac Combo uno, dos, tres o la "cajita feliz" que, más mil quinientos pesos, da derecho a un reloj con dinosaurio. Aquí, al interior de este boliche empaquetado de acrílico, todo respira y transpira una mantecosa felicidad. Como si el hambre fuera la excusa para ser atrapado en la cadena de los placeres desechables, las chucherías plásticas que reparten según el negocio del cine Walt Disney; que la Bella y la Bestia, que Anastasia, que la Barbie voladora, todo un mugrerío de muñecos y juguetes para engatusar la fiebre consumista del buche Mac Donald. El limpio autoservicio, donde un payaso con peluca colorada ofrece la comida al paso que preparan los chicos del mesón, los empleados jóvenes que contrata la cadena sin garantizarles la estadía laboral. "Si hay clientes, hay trabajo", les repite diariamente el encargado jefe. "Y si ustedes hacen méritos, si compiten por ser el mejor, la empresa los condecora con la chapa de "I love you Mac Donald". Y a fin de año, si juntan puntaje, los mejores viajan a Miami para conocer la hamburguesa reina de los grandes locales. Entonces, en esta escuela de la competencia funcional, los cabros aprenden la traición, cuando acusan al compañero de robarse la mostaza, o lo delatan por no usar ese ridículo sombrero que obliga la empresa. Cuando se transforman en peones sumisos de una multinacional que arrasa con las costumbres folclóricas de este suelo. Una maquinaria del engorde fofo y la manteca diet que droga a las multitudes, la distraída masa que se deja enamorar por el estómago, con la hediondez del plástico.

El barrio Bellavista

Sin más ni más, en la noche hueca del sopor santiaguino, de vuelta y vuelta por las calles remozadas de Bellavista, el barrio cultural, el caserío semiturístico, semilumpen, semiartístico que inauguró la democracia entre el cerro y la Alameda, a un costado de Plaza Italia, justo en el vértice que divide la ciudad entre los de arriba y los de abajo. Casi una zona de reconciliación social disfrazada de bohemia parisina que congrega a picantes y pitucos los fines de semana. Mangas de jóvenes que vienen al reventón del Bella, la fiesta cuneta de Pío Nono, la feria principal donde los artesanos instalan su culebra mercante que trafica imágenes de Violeta Parra en lana, de Pablo Neruda en cuero, de Salvador Allende en cobre, del Che Guevara en pañuelos y poleras, como si la historia corriera más rápido panfleteada en otros materiales, la historia sin asunto, sin referente en el collage gitano y artesa. La historia traspapelada, confundida entre una cuna de mimbre y el brazalete con clavos de un punga-punkie. Todo junto, todo confundido y disperso al ritmo disco que pestañea en la cabeza de los pendejos que buscan desesperadamente la disco para zangolotear su caprichosa urgencia.

Así, el barrio Bellavista se ha hecho memoria a costa de propaganda y consumo, aunque antes de la avalancha comercial de cafés, pubs, restoranes, bares y bailongos, este lugar ya tenía olores de puerto, rugidos de zoológico, picadas y clandestinos donde bigoteaban el pipeño los intelectuales del sesenta. Ya existía el Venecia en el corazón del Bella, donde llegaban poetas famosos atraídos por su amable languidez parroquiana. Tal vez el único sitio que permanece medianamente como era, el único restorante que no transó con el artificio plástico de las shoperías y barcitos decorados con buen gusto, amueblados con esas mesas de tren, absolutamente incómodas y apretadas para que uno consuma rápido y se vaya luego. El Venecia ya es tradición en el Bella con su comida local y sus vinos con frutas que refrescan las acaloradas tardes de enero. Por ahí transitan los viejos vecinos que se quedaron en Bellavista, resistiendo la ocupación de sus tranquilas veredas por el circo underground y su teatro callejero. Se quedaron en sus casonas viejas, a pesar de los millones que les ofrecieron para venderlas y poner restorantes de corruda internacional. Permanecieron fieles a la sombra del cerro mirando cómo el barrio cambiaba; donde vivía la señora Rosita pusieron comida italiana, al lado del maestro gásfiter una salsoteca y, casi en la esquina, un local con juegos de video.

Varias décadas han pasado por el barrio alterando su cotidiano paisaje, pero sólo en los noventa las casas añejas fueron tomando su actual colorido. Talleres de pintores, academias de teatro y salas de espectáculos pintaron de tornasol la decadencia del muro de adobe. Y por poco el sombrío Bella se confunde con el barrio La Boca o San Telmo de Buenos Aires. Entrecerrando los ojos podría ser el Soho de Nueva York o Montmartre de París. Pero al abrirlos sobre la humareda de sopaipillas y chucherías japonesas y esa música cascarrienta que endulza el aire de Pío Nono, nuestro Bellavista tiene más que ver con la terraza de Cartagena, con esa aglomeración de pueblo que chancletea en las ferias artesanales gastándose las escasas chauchas del presupuesto familiar, en golosinas y chucherías brillosas, que alegran un poco el paisaje postizo de la tímida recreación nacional.

Viña del Mar *(o "un jardín en huelga de aburrimiento")*

Hay ciudades que son paréntesis en la desmembrada costa social del paisaje chileno. Lugares que se apellidan de ciudad sólo por tener la concurrencia veraniega que llena sus pubs, discoteques, paseos, hoteles y callecitas recortadas por la foto turista. Balnearios donde anidó la nata cursi del novecientos, la crema fragante de lirios, peonías y quintas de reposo donde se doraba la guata floja el pituquerío nacional. Los Vergara, los Echaurren, los Concha Cazzote, los rucios colorados de etiqueta que pasaban medio año en Europa y unos meses en la Viña del Mar de sus amores. Casi Punta del Este, casi Biarritz, casi Acapulco, a no ser por el charchazo helado del Pacífico, siempre violento, siempre recordándoles que estaban en una lombriz de país sudamericano con cierto aire europeo.

Y cuesta un poco ubicar a los viñamarinos clásicos en el zoo local, Cuesta entender su chouvinismo de provincia, donde el reloj florido de Caleta Abarca es la insignia ordinaria que marca la hora del té en el Samoiedo. La hora del típico paseíto de los hijos de marinos con sus pololas lánguidas por la calle Valparaíso. El boulevard viñamarinense siempre concurrido, siempre chismoso en el cotorreo jaibón de las viejas con perros y empleadas de uniforme almidonado llevándoles los paquetes. Las señoras viñamarisinas, de

pelo lila, comentando: te fijaste Lucrecia en la cirugía estética hecha bolsa de la Perla. Poco le duró el dineral que le pagó a Pitanguy. Mejor se hubiera quedado con el saco de arrugas. Da tanta pena verla, que mejor hacerse como que uno no la ha visto. Mejor seguir recorriendo las riendas de Viña que nada tienen que envidiarle a las boutiques de Providencia, tan grasientas de smog.

Desde Santiago, este balneario con clase y tradición sólo existe en plenitud en la época del festival en la Quinta Vergara. Pero entonces, los finos viñamaricuicos abandonan sus paseos atestados de rotaje y fans pelientas que aullan frente al Hotel O'Higgins por un autógrafo. Ellos emigran a Cachagua o a los lagos del sur, hasta que pase la ava lancha plebeya y festivalera. Sólo regresan en marzo, para matricular a los niños en los Padres Franceses, y retomar la plácida modorra de sus vidas con olor a Flaño y café cortado. En realidad, el tiempo en la ciudad jardín nunca pasa, porque en ese invernadero marino nunca pasa nada. Nunca cruzó la historia por el ocio de sus avenidas. Jamás hubo protestas ni trifulcas en la dictadura, nunca hay manifestaciones, ni tomas de colegios, ni huelgas, ni paros, porque allí siempre todo está en huelga de aburrimiento, como detenido, como esperando ser fotografiado en el remojo burgués del recuerdo turista.

Por Viña no pasó la historia del 73, porque quizás el golpe de Estado se planificó en alguna de sus terrazas con vista al mar, como lo muestra la película «Missing» de Costa Gavras. De ahí que todos sus antiguos moradores se conocen, y sus hijos hombres siguen la ruta de Prat, aporreándose las güevas en los ejercicios instructivos de la Escuela Naval. Por eso en toda familia viñamarisina de respeto, hay un almirante (venga el bu...), un capitán de fragata, un patrono milico que inyecta la jerarquía facha en sus descendientes. Y si por ahí alguno le sale descarriado, lo meten en la Escuela de Arquitectura de Valparaíso, el templo esotérico que experimentó la estética del ranchal patrio en los andamios de Ritoque, vecino de aquel campo de concentración.

Es posible decir que Viña es una ciudad jardín sembrada por la derecha, y su rancia parentela conserva un tramado social fundado en la moral y la tradición difícil de encontrar en el resto del país, con excepción de La Serena. No es casual entonces que el último Encuentro Nazi del Continente se realizara en el Palacio Rioja. Tampoco es sorpresa que existan grupos cultores del Tercer Reich bajo la tibia sombra de sus parques. Pero esta Viña del Mar que retrata esta crónica, es sólo una parte, quizás el centro cercano a la hediondez del estero que cada año se desborda y adorna de mojones las alfombras y petunias de Avenida Libertad. Tal vez más alejado, bordeando la periferia de los cerros, un cordón humilde rodea las mansiones y da cuenta de otra parte de la ciudad, más desconocida y sin la altanera techumbre que sombrerea los palacetes. Pero eso no es Viña, le escuché decir a una chica dorada en la playa Casino, enredándose el chicle en su dedo fino, con la baba clasista de su orgullo viñamarino.

El test antidoping *(o "vivir con un submarino policial en la sangre")*

Será que para el Estado los ciudadanos siempre seremos cabros chicos, a quienes se les revisan las uñas, el pelo y las orejas por si encuentran una mugrecita, un rastro de farra, una colilla de pitos, o un simple tufo a alcohol para echar a andar su maquinaria represora. El pulpo de mil ojos que implemento la democracia como custodio de la libertad.

Tal vez, aún no se evaporan los sistemas opresivos que enfermaron de paranoia a este país y por lo mismo, los alcaldes andan poniendo cámaras de vigilancia a la pesca de algún desliz, al cateo de alguna subversión, para justificar los mil ojos fumadores que sapean la aburrida vida de los chilenos. Así, nos fuimos acostumbrando a los guardias de seguridad hasta en los baños, contestamos educadamente las encuestas preguntonas que indagan sobre qué comimos ayer y de qué color era el condón que usamos, por quién vamos a votar y si preferimos la cuidadosa programación del Canal Nacional o el zaping con Diazepán para soñar en colores. Día a día, los sistemas de vigilancia agudizan su microscopio acusete, acostumbrándonos a vivir en un zoológico alambrado de precauciones, para proteger el tránsito sin emoción de la lata nacional.

Es posible que muchos se sientan cómodos en la castidad fichada de estos sistemas. Quizás, les acomoda el paisaje enrejado de sus condominios, la música chillona de las alarmas y el trato indiferente de los porteros automáticos. Tal vez, siempre fueron niños protegidos por nanas e institutrices que reemplazaron al paco de turno. En fin, los ricos siempre tuvieron cajas de seguridad, rejas y candados para proteger sus alhajas y títulos de dominio. Pero y los otros, los picantes arribistas que no quieren llamarse pobres, que le ponen alarma hasta a las bicicletas. Los pobladores que envuelven de rejas sus pobres pasajes remedando los condominios del riquerío. Como si el televisor de 23 pulgadas y el mini-compact, que todavía no se paga, valieran la pena de vivir enjaulados transformando el cotidiano pasaje en una galena de cárcel. Principalmente cuando este segmento social es el más sospechoso, la piel morena más perseguida, esa timidez de poblador que no se disimula con un jean Levis. Esa inestabilidad social del crédito que obliga a ponerse corbata y buscar trabajo, enfrentarse continuamente con la ficha social de los busca pegas. Los jóvenes de terno que madrugan para hacer la cola frente a esas oficinas que ofrecen empleo en el diario: Y cuando todo está bien, cuando la secretaria le dijo que el puesto era suyo, cuando le aseguró que el currículo había sido aceptado por la gerencia, cuando le repitió que todos sus papeles de estudio, honorabilidad y antecedentes cumplían los requisitos; después que el gerente en persona, un rubio un poco mayor que él, le dio la mano y lo miró con aprobación de arriba abajo, justo ahí, aparece la sorpresa; la secretaria con el lápiz en la boca diciendo que lo único faltante es el test antidrogas y el test del sida para que se haga cargo del puesto. Y ahí mismo se evaporan todas la ilusiones de trabajo, porque hace unos meses él estaba en un reventón de deprimido que de seguro va a salir a todo cinerama en el examen del pelo. Porque ese análisis es como una radiografía al pasado, y vaya a saber uno qué le sale o qué le inventan.

Así, nuevas disposiciones laborales exigen el humillante test antidrogas. Como si no bastaran los sistemas de control montados para inhibir la pasión urbana, ahora introducen en la sangre la araña intrusa del empadronamiento. El ojo voraz que persigue linfocitos drogos o células ebrias de carrete para satisfacer la alba moral de la patria democrática. La caza de brujas reguladora, que apunta con su uña sucia la tímida matita de mariguana. La inocente yerba del volado que amortigua la pena y hace más soportable la misa feudal de la moralina chilena.

La ciudad con terno nuevo *(o "un extraño en el paraíso")*

Como si de un paraguazo nos hubieran borrado el recuerdo, andamos por ahí, deambulando en un paisaje extraño, tratando de recuperar la ciudad perdida donde crecimos. La ciudad amada y odiada en sus rasmillones de clase. La ciudad puta *y* santa, desguañangada en sus tiritones de arrabal huachuchero. La ciudad conflicto y cementada contradicción que nos enseñó el duro oficio de creernos habitantes de sus calles resecas de smog y cansancio.

Así, todavía andamos por este mapa tratando de recuperar los rincones, las esquinas, los barrios Franklin, Matta, Independencia, Gran Avenida, Estación Central, Mapocho o Vivaceta. Cuadras antiguas, pero grises en su media suela social, sin la importancia histórica que las hubiera salvado de la demolición. Barrios familiares, cercanos al centro, cruzados por cités, conventillos, almacenes y veredas quebradas, donde las vecinas y gatos esperaban la tarde despulgándose al sol. Barrios como de provincia, enmohecidos por el yodo del orín en sus murallones de adobe. Cuadras largas con veredas sin jardín, casas planas, todas iguales, todas de fachadas altas y alineadas en la simpleza de otra urbe menos pretenciosa, pero condenada a la desaparición por no ostentar los joropos estéticos de la arquitectura clásica que protege los barrios pudientes. Ese otro Santiago clasista, recuperado, remozado y afirulado por los urbanistas municipales que preservan solamente la memoria aristócrata. Para que el turismo vea esos palacetes sin alma y piense que no siempre fuimos pobres, que alguna vez Santiago se pareció a Europa, a París, a Inglaterra en esas cáscaras barrocas, llenas de ratones, que las cuidan y pintan como porcelanas chinas, porque allí anidó la crem del 900. El resto, no tiene importancia, no hay estilo que justifique su conservación. Por eso la arquitectura moderna arrasa sin piedad con la memoria de los pobres. Con su monstruosa maquinaria demoledora, hace polvo el perfil evocado de la cuadra, la casa con corredor y su mampara, la pieza de alquiler y su colectiva promiscuidad, donde a pesar de la estrechez, madres solteras, hijastros, padrastros, tías, madrinas, abuelas y sobrinos allegados, amancebaron la leva conviviente bajo la luz cagada por moscas de una parda ampolleta. Ahí, a pesar de la difícil convivencia, los vecinos celebraban sus ritos festivos del casorio, el santo, el cumpleaños o el bautizo, para después agarrarse de las mechas, gritándose la vida en el embriagado amanecer.

Tal vez, este travestismo urbanero que desecha la ciudad ajada como desperdicio, pretende pavimentar la memoria con plástico y acrílico para sumirnos en una ciudad sin pasado, eternamente joven y siempre al instante. Una ciudad donde sus peatones se sienten caminando en Marte, perdidos en el laberinto de espejos y metales que levanta triunfal el encatrado económico. Aunque a veces, en la orfandad de esos paseos por Santiago actual, nos cruza fugaz un olor, un aire cercano, un confitado dulzor. Y nos quedamos allí, quietos, sin respirar, como drogados tratando de no dejar escapar ese momento, reteniendo a la fuerza la sensación de un espacio conocido. Tal vez, los restos de un muro, el marco de una puerta tambaleándose a punto de caer. Quizás, el sabor del aire que tenía una cuadra donde quisimos quedarnos para siempre, agarrados al árbol en que escuchamos por primera vez un te quiero. Donde, otra vez, nos quedamos esperando a ese compañero que nunca llegó a la cita, o al contacto para sacarlo del país, esos años de gasa negra. Nos quedamos por un momento en silencio, atrapados en la fragilidad cristalizada del instante. Como sumergidos bajo una campana de vidrio, raptados por otra ciudad. Una ciudad lejana, perdida para

siempre, cuando al pasar ese minuto, el estruendo del tráfico la desbarata, como un castillo de naipes, al cambiar el semáforo.

El Festival de Viña

De año en año, febrero, Viña y Chile son el Festival, el evento de música popular que reemplaza los carnavales que por estas fechas se dan en otros suelos de América Latina. Y debe ser porque este país, más blancucho y menos zandunguero, eligió la competencia comercial de la música para alegrar formalmente su descolorido verano. Sobre todo si este sencillo espectáculo se transformó en un megaevento donde viene a probar suerte la cabrería cantora del cono sur, los anónimos baladistas que llegan hipnotizados con el éxito monetario nacional, y esperan vivir el resto del año con las ganancias de su participación en el show. Si es que el monstruo les da la pasa. ¿Pero qué es el monstruo, qué es esa congregación de gente que más que las votaciones políticas levanta o destroza artistas según su estado de ánimo, según la propaganda de promoción que le arma el tráfico de la tele, las revistas de la tele, las copuchas de la tele, y toda esa faramalla mentirosa que cree manejar la opinión pública del país? Pero nada es tan simple, porque el público festivalero sabe que en cualquier momento del espectáculo puede ejercer su incontrolable desenfado, sobre todo la galería encaramada en el cerro. Por eso año a año se necesitan más pacos para mantener a raya a la manga revoltosa que pifia sin miedo lo que no le gusta, el bochinche popular que aplaude, baila y corea lo que ama. Entonces, la opinión gritona de esta barra es un cómputo en vivo y en directo de lo que es Chile, de sus afectos sentimentales o sus rencores que hacen sudar al animador, el inolvidable canoso que junio al director de orquesta se quedaron piola, haciéndose !os lesos después que llego la democracia. Quizás estos personajes son los únicos que recuerdan otros festivales más reaccionarios, donde los cantantes que amaban el perfume de los bototos eran los únicos invitados,, los favoritos del régimen, más uno que otro cómico que cuando se salía del libreto lo cortaban con el "Vamos a comerciales".

El populoso Festival de Viña, más que una tarima musical, también ha sido un escenario donde la situación política del país se ha reflejado a toda pantalla. Así, se ha hecho costumbre descubrir en la platea a algún político taquilla en tenida sport, moviendo la panza al compás de la orquesta. Así, promueven sus campañas pasando por "juveniles cuarentones buena onda". También algún ministro y hasta el mismo presidente han llegado a la Quinta Vergara enfamiliados, con niñi-tas, pololos de las niñitas, primos y amigos, representando la foto familiar de la Patria Feliz. Han llegado planificadamente de sorpresa, justo cuando la orquesta entona los acordes de la canción nacional a todo tarro, para acallar la rechifla de la galería. Algo de esto ocurrió en 1974, en el festival realizado después del golpe. En medio de un blindado batallón de seguridad, Pinochet llegó con su capa de vampiro pisando fuerte. ¿Y quién se iba a atrever a mirarlo feo? Sobre todo en Viña, que fue la ciudad que más apoyó el golpe. En esa oportunidad la cantante española Mari Trini, seguramente franquista, le rindió un emocionado homenaje al dictador, tirándole una rosa blanca que al caer en sus manos se manchó de sangre. De ella nunca más se supo, y el olvido fue un merecido pago a su tenebrosa adhesión. Como la del cómico Bigote Arrocet, que en el mismo festival y aprovechándose de la reciente muerte de Nino Bravo, interpretó la canción "Libre", del fallecido cantautor español. De rodillas y con lágrimas en los ojos,

el oportunista Bigote Arrocet, hizo de esa balada el himno triunfal de la dictadura, la marcha gloriosa de la masacre, que después adaptaron marcialmente los orfeones militares. Seguramente por este desatino, el cómico se fue de Chile con su chabacano "Juístete, juístete y por suerte no gorviste".

Así, este circo viñamarino ha retratado la historia política y cultural del país en todos estos años. Por el anfiteatro veraniego han desfilado los Iglesias, los Rodríguez, los Raphaeles, los Chayanes y toda la fauna de la música comercial y su aguado discurso amoroso. Porque el festival privilegia el ritmo y las letras que no dicen nada, fue el caso del grupo Police que lo pifiaron, a diferencia de otros bellos tontorrones que se llevaron la gaviota y el recuerdo de los aplausos y las antorchas estrellando la noche. El triunfo o la derrota tienen algo de impredecible en este escenario, pero las ausencias y las censuras son cálidamente ovacionadas por la galería. Así, figuras largamente esperadas en la Quinta, tuvieron su noche de emoción. Fue el caso de Mercedes Sosa, Illapu, Serrat, Los Prisioneros y Patricio Manns, con quienes la democracia saldó su deuda en el escenario de la Quinta. Pero fue sólo el gesto, porque luego el evento musical retomó su mercado bailable. El negocio cancionero que une al país por las pantallas de la tele, con los mismos huasos de ballet en la coreografía inaugural, con los mismos humoristas que hacen de la imitación a Pinochet casi un gesto de cariño, en lo imitado siempre hay admiración, reivindicación, lavado de memoria y cuenta nueva. Más bien un país nuevo, casi instantáneo, que despliega cada febrero el cacareo orgulloso en su noche de anfetaminas y festival.

El Metro de Santiago *(o "esa azul radiante rapidez")*

Con esa música de clínica privada y esos azulejos de carnicería que empapelan los túneles, el Metro santiaguino es la evidencia disciplinada que nos dejó la dictadura. Un Metro tan limpio, tan brillante como cocina de ricos. Tan pulcro como si nunca se usara, como esos juguetes caros que las mamás no dejan que los niños rayen o ensucien. Un Metro que a tantos años de construido, se ve como nuevo en su azul celeste y radiante rapidez.

Tal vez el pasajero que día a día va y viene en la cinta de metal bajo la tierra, no sabe que al comprar el boleto una cámara lo sapea haciendo la fila, cruzando la máquina. Una cámara lo sigue bajando la escalera, lo mira sentado esperando el carro en esas estaciones donde no hay nada que mirar, excepto esos murales abstractos y geométricos que los cuidan como Capilla Sixtina, o la propaganda de las teleseries donde la estética publicitaria vende colegialas a medio vestir con una frutilla en la boca. Nada que mirar, salvo esos informativos culturales atrasados, o esos aparatosos diarios murales que muestran vida y obra ae poetas del año de la pera, vitrinas de la cultura nacional que la gente mira distraída para matar el tiempo, mientras viene el tren, la culebra plateada del orgullo nacional que cruza la ciudad del Barrio Alto a la periferia.

Así, viajando por la línea uno se recorre el mapa social de la urbe que va desde la estación Escuela Militar, llena de boliches pirulos y ventas de comida diet para perros, hasta la Estación Neptuno, la última del recorrido, el terminal donde las tiendas pitucas son puestos de empanadas y sopaipillas en la vereda. El destino final de los trabajadores, que bajan del Metro bostezando, para hundirse en el olvido de su rutina laboral.

El Metro de Santiago no se parece a otros trenes urbanos de Latinoamérica. Su travesía de intestino subterráneo es mucho más impersonal, mucho más fría la relación que nunca se establece entre los pasajeros sentados uno frente a otro evitando mirar al de enfrente, tratando de hacerse el orgulloso con la vista fija en la ventana tapiada por la oscuridad del túnel. Como si la paranoia ambiental evitara el cruce de miradas, bajara la vista al periódico, al libro latero que se finge leer solamente para no contaminarse con otros ojos, igual de esquivos, igual de temerosos por la camisa de fuerza donde todo gesto está controlado por la mirada sospechosa de los guardias, por el ojo invisible que mantiene el orden en esa voz de aluminio repitiendo por los parlantes "Se ruega no sentarse en el piso". Pero los estudiantes no están ni ahí con esa orden, y se instalan a pata suelta en el suelo, alterando la compostura acartonada del Metro con su pendeja transgresión.

La única vez que el Metro fue desbordado por la pasión ciudadana, ocurrió durante una concentración por el NO en el Parque O'Higgins. Entonces los carros se repletaron de cantos y gritos y banderas por el retorno a la democracia. Todo el mundo cantando, saltando con: "el que no salta es Pinochet". Y el tren también brincaba como conejo en sus ruedas de goma. El fino tren se zangoloteaba como micro pobre con el vaivén del "Y va a caer". El tren ya se reventaba de cabros revoltosos rayando con spray, escribiendo "Pico pal Pinocho, Muerte al Chacal", ante los horrorizados ojos de los guardias que no podían controlar esa tormenta humana.

Esa fue la única vez que el Metro cobró vida, la única vez que cruzó la ciudad como una pizarra del descontento, como un tren de juguete escapado de la intocable vitrina, porque luego, lo lavaron, lo lustraron, volviéndolo a su flamante hipocresía vehicular.

Quizás, el higiénico fantasma del Metro refleje falsamente la educada mueca que atrae la plata y el turismo, quizás es un espejo reluciente donde se puede ver un Santiago engominado por el trapo municipal. Tal vez lo único que altera su delicada travesía son los cuerpos suicidas que manchan con sus tripas el pulcro escenario del subterráneo nacional.

Los albores de La Florida *(o "sentirse rico, aunque sea en miniatura")*

Y no hace tanto que esa comuna era un pastizal de parcelas y viñedos aledaños a Santiago. No hace mucho que esos terrenos orillaban Vicuña Mackenna con peladeros silvestres y arboledas flacas que mantenían la nota campestre de una ciudad recostada en la cordillera. Sin ser nostálgico, los aires de La Florida eran oxígeno verde para tanto poblador que transitaba a Puente Alto mirando la cinta rural que corría en la ventana de la micro. Y esa película del entierrado paisaje chilensis, era la única postal de naturaleza accesible para los obreros, que dormitaban en el letargo de álamos y queltehues rumbo a su mediagua.

Y de un día a otro, como quien pestañea despertando al paso de unos años, el paisaje bucólico se fue a las pailas. En su reemplazo, la modernidad expansiva de la urbe hizo de La Florida una comuna de cartón, poblada de villas y condominios a la rápida, con nombres elegantes de San Jorge, La Alborada, Las Praderas, Las Torcazas; para oficinistas, profesionales, yuppies y profesores que refundaron estas pampas con los vicios pequeño-burgueses de una nueva clase social. Mejor dicho, la poblaron con estatus medio pelo de la copia ricachona, pero todo en chiquitito. Es decir, el bungalow del barrio alto pero reducido a un espacio donde la sala, la biblioteca, el porche, la despensa y la pieza de empleada, equivalen a una casa de muñecas. Sentirse rico, aunque sea en la miniatura de esos

chalecitos iguales, con tejitas y un jardincito donde el perro doberman parece un elefante. Porque no hay casa de La Florida que no tenga un doberman, que son los únicos perros que cumplen fieros su trabajo de guardianes mochos de las porquerías electrodomésticas que alhajan estos hogares de pobres ricos. Asalariados que a fin de mes hacen milagros para pagar las deudas, las calillas y letras del auto japonés que lo lavan y lustran en los pasajes cada sábado. Cada tarde de fin de semana, cuando toda la familia Florida se pone buzo deportivo, todos iguales, todos de zapatillas y viseras para trotar como pelotas en esas callecitas con pasto recortado y rejitas bajas, igual que en las películas yanquis.

La planificación urbana tiende cada vez más a la expansión centrífuga del centro tradicional, crear nuevas comunas, nuevos barrios que descongestionen el corazón metropolitano ya aglutinado por la explosión demográfica. Pero en esta redistribución del espacio social, el mercado del hábitat va copiando recetas urbanísticas donde la arquitectura modular del desarrollo optimista incluye tipos de vida, formas estereotipadas del desarrollo doméstico que moldean la libertad del ciudadano. Así, junto a "la casita en la pradera de La Florida", viene incluida la educación de los cabros chicos en el jardín infantil que tiene la Villa. Junto al plano de la vivienda, viene la entretención para los adolescentes en la disco-matiné que casualmente queda a media cuadra del condominio. Y como si fuera poco, casi no hay que desplazarse a ningún otro barrio, porque en la rotonda de La Florida se levanta fanfarrón el Super Mall, donde usted encuentra todo lo imaginable, desde una aguja hasta una casa rodante para un feliz week-end. Allí se matan todas las neuras con la droga del consumo. Ahí usted se relaja mirando vitrinas, comprando o simulando que compra cuando se encuentra con la vecina. Y lo mejor, sin los cabros chicos entretenidos, zangoloteándose como títeres en esos hipopótamos de plástico que les revuelven las neuronas. En La Florida usted es feliz, dice la propaganda, tomando el sol en su metro cuadrado de césped, y mojándose el poto en su piscinita no más grande que un lavaplatos. En La Florida usted es feliz, le recita el corredor de propiedades, sumándose a la ópera mercantil de estos barrios instantáneos sin historia, sin pasado que pueda arrastrar un trauma futuro. En La Florida usted puede sentirse en Chinatown porque hacen nata los restorantes chinos y también abunda la comida chatarra, como en Miami. ¿Se da cuenta? En La Florida no hay depresión, porque el oleaje de ofertas es la terapia comunal que compite con cualquier liquidación de temporada. En La Florida usted puede estar contento, si amontona sus ilusiones de rico en esta comuna Liliput, donde los deseos de prosperidad ordenan su vida familiar de acuerdo al prospecto inmobiliario que le promete felicidad en colores. A cambio, usted tiene que jibarizar su arribismo de magnate caluga y creerse afortunado de vivir en un Edén irisado de neones y carteles que transforman el paisaje en un juego de Metrópolis.

Soberbia calamidad, verde perejil

Cuando los gallos cantan a deshora
(Presagio popular)

Nevada de plumas sobre un tigre en invierno

Como si bastara estirar la mano para tocar los penachos de los Andes, pero no es así, porque esas cumbres emblemas de la patria están lejos, y sólo se reparten para la plebe en la mínima postal de la caja de fósforos. Ese murallón que en invierno se pone toca de novia para recibir el halago turista. Los cucuruchos empolvados que le dan a esta ciudad ese aire europeo, ese charme alpino, tan altivo, tan elegante, tan albo, que contrasta con la periferia de latas y barriales. Ese biombo de seda blanca donde los ricos se deslizan como cisnes, y se sacan cresta y media aprendiendo a esquiar. Un mundo Diners con gafas Ray Ban y piscinas temperadas con solarium para el cuerpo aeróbico, el cuerpo sano pero lateado, chamuscándose por horas bajo ese sol antártico, con la mente vacía como un cheque en blanco, para agarrar ese tono triunfal que distingue las pieles regias en pleno junio, las pieles radiantes con ese exquisito bronceado Canela-ice.

La cordillera nacional, tan alta, tan inalcanzable para la piojada santiaguina que nunca ha subido a Valle Nevado. Que jamás pensó tener vacaciones en invierno, anegados con la lluvia hasta el cogote. La masa oscura que siempre ha mirado ese paisaje ajeno, como de otro país. Un país donde la navidad es eterna para los niños rubios que dan volteretas en sus trillos. Un paraje de pinos escarchados que sólo conocen por las tarjetas de pascua y la serie de Heidi en la televisión. Un jardín de hielo donde los tigres de la economía lucen sus parkas Montana, su ropa fosforescente y todo ese colorinche optimista que vende el mercado del ski. Como Suiza o Montreal. "-Te cachái galla que no tenis que ir pa' llá. Porque en el Colorado te encontrái con todo el mundo. Hasta con esos retornados que le agarraron el gusto a la nieve allá en Moscú. Aquí no más, fijaté, a una hora de Santa María de la Nieves encontrái a toda la gente taquillando en el andarivel. Hasta algunos picantes de fin de semana que contrastan por lo negros, que parecen esquimales dando diente con diente, entumidos en las pilchas de la ropa americana. Ay Pili, da una pena, por suerte son pocos".

Así, las plumas nevadas sólo decoran la falda cordillerana donde anida la burguesía. Rara vez se extiende ese algodón clasista al resto de Santiago. Y cuando ocurre, cuando el aliento infantil humea bajo cero en la pobla lluviosa, cuando esos enanos boquiabiertos contemplan el milagro de las pelusas que deshilachan el cielo, cuando salen a la calle para ver en directo el espectáculo de las nubes pelechando, no hay quién los detenga corriendo, jugando, comiendo esos hilos helados que van cubriendo la miseria con su capa de gasa. Esa pelusilla mezquina que recogen las manitas moradas juntándola con barro para hacer sus monos sucios. Sus monos torpes, vestidos con bolsas de basura y sombreros de tarros. Sus monos grotescos, como garabatos del obeso referente nórdico. Monos desnutridos, arropados con los trapos de su tierna estética bizarra. Muñecos ordinarios que jamás serán promoción de Chile en el mercado turista. Muñecos pobres, entristecidos por la lluvia que sigue cayendo. La lluvia que no para, la lluvia que se lleva rápido el milagro de la nieve. Porque sigue lloviendo y esa agua mugrienta derrite el relámpago de la fiesta. Y por suerte, dicen las viejas entrando a los niños y cerrando la puerta. Por suerte no siguió nevando, repiten con sabiduría. Porque si sigue, la sorpresa blanca será tragedia cuando se manda guarda abajo el techo de fonolas con el peso del hielo. Por suerte la nieve es del Barrio Alto y que siga nevando allá que tienen techos firmes. Porque aquí ya es mucho soportar los aguaceros, las alcantarillas tapadas y los mojones chapoteando en el chocolate de la inundación. Ya es mucho barro y la lluvia deja de ser poética, cuando se desborda el canal y

arrastra los cuatro palos de la rancha *y* hay que salvar el televisor a color, al menos para ver a Don Francisco calientito allá en Miami. Después vienen las visitadoras y las encuestas, y las cámaras de la televisión metiendo su ojo copuchento, sapeando, mostrando a todo el país nuestra intimidad de cachivaches mojados.

Y es como un segundo aluvión de luces y reflectores que ni siquiera piden permiso, y se meten así no más con todos sus aparatos. Con sus parkas gruesas y su acento universitario dando órdenes, diciendo que ni siquiera nos peinemos, que así estamos bien, sucios, feos y chascones, para salir en el noticiario de la compasión pública. Y más encima la nieve. Para qué queremos nieve, aunque sea bonita, si deja todo estilando y después vienen las toses y la bronconeumonía de los cabros chicos. Total para la pascua llenamos de algodón el arbolito y ya está.

Entonces el festejo nevado varía de acuerdo a la latitud territorial donde se reparte. Como también a las posibilidades habitacionales y calefactoras para recibirlo. Lo que en una parte de la ciudad es un maná estético y gratitud deportiva, en otra se transforma en drama y destrucción. El mismo aletazo helado que arranca de cuajo el techo de algunos, para otros es un cubo de hielo que cruje en el whisky entibiado por la chimenea. El mismo sobresalto de las goteras, en La Parva es un bostezo felino que mira con cristales ahumados caer los copos tras la ventana. Los ve caer como si fueran monedas de reserva en un país que triunfa en su economía. Por suerte la TV está apagada, porque allá abajo la ciudad se rebalsa de inundaciones y damnificados que deprimen la afelpada tibieza de su letargo invernal.

La bruma del verano leopardo

Patinando la tarde que bordea un Mapocho arrebolado por jirones de sol, cuando caen en las aguas cristales dorados que alhajan la corriente mugrienta, la marea fecal, rota por gaviotas despistadas que se zambullen a la caza de un pez mojón en el Támesis santiaguino. Pájaros de mar que traicionan el horizonte azulado por la nube rancia del smog, emigrando corriente arriba, picoteando los desechos de la urbe. Acaso espantadas por las risas transandinas que todos los veranos se toman las playas con sus matecitos y gamulanes y esa ironía che que se jacta de tener balcón a Europa. Pero sin embargo, cruzan la cordillera atraídos por el esplendor del verano leopardo. Argentinos de mediopelo, que vienen desde sus pueblitos pampinos y tirados de guata al sol en Reñaca, se pasan la película del Marbella chilensis, soñando que La Serena es la Costa Azul del Pacífico; la prima hermana de Viña del Mar, igual de cuica, tradicional y pretenciosa. El balneario nortino que levantó una escenografía lujosa de hoteles cinco estrellas, piscinas vip's para no toparse con el perraje y playas privé, decoradas con paraguas de totora, único vestigio folclórico que recuerda el techo de paja de la economía nacional.

Kilómetros de mar azul y arenas blancas para leer la fofa "nueva novela", el petardo literario de la transición. La narrativa acartonada que fue escrita para leerse en estas playas del relax neoliberal. Como si escritura y paisaje, ficción y bronceador, libro y toalla se compraran en un solo paquete. En el mismo mall que promueve la rutilancia Miami Vice del surfing, el yatching y el polo acualung, en short, tangas y zungas con palmeras, para el "transculturalismo" de la rotada chilena.

Así, variados escenarios y múltiples ofertas tensionan el alma veraniego la hacen sudar corriendo por los shoppings, echándose aire con el abanico de las tarjetas de crédito. Buscando los pasajes y el bote inflable para los lagos del sur, donde los ricos, atorados por las truchas, desinflan sus flatos escuchando a Pavarotti. ¡Ay el sur!, ese calipso inigualable de sus aguas, la postal colorinche que vende el mercado a la gringada ecológica. Los fanáticos rubios del retorno a lo natural que llegan hambrientos de aire verde, agua verde, tierra verde que se compra a dólar verde. Gringos que aman el mariscal latinoamericano y resoplan colorados el picante del pebre chileno, alabando hasta las lágrimas la hospitalaria bondad de este suelo. ¡Ay el sur!, el sueño Nafta rodando por la carretera austral que hizo el dictador, en su mayor delirio de infinito. Bajo las hileras de araucarias que miran el futuro con ojos orientales. ¡Ay el sur!, variedad de paisajes; desde la obesa aldea kuchen, la maqueta bávara que levantó sus palos cruzados en Frutillar, hasta la culta Concepción, que quiso ser ciudad imitando caracoles y paseos peatonales de Santiago. Pero se quedó provinciana y sola, embriagada por las petunias universitarias que en la capital son de plástico. ¡Ay el sur!

Más allá, casi al borde del continente, los andamios podridos recortan el cielo nublado de Puerto Montt, el final de los mochileros que zarpan de Santiago con las patas y el buche. Los neo-hippies que florecen en verano como "la yerba de los caminos", con sus pitos y cajas de vino que dejan regadas en la carretera en el "loco afán" de la aventura sureña. Quizás el verano es sólo para ellos, los únicos que enfrentan el calor a torso descuerado, haciendo dedo con las zapatillas rotas de la nostálgica errancia juvenil. Los únicos que creen en algún sur, como utopía libertaria para ensayar la fuga del hogar, el filo con la familia y sus comidas calientes que transan por el personal stereo. Su cama limpia y estirada que cambian por los pastizales, sólo por ver el horizonte amplio y soñar con un futuro emancipado, antes de ser tragados por la máquina laboral. ¡Ay el sur!

En estos meses nadie puede escapar a la vorágine veraniega que publicita sus modas y estilos de ocio. La piel pálida es sinónimo de pobreza, sida o derrotismo. A nadie le falta un rayito de sol para tostar las carencias con el bronce triunfal que impone el look leopardo. Hasta los más pobres, encaramados en las latas rascas de sus micros, tendrán su día de playa en la arena oscura de algún balneario que los acepte. Allí despliegan sus toldos de frazadas al viento deshilachado de las toallas, esparciendo huesos de pollo y cáscaras de sandías, alborotados por las escasas horas que disponen para mojarse el poto, quemarse como jaivas y regresar ampollados a la campana afiebrada de Santiago. En fin, el verano leopardo no brilla para todos con el mismo oro solar, igual su efervescencia taquillera atraviesa los status y pinta de color hasta las causas perdidas.

Presagio dorado para un Santiago otoñal

Hay algo de fracaso en esa luz dorada que atardece temprano cuando llega el otoño, cuando las pintas coloridas de los santiaguinos van tomando el apagado gris ratón o café tierra de la ropa invernal. Y en este cambio de uniformes las dueñas de casa corren a la lavandería a limpiar los abrigos, parkas e impermeables para afrontar los hielos que se avecinan. Porque este año hizo tanto calor, hasta abril los cabros andaban en manga de camisa. Con treinta grados en Semana Santa, como si fuera acabo de mundo las viejas miran con desconfianza el calorcillo tardío que aún mantiene verdes las hojas de los

árboles, cuando otros años los contados parques de la capital estaban alfombrados de oro viejo.

Así, con la amenaza del apocalipsis, catástrofes y desastres, las mujeres observan con desconfianza las bondades de este otoño tropical. Extrañan la suave lluvia que en esta estación arrastra tristemente los recuerdos del ardiente verano. Echan de menos la ventisca polar que trae el romadizo, las toses y gripes que se resguardan con bufandas, chales y gorros de lana. Sienten nostalgia del olor a tierra mojada, del barro y la escarcha que entume el paisaje social de una ciudad que no siente suyo este clima ocioso y templado. Requieren del olor a parafina de la estufa, que nos recuerda que somos pobres, aunque la economía diga que estos calores son producto de las ventajas del modelo neoliberal.

Quizás la capital necesite de estas estaciones intermedias como el otoño, para prepararse a resistir la crudeza del invierno. Para encontrarle alguna justificación al tejido punto canutón, punto araña, punto panal de abejas, punto arroz, punto garbanzo, punto argolla, punto maíz, punto coliflor, jersey y correteado en las mangas de la chomba, para la Jacqueline que este año va al colegio. En lana palo de rosa, calipso, verde agua, verde nilo, amarillo pato o celeste Jacinto, que son los colores chillones con que los pobladores arropan su pobreza. Porque las diferencias sociales del otoño, también se dividen por colores. Así, los tonos jaspeados tipo Cachemira o Shetland, demarcan el status de abrigarse con clase, de recibir el frío con buen gusto, con tejidos a máquina que parezcan artesanales, como se usan, dice la cuica, "para la Francisquita que este año también va al college".

Tal vez, la delicada ternura que ponen las mujeres pobladoras en sus tejidos a mano, entibia como una caricia los tiritones húmedos que acechan a los niños al llegar el frío. Y quizás no es sólo eso, también es una excusa para intercambiar informaciones sobre sus vidas, de juntarse a compartir puntos y tejidos del un, dos, tres al derecho y un, dos, tres al revés. Con doble hebra para mi marido que llega tarde todas las noches, vecina. Con puños reforzados para el Ricardo que pasa día y noche con la patota de la cuadra, vecina. Con calados en el pecho para mi hija de dieciocho, que llega con plata cuando va tanto al centro y nadie sabe para qué doña Juana. Con cuello de tortuga para mi hijo menor, que lo han echado de todos los colegios y ya no sé qué hacer señora Kika.

En fin, pareciera entonces que el tejido colectivo de mujeres urdiendo al sol, en la puerta de sus casas, cumpliera otros propósitos además del fin práctico del chaleco, la bufanda o los guantes. Es una organización que hilvana experiencias y dolores al traqueteo de los palillos, al baile sin censura de la lengua que transmite el pelambre informativo de la cuadra. Es una manera oblicua de hacer política en ausencia del macho. Al igual que el famoso barrido de la vereda, que puede durar horas pasando la escoba en la misma baldosa, limpiando el mismo lugar, como si fuera la terapia pensante que las mantiene unidas, en el rito de armar y desarmar la sociología del barrio y el país. A puro escobazo despellejan a esa pituca de la tele que no les gusta. A puro trapeado de piso cacarean sobre el precio del pan. A puro lustre de cera comentan la mentira encorbatada de los políticos, y ese metro volador que costó tanta plata y no sirve pa ná, porque igual hay que tomar otra micro para llegar a la pobla.

Por eso, a estas alturas del año, ellas echan de menos el otoño tradicional que no llega. Y no es sólo por romanticismo. Por eso andan presagiando un terremoto y extrañan la basura otoñal que otros años en esta fecha cubre las aceras, la lluvia de hojas tristes que las obliga a barrer una y otra vez la vereda, para armar su política parlanchína, su breve

espacio camuflado de orden y aseo donde ellas, todas juntas, todas cómplices con el otoño, fingen amontonar hojas secas urdiendo la política hablantina de su doméstica conspiración.

Los tiritones del temblor *(o "afirma la tele niña")*

Como si fueran pocas las desconocidas del monstruo natural donde fue plantado este país. Que la sequía, el rebalse o la marea borracha del suelo que cada cierto tiempo nos aporrea con un terremoto. Cuando parece estar todo bien, cuando casi estamos tranquilos, mirando la tele, tomando té a la hora de once. Más bien, un poco más tarde por ese calorcillo de presagio que hace aullar a los perros, a los gallos cantar a deshora y picarle los sabañones a la vieja que preocupada se asoma al apocalipsis violáceo del atardecer, pensando: no vaya a ser cosa que venga un remezón. Porque hace tanto tiempo que el Señor no nos mueve la payasa. Y no termina de pensarlo, cuando los platos empiezan a castañetear en la cocina, la ampolleta pestañea, y al grito de: está temblando, todos contienen la respiración con tranquilo terror diciendo: ya va a pasar, ya va a pasar. No se preocupen.

Y ese primer grito, se multiplica como un eco-pánico por los barrios de la ciudad que se paraliza oscilante. Desde el junior al gerente, la inestabilidad del piso los une en la misma gota de tensión, sudando el miedo, contando los eternos segundos que dura ese primer tiritón, ese primer meneo que detiene hasta las reuniones de ministros, presidentes, economistas y centros de madres, que con el poto a dos manos, esperan que pase ese pequeño vaivén. Ese primer vals que pilla a los cuicos a la hora del aperitivo en la torre diez. Y al cristalino tintineo de las copas, la palta reina social se pone seria, manteniendo el nerviosismo con la mueca helada de la formalidad. Tranquilos, total del suelo no vamos a pasar, bromea un paltón haciéndose el simpático, mirando con horror el vértigo de la altura que cuncunea en el suelo tan abajo, tan lejos, que es inútil pensar en el ascensor y menos en la escalera, que es lo primero que se desarma en esos rascacielos-rascas, esos edificios antisísmicos que oscilan como monos porfiados al hacerse más cumbianchero el remezón. Al bambolear de un lado a otro la coctelera del zangoloteo burgués y su "valseada oscilación".

A esa altura el temblorcillo amenaza terremoto, al minuto de movimiento la histeria social ya cortó la luz, el gas y el agua, y todos se amontonan en los marcos de las puertas esperando que se acabe este vaivén que no pasa, que sigue cada vez más fuerte, que pega sus rebencazos zamarreando puertas y ventanas con su corcoveo subterráneo. Entonces, en el climax de los batatazos y la quebradera de vidrios y murallas, la loca anticuaría agarra las porcelanas, el ejecutivo el computador, una vieja salva un espejo para que no se cumplan los años de mala suerte, y en las villas y condominios, el castillo consumista baila peligrosamente en los electrodomésticos que se tambalean al borde de la mesita. Que el equipo Samsung que aún no lo pagamos. Que el Atari del niño gordo agárralo que se cae. Que desenchufa el microondas y la centrífuga que puede haber cortocircuito. Pero lo más importante, quizás en lo único que coincide la preocupación del salvataje social, es en sujetar el aparato de televisión, aunque la casa se venga abajo.

La enorme tensión que dura el breve tiempo del zamarreo urbano, saca a flote la fe en el éxtasis religioso que se arrodilla, se persigna, se golpea el pecho, se arrepiente clamando: ¡Misericordia Señor! Acabo de mundo, grita el abuelo arrancando pilucho al

medio de la calle. Al lado de la vecina, irreconocible por la máscara de placenta que tiene en la cara. Pero no importa, porque todo el barrio está así, a medio vestir, en calzoncillos, sin la placa de dientes, chascones como los pilló el terremoto. Nadie se va a fijar en la facha, cuando el país está al borde del cataclismo, por única vez solidarios en la emergencia del desamparo divino. Total, cuando pase el temblor faltará tiempo para comentar estas cosas, mientras tanto hay que buscar la radio a pilas para escuchar dónde fue el epicentro. Al tiempo que se escucha la sirena de las ambulancias y la ciudad regresa lentamente, todavía con susto, a su calma habitual. Casi siempre con la voz de un funcionario de gobierno apaciguando a la ciudadanía, diciendo que todo está controlado, que por suerte no fue peor, porque el epicentro estuvo lejos de Santiago. En los típicos puebluchos de adobes que se desarmaron en la batahola del tierral. Que los Intendentes de esas Regiones tienen todo a su cargo. Y los cientos de damnificados pueden estar tranquilos, durmiendo a cielo abierto, acunados por el sobresalto de las réplicas.

Tu voz existe *(o "el débil quejido de la radio A.M.")*

Pareciera que la radio, frente a la visual televisiva, fuera el último eslabón de una cadena que por años reprodujo la imagen a través de la voz, la narración, la música, el relato de esa confidencia modulada por el timbre sedoso de ese locutor invisible.

La radio en la ciudad fue por muchos años la cinta sonora que voceaba los sucesos. La milonga radial del conventillo, la cumbia del pasaje, el gol del mundial gritado en la esquina. Así fuera un tarro bullicioso, daba lo mismo, total entonces nadie imaginaba la finura plateada del FM compact. Solamente el murmullo compañero de esas tardes calurosas, a mediados de los cincuenta, cuando Santiago ronroneaba siesta con la radio prendida. Entonces ese sonoro aparato trinaba las melodías de moda en los shows en vivo, pioneros del rock concert. Allí los ídolos aflautados del bolero, musitaban esas frases de ardiente nostalgia al oído de sus admiradoras pegadas al dial, repitiendo en la penumbra la cursilería sentimental de ese cancionero que enlazaba orejas. La radio fue popular cuando los rústicos aparatos estuvieron al alcance de todos los bolsillos, cuando el tendido eléctrico atravesó clases sociales alcanzando el mosquerío proleta. Fue la primera ilusión de moder-nidad que hizo suya la pobreza. Quizás el primer enamoramiento de un electrodoméstico que se cuidaba como fetiche milagroso. Sobre todo en los temblores, lo primero que se agarraba en el apuro era la radio. La infaltable RCA Víctor con su perrito pegado a la vitrola. La reina del hogar, aliada fiel de las mujeres que combinaban fregado de ollas con los primeros pasos del rock and roll.

Paralelamente al desarrollo de los sistemas de comunicación visual, la radio ha sido fundamento en la reciente historia del país. Así, durante la dictadura, la memoria de emergencias guarda intacta el timbre de Radio Cooperativa. Su tararán noticioso hacía temblar el corazón de la noche protesta. Su conocido flash "Cooperativa está llaman do", era presagio de tragedia. Pero el familiar tono de Sergio Campos, amortiguaba la penumbra de los apagones en la radio a pilas. En la misma época, otras emisoras oficiales engalanaban de huasos y tonadas quincheras la misma negrura. En esas frecuencias "tan patrias", era difícil enterarse de los acontecimientos, tergiversados, ocultos y opacados por la cortina de un himno marcial. Por eso, la afición radioescucha se hizo más compleja, supliendo la falta de libertad noticiosa con emisoras de punta, como Radio Umbral,

importante espacio difusor de la acción protesta. También surgieron como callampas las radios clandestinas, que con un transmisor y un alambre de antena, contagiaban las poblaciones de afanes libertarios. Histórica es la Radio Villa Francia, perseguida, casi detectada, pero fugándose siempre con su nomadismo comunicador. Estos sistemas radiales caseros aún subsisten. Algunos agrupados como Organización de Radios Clandestinas, otros siguen errantes, transmitiendo una hora a la semana, con el auspicio del almacén de la población, pasando avisos domésticos, dedicando canciones y poemas a los pololos de turno. Así, la radio ha logrado permanecer casi intacta frente al chispazo televisivo. Pero sobre todo la onda larga, que es el lugar vital de la radiotelefonía. Allí se mezclan horóscopos, noticias en chunga, brujos, meicas, evangélicos que alaraquean con su mensaje apocalíptico. Sobre todo en las mañanas, la radio AM es el espejo de un cotidiano popular que enfiesta de circo el inicio del día. Casi al final del dial, la Radio Tierra enmarca el rostro de una mujer que borda palabras en el aire. Es una voz afelpada que atraviesa la ciudad en alas del cambio. Ahí mismo, carreteando la AM, es posible toparse con los homosexuales y lesbianas del programa Triángulo Abierto, que ya cumplió años y seguirá en el aire como voz del Movimiento de Liberación Homosexual, Movilh, los sábados por la noche.

Seguramente la radio AM no fue diseñada para la sofisticada audición de los adictos al estéreo. Es posible que desaparezca, ya que los últimos equipos japoneses no vienen con onda larga. Pero es difícil que la impersonal cursilería FM contagie la memoria sonora como lo hizo la radio AM con su débil quejido, con los tarros de su bullicioso canto.

Un domingo de Feria Libre *(o "la excusa regatera del dime que te diré")*

Y por qué otra cosa, si no por ventear la lengua en el cotorreo zoológico de la Feria Libre en domingo. Allí, en el par de cuadras donde se instala semana a semana el mercado feriano a la intemperie. Donde se arma y desarma la sociología doméstica del pelambre, del dime que te diré, del recuento de nuevas guaguas y viejos muertos que ya nunca más se les verá conversando o comprando en la feria del barrio. La feria libre, como se le llama a este dislocado matuteo de frutas, verduras y cuanta porquería taiwanesa que relumbra en los mesones de los puestos. Donde se juntan las vecinas para intercambiar recetas y remedios caseros, la sangre de toro para el asma, la pata de vaca para las diabetes, la chancapiedra para la vesícula, el aceite de lobo para la artritis, en fin, la botica ambulante del emplasto y la cataplasma que acapara la fe popular, más que la química farmacéutica. Se cree más en la receta colectiva del bien común, que en el diagnóstico licenciado de los matasanos. Todo esto ocurre mientras silban por el aire los gritos feriantes con su «Caserita qué se le ofrece». «Me llegaron los granados nuevecitos y el zapallo tierno». «Aparecieron los duraznos pascueros, los primeros de la temporada». «Aproveche casera que se acaban».

Toda la pobla se reconoce en el rito dominguero de la feria libre, el único día que el menú cotidiano de las pantrucas se alegra con la fiesta del pescado frito. Siempre y cuando las merluzas, los congrios y las pescadas estén frescos, tengan agallas rojas y los ojos brillantes. Oiga, pero este jurel está como un trapo, parece que sobró de la Ultima Cena. Entonces no lo lleve pues señora, más encima pobre y regodiona. Estos diálogos son comunes entre comerciantes y clientela, por eso la señora tiene que alterar el almuerzo,

cambiarlo por granados con mazamorra, pero ya es tan tarde para echarlos a cocer. Esto piensa mientras camina entre el griterío de mercancías, mientras se detiene tocando una blusa, una falda, una barita colgada por la moda crespa de la ropa usada americana. Pero hay tantas cosas más necesarias que mejor olvidar ese antojo, y sigue buscando los precios más baratos, los tomates más económicos para acompañar la porotada de granados con ají de color para que su familia se chupe los dedos. Con ella va todo el gentío, la bullanza consumista de los filodendros plásticos, los cabros chicos, los globos y las notas luengas de un bolero recumbión. Por ahí se aglomera la gente escuchando el sentimiento de los parlantes, reconociendo la voz de Ramón Aguilera cantando en vivo, a todo el sol de la mañana obrera. Y es verdad, es él, dicen las viejas amontonándose para escuchar en persona al mítico cantante, el lagrimeo musical entonando «Que me quemen tus ojos». A esa hora de la mañana, es el mejor regalo que tiene la Feria Libre de escuchar a Ramón Aguilera tan cerca, tan real, más cierto que el cassette chicharra que promociona el artista, que lo vende autografiado, viajando en una camioneta con parlantes que recorre las ferias.

Ya van a ser las doce y todavía la señora no decide qué hacer de comer. Ella va o la lleva la multitud, no lo sabe, pero más allá se detiene porque un candidato al parlamento, tirando volantes, reparte cajas de fósforos con su foto de inocente oportunismo. Y todos reciben la propaganda, y hacen como que escuchan al político que se atora sermoneando su campaña, grita compitiendo con la música y la bulla pachanga de la feria. Así, con esta fiesta, el domingo ferial da por inaugurado el ocio poblador, donde las familias hacen un alto en este feriado que les otorga el calendario laboral, el paréntesis del domingo que pasa tan rápido como la Feria Libre, cuando al llegar las tres de la tarde, se apagan sus colores y enmudecen los papagayos de su sonora entretención.

La sinfonía chillona de las candidaturas *(o "todos alguna vez fuimos jóvenes idealistas")*

Si se trata de candidatos al tablao político, los hay por miles. Desde la cantante o actor de teleserie que nunca deslumbró por sus aptitudes artísticas y hoy quiere usar su fama ratona para llegar al parlamento, hasta el hijo, nieto o sobrino de la casta partidista que usa el apellido paterno para colgarse del carro democrático. Total en estos tiempos del consumo caníbal, la política es la diva del show. La estrella de dientes plásticos que le sonríe a la cámara ocultando su mano rapiña, la diestra ladrona que saluda a las multitudes, que enfática niega su pasado de extrema militancia, su pasado mariguanero, su pasado pinochetista, su riesgoso pasado guerrillero, su libertino pasado hippie. En fin, el ayer no cuenta a la hora de los cómputos, y si por ahí aparece una foto de juventud tras alguna barricada, si por ahí el candidato sale retratado chascón y volado en alguna partuza del sesenta, todos contestan lo mismo, todos se justifican diciendo que alguna vez fueron jóvenes idealistas.

Casi todos los candidatos dicen que, alguna vez, en la universidad, se pegaron su piteada sólo para probar la mariguana, pero que nunca se volaron los tontos. Y uno les va a creer. Todos dicen que militaron en alguna juventud política, que usaban boina y amaban al Che y al MIR, pero que nunca pusieron bombas. ¿Y quién lo va a desmentir si el MIR casi no existe? Y lo peor, a quién le interesa develar esta memoria mentirosa si los propios ex miristas, que van en la misma micro al parlamento, ya no se acuerdan quién era su

compañero de célula. Más bien no quieren acordarse, y prefieren sumar las memorias al tranvía amnésico de la renovación.

Por eso, en estas fechas candidateadas de pololeos ideológicos y campañas de adhesión, la ciudad despierta cada mañana empapelada de nombres pomposos como el del ex alcalde Bombal, que promete barrer la droga de Santiago. Y uno se pregunta: ¿Y a dónde la barrerán para ir a buscarla? Todos los días las murallas cambian de apellido con el brochazo nocturno que impone una nueva promesa. Así, nombre tras nombre,, se pega en la retina el candidato que tiene más recursos para reiterar su firma en la pizarra descascarada de la urbe. Gana por cansancio la majadera repetición del apellido paterno, el único que interesa, el único que usaba la profesora para nombrar a sus alumnos, para gritarles: Escalona, guarde silencio-Marín, bájese de ese banco-Allamand, sáquese el dedo de la nariz.

Así, la carrera política de los nombres transforma la ciudad en un silabario electoral que planfletea la nobleza de algunos apellidos impresos en latas de mediagua. Como si las erres, zetas, y eses del nombre aristócrata, le subieran el pelo al callamperío autografiado por estos ricachos populistas. Como si al revés, los apellidos González, Carrasco o Palestro, tuvieran que pedir permiso en la maratón política, para escribirse tímidamente, a la rápida, casi clandestinos, en el sitio eriazo, con escasos medios para hacerse presentes en la propaganda electoral. Y no hay otra forma de equilibrar la publicidad fastuosa de la derecha, que noche a noche, sus empleados repasan las consignas morales y los nombres pirulos. Que noche a noche, imponen sus apellidos sobre la acuarela borrosa del candidato piojo. El candidato de izquierda que sale con su familia a pintar y repasar la caligrafía porra de su aporreado nombre. El candidato sin recursos, que se metió en esta cueca sin saber por qué. Más bien sabiendo que va a perder, que va a quedar en la ruina y embargado hasta el cogote. Pero qué importa, si su error no fue el arrepentimiento, porque él no se declaró renovado ni justificó su pasado extremista y hippie diciendo que eran errores de juventud. Y ese fue su error, diferenciarse sin culpa de la hipocresía parlamentaria. Decir que sí creyó, y que sigue creyendo en esos arranques de la pasión, que no sólo son problemas de juventud, porque las militancias progresistas y los sueños del lejano sesenta son besos que dio el corazón. Seguramente irrepetibles, únicos en su porfía amorosa por la justicia. Son besos al aire inolvidable de otro tiempo. Por cierto, difíciles de recuperar, pero aún tibios en la boca arrugada de la utopía.

El Hospital del Trabajador *(o "el sueño quebrado del doctor Allende")*

Como una gran calavera estancada en la zona sur de Santiago, la obra gruesa del Hospital del Trabajador ahí quedó sin terminar, sin ver realizado el macroproyecto de salud que Salvador Allende soñó para este sector de la capital. Un aluvión de palomas tísicas alborota el silencio de sus espacios desnudos, de sus altos pabellones quirúrgicos, diseñados para las multitudes proletarias que llenarían las bóvedas vacías de esta mole de nueve pisos que, por muchos años, vio pasar la historia de la comuna desde su altura, como un faro de la decepción.

Y fue desde antes que lo construyeran, antes del trazado de planos en ese pobrerío, que los pobladores imaginaban sus operaciones de vesícula, sus tumores mamarios, sus caries dentales, y hasta cirugías estéticas soñaban las vecinas esperando ese gran centro de

salud. Casi ni se enfermaron en todo ese tiempo, aguardando que se levantaran sus torres, que se fuera desplegando el andamiaje de esa arquitectura popular, parecida a la Unctad, con grandes paños de cemento crudo y espacios de luz donde hoy flota el polvo amarillento de su abandono.

Faltó muy poco para que se implementara un ala de ese elefante de concreto. Incluso, el Presidente Allende donó su premio Lenin de la Paz a la obra. Así, se logró poner ascensores y tapizar de baldosas parte de los pisos. También, se dice, que por las numerosas donaciones en instrumental médico, especialmente en maternidad y cardiología, todo hada pensar que con mucho esfuerzo, el hospital algún día iba a funcionar completo. Pero al parecer, el sueño de medicina social era tan grande, y tan generosa la utopía de su realización, que nunca llegó a terminarse. Eran tantos médicos, tantas enfermeras, tanta camilla y máquinas de rayos X y primeros auxilios y tanto de todo, que cualquier aporte quedaba nadando en esa catedral. El sueño sin límites del doctor Allende no midió su cariño con la implementación práctica del proyecto. Y allí quedó, como un monumento castigado a la justicia del cuerpo social.

La bofetada golpista pilló al Hospital del Trabajador en paños menores, los militares se tomaron sus dependencias y jugaban tiro al blanco desde sus pisos altos. Por varios años, historias de detenidos y fusilados navegaron por los ecos nocturnos de metracas y balazos en sus enormes naves vacías. Y después, cuando ellos se fueron, el saqueo poblacional dejó la cáscara descarnada de esa ilusión en la penumbra del eriazo. Muchas casas de los alrededores amononaron sus baños y cocinas con las baldosas arrancadas del hospital. Los ascensores sirvieron de baños, los bisturíes para pelar papas, y las camillas con ruedas un novedoso juego para los cabros chicos.

Ya en plena época de protestas, ladrillos y fierros fueron material de barricadas para la resistencia. Durante una de estas acciones, una mujer con mal de Parkinson, regó de bencina el cerco de madera que le habían puesto los militares, y lo encendió, coronando de llamas el edificio que iluminó de lacre resplandor toda la comuna. Después fue guarida de vagabundos que encontraron tibieza de alojamiento en sus mudos sótanos. Son varios los cadáveres que se han descubierto en esas mazmorras de la indigencia urbana. Como también son muchos los usos que ha tenido ese gran teatro del desamparo. Así, las parejas pobladoras lo habrán usado de hotel, los locos volados para masturbarse, desatando su calentura violenta en esa soledad con olor a moho. Para algunos artistas, el hueco sobrecogedor de sus galpones les ha servido para hacer instalaciones, fotos, o filmar video clips. Y varias veces apareció en reportajes para la televisión como un testimonio arqueológico de la Unidad Popular.

Hace algunos años fue noticia roja por el crimen de Viviana Lavados, una estudiante muerta y violada cerca del hospital, pero encontraron su cuerpo vejado bajo la sombra helada de los muros. Desde aquel suceso, ya en democracia, el hospital se convirtió en la preocupación del municipio por darle un destino a esos tijerales inconclusos. Se decía que penaban, que se escuchaban gritos, que en la noche desfilaban velas por las terrazas. Pero lo extraño era que se oía música rock, de la pesada, heavy metal. Satánica, dijo el cura que fue a exorcizar el lugar y se encontró con una gran sala llena de graffitis y pinturas dark que espantaron al fraile. Como Capilla Sixtina pioja o Cueva de Altamira rock, los chicos duros habían decorado el cemento con toda su simbología pendeja y escritura gótica y coa. Al amparo del hospital, la cabrería del barrio había realizado sus ritos mariguanos y misas copeteras al sonar metálico de una radio a pilas. Y esto, más la historia terrorífica del hospital, han echado a correr una lluvia de proyectos municipales para el escombro. Que un

mall, que un condominio de departamentos, que un centro cultural, que un gimnasio múltiple, y tantas empresas que todas quedan nadando en el cuerpo vacío del gigante. Hasta se pensó demolerlo, pero la armazón es tan sólida, que sale mucho más caro que reconstruirlo.

Y ahí está todavía, a la ribera de la panamericana sur se asoman sus torreones lineales, que ya no son lo más alto de la comuna. En el horizonte destemplado de San Miguel, la medicina privada enarbola sus centros de salud que aparecen de un día a otro como callampas de plástico, como sotisficados laboratorios para el cuerpo social de los obreros, que con vergüenza juntan las chauchas para endeudarse con sus finos beneficios. Desde la azotea cagada de palomas del hospital, estos pájaros roñosos miran indiferentes los letreros de: Consalud, Vida Nueva, Prosalud, Colmena Golden, Cruz Verde, Cruz Blanca, Cirugía Light, Maternidad Jaguaris, etc. Los miran con sus ojos legañosos parados en sus patas artríticas, los miran de reojo rascándose sus alas rotas y plumas enfermas, los miran sin verlos, como si se burlaran de estos luminosos que decoran la ciudad con las piruetas de esta nueva arquitectura sanitaria.

Las floristas de La Pérgola

Casi por oler el perfume ácido del florerío, sólo por pasar tan seguido por esa esquina de avenida La Paz y Mapocho, donde despliegan su teatro fúnebre las floristas de La Pérgola. Las mujeres que trabajan el jacinto, la rosa y el alhelí, en un murmullo de colores y ramas verdes y pétalos que cubren el piso mojado de los galpones. Los dos antiguos edificios redondos de San Francisco y Santa María, donde ellas hacen circular la pena de los deudos que acuden diariamente por una corona de rosas blancas, por favor, para el angelito que se encumbró al cielo, tan chiquito, en forma de cruz para la abuela que era tan beata, de claveles rojos si el finado es caballero y comunista, o rosados si el dolor es mujer o mariquilla de sida injertado. También las hay de siempre vivas para el cliente amarrete que espera que el adorno dure un año, para todos los gustos, sexos y clases sociales el mercado florero tiene una oferta. Y las señoras doñas de este jardín, van surtiendo la demanda con sus manos ágiles que trenzan, anudan y tejen las ramas de pino. Los armazones de las coronas que después florean y decoran con su estética de último homenaje. Y este oficio de engalanar la muerte como una novia, las reúne por años en el sindicato que armaron para su protección laboral, como una heredad de mujeres que brota desde la abuela, la hija, la nieta y que continúa esta larga tradición de nevar de pétalos los cortejos ilustres.

¿Y a usted quién le va a tirar flores cuando se muera?, le pregunté a doña Adriana Cáceres López, la pergolera más antigua que aún maneja su negocio detrás del mostrador, conectada a un tubo de oxígeno. Mis compañeras pué. Ellas tienen que seguir la tradición que ha hecho famosa a la pérgola, desde los tiempos de Jorge Alessandri, Frei el padre, y Salvador Allende, que se lo llevaron tan rápido, el cortejo pasó tan soplado por Avenida La Paz, que las flores quedaron flotando en el aire, debe haber sido porque había tanta gente, más que otras veces, cuando hemos despedido a tanto Presidente que ha pasado por aquí. ¿Sólo presidentes? No, otros son artistas, o autoridades que el pueblo ha querido y nosotras le hacemos el homenaje. ¿Tienen preferencias? A veces, depende, pero siempre es un personaje recordado por la gente como la Sinforosa de "Hogar Dulce Hogar", o Clotario

Blest, o Laurita Rodríguez, del partido Humanista. Pero no somos políticas. Total no cuesta nada juntar pétalos huachos y tirárselos cuando pasa el funeral ¿Y a Pinochet le van a tirar flores? Puede que sí, si nos llaman de la municipalidad no tenemos por qué hacer una excepción con ese caballero, además qué cuesta recoger las flores que sobran y tirárselas a la carroza. ¿Pero se las van a tirar como piedras? (Ella se ríe). ¿Cuál es el funeral más importante para usted? El de mi madre, Zunilda López, ella era querida por todos aquí, fíjese que fue el cortejo más emocionante, le hicimos una alfombra de pétalos blancos y rojos con su nombre. Han pasado tantos años y todavía lloro cuando me acuerdo. Y hasta ahí dejé la entrevista, porque los ojazos de doña Adriana se englobaron en dos lagrimones que rodaron al mar amargo de los rastrojos esparcidos por el suelo. Imaginé que iba a elegir cualquier entierro, registrado en su memoria pergolera que vio cruzar la historia por esa última parada antes del cementerio. Y doña Adriana me descolocó, poniendo a su madre en el altar del consumado recuerdo. Después me quedé un rato viéndola cómo ofrecía las coronas, pero especialmente los canastillos y arreglos florales que se usan más ahora, me dijo, "puros arreglos, puros canastillos, cómo una fiesta, como un cumpleaños o un casamiento. Así me gustaría a mí, repitió, porque las coronas son tan tristes".

Así, la memoria de la urbe hace un paréntesis en esta esquina donde se florea la pena, donde pasan despidiéndose los discursos políticos bajo la lluvia liria de los copos florales, los puñados de pétalos con que ellas rinden tributo al cuerpo yerto de la historia. Por aquí tienen que pasar todos los ilustres mirando al cielo, me dijo doña Adriana, al tiempo que cortaba una rosa y ponía un cassette de boleros. Y la música y los fucsias-anaranjados y azulescos-amarillos-rojos, seguían salpicando la frescura parda de este oficio, en la tarde pergolera donde la muerte se tornasola mujer.